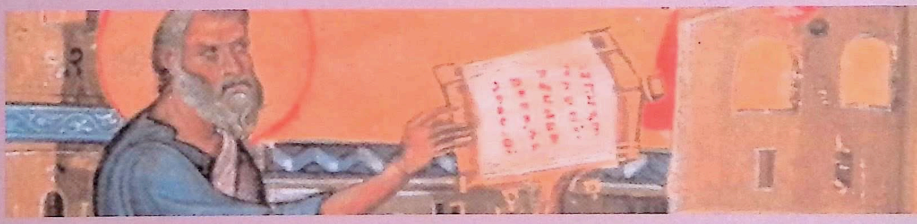
VIDA DE PORFIRIO DE GAZA

MARCO EL DIÁCONO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
RAMÓN TEJA

EDITORIAL TROTTA



Vida de Porfirio de Gaza

Vida de Porfirio de Gaza

Marco el Diácono

Introducción, traducción y notas de
Ramón Teja

E D I T O R I A L T R O T T A

COLECCIÓN **E**STRUCTURAS Y **P**ROCESOS
Serie **R**eligión - Colección de Vidas
Dirigida por Ramón Teja

© Editorial Trotta, S.A., 2008
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

© Ramón Teja, 2008

ISBN: 978-84-8164-956-7
Depósito Legal: M-820-2008

Impresión
Fernández Ciudad, S.L.

CONTENIDO

Introducción 9

1. El autor y su obra 9
2. La ciudad de Gaza 11
3. La actuación de Porfirio como obispo 13
4. Autenticidad, fecha e interpolaciones de la obra 15
   4.1. Problemas cronológicos y otros del viaje a Constantinopla 18
   4.2. Los nombres de los obispos de Jerusalén y Cesarea de Palestina 19
   4.3. Las relaciones entre las sedes episcopales de Gaza y Maiouma . 20
   4.4. Interpolaciones y manipulaciones 21
5. Valor histórico y literario de la *Vida* 21

Ediciones y traducciones 23

Bibliografía 24

VIDA DE PORFIRIO DE GAZA

Prólogo 29

La vida 31

INTRODUCCIÓN

1. EL AUTOR Y LA OBRA

La *Vida de Porfirio*, obispo de Gaza (*ca.* 347-420), constituye una obra de inestimable valor para conocer la historia de la Iglesia y del Imperio Romano a finales del siglo IV e inicios del V. El estudioso americano F. R. Trombley la ha calificado como «la más detallada narración que tenemos de la cristianización de una pequeña ciudad griega»[1]. Su autor, el diácono Marco, fue un fiel compañero y colaborador del obispo biografiado durante todo su episcopado y se presenta como un testigo ocular que ha vivido casi todos los hechos narrados, por lo que constituye una fuente fiable y directa de los acontecimientos. Este hecho y la minuciosidad de su narración en casi todos los detalles hacen de la obra algo excepcional en la literatura de biografías cristianas de la Antigüedad. No sorprende por ello que haya sido utilizada como fuente histórica por casi todos los historiadores modernos que se han ocupado de esta época, aunque en una medida mucho menor de lo que la obra merece.

Su autor, el diácono Marco, sólo nos es conocido gracias a esta obra en la que aparece como protagonista junto con el obispo biografiado. De acuerdo con las informaciones que él mismo proporciona era originario de Asia Menor. Su profesión era la de calígrafo, es decir, transcriptor de manuscritos, y, a una edad que desconocemos, pero no demasiado madura, se trasladó a Jerusalén como peregrino de los Santos Lugares y allí se quedó ejerciendo su oficio. En Jerusalén conoció a Porfirio y, a partir de ese momento, sus vidas no volvieron a separarse nunca hasta la muerte del obispo en el año 420. Algunos años más tarde, escribió la vida de su admirado maestro sirviéndose de un género literario, las biografías de santos monjes y obispos que tanta popularidad tenían en

1. F. R. Trombley, *Hellenic Religion and Christianization (c. 370-529)* I, E. J. Brill, Leiden/New York/Köln, 1995, p. 246.

ese momento. Con todo, la obra tiene una gran originalidad y, tal como nos ha llegado, plantea problemas respecto a su composición que abordaremos más adelante.

Al igual que en el caso de su autor, Porfirio es un personaje al que sólo conocemos por la biografía de su discípulo. Su vida como obispo de Gaza entre 395 y 420 es el objetivo principal de la obra, por lo que nos limitaremos en esta Introducción a señalar los rasgos más importantes de su biografía para iniciar al lector y situarlo en el contexto histórico de su época. Había nacido en la ciudad de Tesalónica hacia el año 347 en una familia noble y rica del lugar. Como tantos otros hombres de la época, en un momento de su vida que el autor no precisa, pero que debió ser hacia los veinticinco años, se sintió atraído por la vida monástica y eligió como lugar de su retiro el desierto del norte de Egipto, en el lugar conocido como Escete. Escete y la no lejana Nitria formaban dos núcleos habitados por miles de monjes que llevaban una vida mezcla de anacoretismo y cenobitismo: vivían en solitario, en cabañas o celdas aisladas, y acostumbraban a reunirse los fines de semana para recibir la eucaristía y estimularse mutuamente en su vida de ascetismo. Marco no dice nada al respecto, pero hay suficientes indicios de que en Escete estuvo en contacto con un amplio grupo de monjes, profundos conocedores de la Biblia, que nos son bien conocidos. En su mayoría eran discípulos de Evagrio Póntico y admiradores y seguidores intelectuales del gran exégeta bíblico del siglo III, Orígenes. A diferencia de la mayor parte de los anacoretas egipcios, incultos e ignorantes, que aprendían la Biblia de memoria porque no sabían leer, estos «origenistas» eran hombres de gran cultura y formación bíblica y Marco dice de Porfirio que era experto en la interpretación de las Escrituras.

Después de cinco años de estancia en Escete, y sin que sepamos los motivos, Porfirio optó por cambiar de escenario y se estableció en Palestina, a orillas del río Jordán, hacia el año 377. Palestina, y en especial el desierto de Judea y las orillas desérticas del Jordán, se estaba convirtiendo también en esta época en otro centro importante de vida heremítica: la atracción de figuras bíblicas como Elías, Eliseo, Juan Bautista y otros que habían vivido en estos parajes eran un estímulo muy fuerte. Pero la estancia de Porfirio en este lugar tampoco fue muy larga, pues hubo de abandonarlo unos cinco años después obligado por la enfermedad. Del Jordán se trasladó a Jerusalén, donde continuó su vida ascética frecuentando los santuarios más importantes de la ciudad y, en especial, la basílica de la Anástasis o del Santo Sepulcro. El emperador Constantino y su madre, Helena, habían promovido la construcción de iglesias en Jerusalén y otros lugares relacionados con la vida de Jesús y los «Lugares Santos» se convirtieron desde mediados del siglo IV en centro de peregrinaciones de todo el mundo cristiano, en especial después de di-

fundirse la creencia de que Helena había encontrado la cruz de Cristo que comenzó a ser venerada al lado de la Anástasis. Eran muchos los peregrinos que optaban por quedarse a vivir en Jerusalén llevando una vida ascética, bien en comunidad, bien en solitario. Este último fue el caso de Porfirio y Marco, que se conocieron casualmente cuando acudían a orar a la basílica del Santo Sepulcro.

A partir de trabar este conocimiento, la vida de ambos quedó inseparablemente unida: Marco ejercía su oficio de calígrafo y Porfirio el de zapatero para sobrevivir. Pero este último estaba preocupado por el destino final de sus bienes familiares y confió a Marco la misión de ir a Tesalónica a realizar el reparto de la herencia con sus hermanos. Vendida la parte que le correspondía, Marco volvió con el dinero, que Porfirio repartió entre los pobres de Jerusalén y de Palestina. A la vuelta de Tesalónica, Marco encontró a Porfirio totalmente restablecido de su enfermedad que éste le contó que se había producido milagrosamente durante un sueño en la basílica de la Anástasis en que se le apareció Cristo. Esto sucedía hacia 392. Poco después, el obispo de Jerusalén ordenó a Porfirio como presbítero y le confió la misión de custodio del madero de la cruz de Cristo que se veneraba en Jerusalén.

En 395 se produjo un cambio radical en la vida del monje Porfirio. Los pocos cristianos de Gaza no se ponen de acuerdo en la elección de un nuevo obispo y acuerdan recurrir al metropolitano de la provincia, el obispo de Cesarea de Palestina, para que les dé un obispo. Éste, por inspiración divina, piensa en Porfirio para esta misión, le hace acudir engañado a Cesarea y, contra su voluntad, le consagra obispo de Gaza. Con la narración de su actividad como obispo de Gaza comienza el núcleo central de la biografía de Porfirio, ochenta y nueve capítulos de los ciento tres que forman la obra, aunque la mayor parte de la narración está dedicada a los primeros años de su actividad episcopal, desde 395 a 407. Los últimos años de su vida, desde este año hasta el 420, son resumidos con unas pocas palabras.

2. LA CIUDAD DE GAZA

Gaza era en esta época una próspera ciudad cuyo territorio ocupaba aproximadamente lo que se conoce actualmente como «Franja de Gaza». Se trata de un territorio que nunca fue poblado por judíos y donde habían quedado los supervivientes de los filisteos que lo habían invadido a finales del segundo milenio. Ellos se denominaban filisteos y de ellos deriva el actual nombre de Palestina que los romanos dieron a todo el territorio del actual Estado de Israel. En la ciudad la población más culta hablaba el griego, pero en las aldeas y en las capas sociales más

bajas de las ciudades la lengua mayoritaria era el siriaco o arameo, una lengua semítica que en todo el Próximo Oriente convivía con el griego, que era la lengua de la cultura, de la administración y de los negocios. Mientras en esta época de finales del siglo IV la religión cristiana era ya oficial en el Imperio y mayoritaria en la mayor parte de las ciudades, Gaza, y no era el único caso en Oriente, seguía siendo una ciudad casi totalmente pagana. Marco dice que cuando Porfirio llegó a la ciudad los cristianos eran sólo 280. Pero la antigua Gaza no estaba a orillas del mar: se encontraba a unos 5 kilómetros y en torno al puerto se había formado otro núcleo importante de población que recibía el nombre de Maiouma. Aquí, sin embargo, parece que la población era en su mayoría cristiana, gracias, sobre todo, al gran número de comerciantes egipcios allí establecidos. Hay que suponer que muchos procederían de la gran ciudad de Alejandría, que era ya mayoritariamente cristiana.

Maiouma había sido desde época de Constantino una ciudad independiente de Gaza, pero el emperador Juliano (361-363) por razones de política religiosa la había privado de su autonomía integrándola en la ciudad de Gaza. Sin embargo, desde 324 Maiouma seguía teniendo un obispo propio, lo que vemos tendrá su importancia en la vida de Porfirio. Gaza y su puerto de Maiouma disfrutaban en esta época de una gran prosperidad económica basada fundamentalmente en el comercio y la agricultura y que continuará durante los siglos V y VI. Constituía una de las principales escalas de la importante vía de comercio entre Damasco y el golfo de Akaba y Alejandría y su territorio producía, entre otros productos, un vino muy estimado que sabemos era exportado hasta la Galia e Hispania. Marco proporciona el dato de que la mayoría de los cristianos de Maiouma eran comerciantes egipcios de vino que se exportaba a Egipto, deficitario en la producción de este importante producto. La población, tanto de Gaza como de su emporio portuario, era muy heterogénea desde el punto de vista étnico, como sucedía en casi todas las ciudades de Oriente: junto al substrato mayoritario de población nativa semítica y descendiente de los filisteos, había griegos, romanos, judíos, egipcios y de otras etnias.

Las creencias y prácticas religiosas de los gacenses se aglutinaban en torno a un número importante de templos dedicados a divinidades de origen semítico o griego entre las cuales en esta época se habían producido un profundo sincretismo religioso: en la *Vida* se mencionan los de Helios, Apolo, Afrodita, Hécate, Kore, el Tychaeion, el Heroeion y, especialmente, el de Zeus Marnas, conocido como Marneion. Este último era uno de los templos más famosos del Mediterráneo oriental y los gacenses se sentían tan orgullosos de él como los alejandrinos del de Isis y Serapis o los efesios del de Artemisa. Estaba dedicado al Zeus cretense bajo el apelativo semítico de Marnas. Se le rendía culto espe-

cialmente como dios portador de la lluvia, fenómeno tan importante en estas tierras. Se trataba de un templo circular cubierto con una cúpula y rodeado de dos pórticos concéntricos y un muro exterior que delimitaba el *témenos* o lugar sagrado. Sus puertas eran de bronce; los muros interiores de mármol guardaban gran cantidad de objetos preciosos de oro y plata. En la parte central existían habitaciones subterráneas, los *ádyta*, donde se producían las manifestaciones de los oráculos del dios.

3. LA ACTUACIÓN DE PORFIRIO COMO OBISPO

Como hemos dicho, la mayor parte de la narración de Marco está dedicada a la labor de Porfirio en sus primeros años como obispo de Gaza, desde 395 a 404, en los que se lanza a la desproporcionada tarea de convertir a una ciudad pagana en una ciudad cristiana. Para ello recurrió a todos los medios que un obispo cristiano de la época tenía a su disposición, en especial el apoyo del poder imperial. En una época en que paganos y cristianos estaban luchando por imponer su hegemonía en todo el Mediterráneo, la narración de Marco ofrece el mejor ejemplo que se nos ha conservado de cómo la Iglesia podía manipular el poder imperial y las jerarquías sociales de las ciudades para acelerar una cristianización impuesta recurriendo incluso a la violencia.

En esta época las leyes imperiales habían proscrito todos los cultos no cristianos y ordenado el cierre de los templos paganos. Pero la realidad social y política de muchas ciudades era lo suficientemente compleja como para que esta legislación no pudiese llevarse a la práctica sin oposición. A veces, ciertos obispos, como fue el caso de Teófilo de Alejandría en el año 391 con la destrucción del templo de Isis-Serapis, se excedían en su celo excitando a las masas cristianas contra los templos paganos, seguros de su impunidad. Otras veces los funcionarios imperiales, por tacto político o por sus creencias paganas, se mostraban reticentes en el cumplimiento de las leyes. Este ambiente político-religioso que caracterizaba la época final del Imperio romano adquiere su mejor expresión en la *Vida de Porfirio*. Tras sufrir la hostilidad de la población pagana y fracasar en sus intentos de convertirla con su sola predicación, Porfirio recurre al apoyo de la Corte imperial. Primero envía a Constantinopla al propio Marco, quien, sirviéndose de las influencias del obispo de la capital, el famoso Juan Crisóstomo, logra que el emperador Arcadio envíe un alto funcionario con la orden de cerrar todos los templos de Gaza. Pero el emisario imperial sólo procedió al cierre de los templos menores, permitiendo que continuase abierto al culto el más importante, el Marneion, sobornado, al decir de Marco, por las autoridades de la ciudad. Por ello se decide él mismo a acudir a la Corte y convence a

su metropolitano de Cesarea para que le acompañe. Marco se complace en narrar las maniobras de ambos obispos en la Corte sirviéndose de la piedad de la emperatriz Eudoxia: la profecía de un anacoreta de Rodas hecha a la emperatriz, que estaba embarazada del futuro Teodosio II, de que, si apoyaba su demanda, daría a luz un hijo varón que deseaba ardientemente después de haber engendrado tres hijas, se inserta en una magnífica descripción de los enredos e intrigas que caracterizaban a la Corte de Constantinopla. Una vez nacido y bautizado Teodosio, vuelven a Gaza con la orden de destruir todos los templos de la ciudad, orden que es encargado de ejecutar un alto funcionario, el celoso cristiano Cinegio. Con el apoyo de las tropas de Palestina los templos son destruidos, en especial el Marneion, cuya acción se narra con todo detalle constituyendo las más detallada descripción que tenemos de un hecho de este tipo en la Antigüedad. Una vez destruido el Marneion, Porfirio procede a la construcción de una rica iglesia sobre el lugar del emplazamiento de aquél siguiendo un modelo diseñado por la propia emperatriz Eudoxia y con las importantes ayudas económicas que ésta le proporciona.

Con la destrucción del Marneion y la construcción de la nueva iglesia Porfirio parecía haber alcanzado sus objetivos. Pero, una vez eliminados los lugares de culto, quedaba la tarea más difícil: arrastrar a los habitantes de Gaza a la nueva fe. Porfirio recurrió a los medios más habituales en los obispos de la época: los milagros y las ayudas caritativas a los elementos más pobres de la ciudad. Marco, en la apología que hace de su obispo, parece dar a entender que estos objetivos se habían cumplido. Pero la minuciosidad de los datos que proporciona revela que la realidad fue muy diferente: Marco va dando cifras de los gacenses que reclamaban el bautismo a raíz de cada acontecimiento favorable, milagros de Porfirio, destrucción del Marneion, etc. Estas cifras, de las que no disponemos para ninguna otra ciudad antigua, revelan que desde 396 hasta 402, fecha de destrucción del Marneion, los cristianos que se convirtieron fueron sólo quinientos sesenta y siete, a los que habría que sumar los doscientos ochenta que Porfirio se encontró a su llegada. A partir de 402 y hasta 420, fecha de la muerte de Porfirio, el número se fue incrementando a razón de cien durante estos dieciocho años. Ello arroja, excluyendo muertes y nacimientos, una cifra de 2.647 nuevos cristianos sobre una población total que desconocemos, pero no sería muy alejado de la realidad calcular entre 10.000 y 15.000 habitantes sólo para la capital[2].

2. M. Broshi («The Population of Western Palestine in the Roman-Byzantine Period»: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 236 [1979], p. 5) calcula para Gaza y su territorio una población de 25.000 a 30.000 habitantes y 9.000 para Maiouma.

El realismo notarial de Marco nos permite comprender lo complejo y lento que fue el proceso de cristianización de muchas ciudades y el recelo con que hay que leer muchas fuentes de la época que hablan de conversiones masivas a raíz de destrucciones de templos o de milagros operados por monjes y obispos santos. La narración de Marco constituye una obra atípica en el ámbito de la biografía hagiográfica episcopal de la época, por lo que proporciona una imagen de la realidad social y religiosa de una ciudad del Oriente cristiano mucho más fiel y realista que la que transmiten las obras hagiográficas convencionales e incluso las historias de la Iglesia como las de Sócrates, Sozomeno, Teodoreto de Ciro o Rufino de Aquileya. Son muchos los testimonios que demuestran que en algunas ciudades orientales del Imperio los paganos continuaron siendo un elemento importante de la población durante los siglos V y VI y que en ciudades y regiones enteras eran ignoradas las decisiones de la administración central y de la Corte imperial, como ha puesto bien de relieve la citada monografía de F. R. Trombley. El proceso que condujo a la cristianización del Imperio fue mucho más complejo de lo que parecen reflejar algunas fuentes apologéticas cristianas, y las diferencias regionales, muy grandes. La *Vida de Porfirio* ofrece un magnífico ejemplo del complejo proceso con que los obispos cristianos supieron apropiarse de los valores y sentimientos cívicos. Los gacenses, dice Marco, consideraban su templo de Marnas como «el más famoso de todos los templos de todo lugar» (cap. 65); una vez destruido y sustituido por una iglesia «se decía que era la más grande de aquella época» (cap. 92):

> La destrucción y substitución de los edificios del culto se convirtió en un medio para representar, de una forma evidente, una nueva imagen de la ciudad y la influencia de los nuevos benefactores que se sirvieron de los nuevos paradigmas de prestigio y de autoridad[3].

Por ello podemos afirmar que la presente *Vida de Porfirio* constituye una fuente histórica de un carácter único y de un valor incalculable, a pesar de las objeciones relacionadas con su autoría.

4. AUTENTICIDAD, FECHA E INTERPOLACIONES DE LA OBRA

La obra de Marco el Diácono ha sido objeto de grandes polémicas historiográficas desde su conocimiento en Occidente en el siglo XVI. Los últimos editores modernos y traductores al francés de la obra en 1930,

3. R. Van Dam, «From Paganism to Christianity at the Late Antique Gaza»: *Viator* 16 (1985), p. 19.

H. Grégoire y M. A. Kugener, han realizado un amplio y erudito análisis de estas polémicas que aquí nos limitaremos a resumir, pues las discusiones a que ha dado lugar la obra, antes y después de 1930, escapan al objetivo de una Introducción como la presente.

La presente *Vida de Porfirio* fue traducida por vez primera al latín en 1556 por el erudito francés Gentien Hervet, el mismo que tradujo la *Historia Philoteos* o *Historia de los monjes de Siria* de Teodoreto de Ciro, y desde entonces no dejó de atraer la atención de los estudiosos por la precisión y el pintoresquismo de sus informaciones, recibiendo todo tipo de elogios. Marco y Porfirio entraron a formar parte de la historia de la Iglesia a raíz de que el cardenal Baronio (1538-1607) incluyese capítulos enteros de la *Vida* en sus famosos *Annales ecclesiastici.* Baronio aceptó la autenticidad de la narración, aunque ya en las notas a su otra gran obra, el *Martyrologium romanum*, sugirió que se trataba de una de las tantas vidas de santos alteradas, al menos en la forma, por el conocido compilador del siglo X Simeón Metaphrastes, lo que no evitó que gozase del prestigio que representaba la autoridad de Baronio. Este prestigio comenzó a tambalearse cuando en 1641 el protestante D. Blondel, tras contrastar diversos errores y olvidos manifiestos, cuestionó su valor histórico concluyendo que se trataba de una simple leyenda. Los ataques de Blondel fueron refutados por el boladista Henschen en 1658, quien confirmó el juicio de Baronio, aunque poniendo de relieve ciertas dificultades cronológicas que trató de explicar ingeniosamente.

Ésta era la situación cuando el gran erudito Lenain de Tillemont (1637-1698) abordó el tema con su fino espíritu crítico en sus famosas *Mémoires*, donde planteó nueve objeciones o dificultades históricas a la narración. De entre éstas, las más importantes creemos que son: el anacronismo sobre el obispo Prailio de Jerusalén que ordenó como presbítero a Porfirio; el viaje a Jerusalén, donde se dice que se encontraron con Juan Crisóstomo que en esas fechas debía de hallarse en un viaje pastoral a Éfeso; la fecha del nacimiento y proclamación como emperador de Teodosio II; la promesa hecha por Porfirio a Eudoxia de que reinaría muchos años, siendo así que murió tres años después. El sabio jansenista francés, después de tratar de explicar o justificar estas contradicciones, concluye que no se debe rechazar la autenticidad y la veracidad de la obra, y su autoridad no fue puesta en duda durante mucho tiempo.

El siglo XIX conoció las primeras ediciones del texto griego original: en 1874 el alemán Moritz Haupt proporcionó la *editio princeps* sobre la base del manuscrito de Viena[4], el mismo que había utilizado Hervet para

4. En *Abhandlungen der Berliner Akademie der Wissenschaften*, 1874, pp. 171-215.

su traducción al latín, y en 1895 en la colección Teubner se hizo una segunda edición basándose en otro manuscrito de mejor calidad[5]. Esta edición fue considerada ejemplar y en ella se proponía una explicación de la fecha de partida de Porfirio desde Cesarea a Constantinopla que parecía resolver el principal problema cronológico, el del nacimiento de Teodosio II. Pero un año después A. Nuth, uno de los editores de Bonn, tuvo acceso a un nuevo manuscrito, el de Jerusalén, que arrumbaba las hipótesis de los editores anteriores y echaba por tierra la credibilidad de la información de Marco sobre la fecha de nacimiento del emperador[6]. Pero Nuth, que tenía una fe ilimitada en la veracidad de Marco, hizo enormes esfuerzos por demostrar que la información de éste era la correcta. El único error que Nuth admitía en Marco es el relativo al obispo Prailio de Jerusalén. Con todo, continuaban las discusiones y polémicas entre quienes defendían la autenticidad de la obra y su valor histórico y quienes la consideraban una falsificación y una especie de novela histórica.

El embrollo y las contradicciones intentaron ser resueltos por H. Grégoire con una hipótesis expuesta en un artículo de 1927-1928[7] anterior a la edición de la obra, intentando salvar, siempre en lo fundamental, la veracidad de Marco: admitiendo como datos seguros que Porfirio y Juan de Jerusalén se embarcaron en Cesarea hacia Constantinopla el 25 de septiembre del año 400 y que retornaron un 18 de abril; este autor propone retrasar un año la fecha de la vuelta, hasta el 18 de abril de 402, a costa de admitir una interpretación laxa de las expresiones «después de pocos días» en el capítulo 46 y «pasados los días» del capítulo 47 para expresar el tiempo pasado entre el nacimiento del emperador, el 10 de abril, y su bautismo real, que habría tenido lugar el 6 de enero de 402. Ello significaría que la estancia real de ambos obispos en Constantinopla habría durado en realidad dieciocho meses y no de octubre de 400 al 18 de abril de 401 como parece dar a entender la narración de Marco: ¿deformación de la realidad por éste para demostrar la rapidez con que fueron admitidos en audiencia en la Corte o manipulación del texto por un hagiógrafo posterior?

Así estaban las cosas cuando en 1929 se pone de relieve que el prólogo de la *Vida de Porfirio* está inspirado en y mal plagiado del de Teodoreto de Ciro a la *Historia Philotheos*, escrito en 444-445 y que, por tanto, no podía ser obra de Marco, que, de haber sobrevivido a esta fecha, debería ser casi centenario. Algunos se apresuraron a deducir de nuevo

5. *Marci Diaconi Vita Porphyrii episcopi gazensis*, ed. Societatis philologae Bonnensis sodales, Teubner, Leipzig, 1895.

6. A. Nuth, *De Marci Diaconi Vita Porphyrii episcopi Gazensis quaestiones historicae et gramaticae*, Dissert., Bonn, 1897.

7. «Quand est né l'empereur Theodose II?»: *Byzantion* IV (1927-1928), pp. 341 ss.

que la *Vida* no era auténtica. Se confirmaría así lo que algunos autores habían sospechado desde antiguo: que la obra no era sino «una novela histórica» y que ni Porfirio ni Marco habían sido personajes reales.

En 1930 se llevó a cabo la mejor edición griega de la obra sobre la base de un manuscrito de Jerusalén, considerado el de mejor calidad y no utilizado hasta entonces, y acompañada de una traducción al francés en la prestigiosa colección G. Budé a cargo de H. Grégoire y M. A. Kugener. Es el texto del que nosotros nos hemos servido al igual que todos los estudiosos modernos a partir de esa fecha. Los autores reivindican la autenticidad y el valor histórico de la obra ofreciendo soluciones a los temas que han sido objeto de discusión, y parecían haber dado respuesta a los errores de detalle contenidos en la narración y haber puesto fin al criticismo que durante siglos había rodeado la obra. Pero la polémica se avivó poco después cuando en 1941 P. Peeters publicó una edición de la *Vida* en georgiano de los siglos VI-VII que parecía proceder de un original perdido en siriaco[8]. Peeters defendió que la versión siriaca era más breve y menos desarrollada y, por tanto, contenía un estado del texto más antiguo y auténtico que la versión griega. El texto griego estaría, pues, hinchado e interpolado con todo tipo de ficciones históricas, con lo que desautorizaba de una manera global la historicidad de nuestra *Vida de Porfirio* de Marco el Diácono. Las teorías de P. Peeters han sido desmontadas de forma totalmente convincente en 1995 por F. R. Trombley en su monumental obra *Hellenic Religion and Christianization (c. 370-529)*, en la que dedica un largo apartado, las páginas 246 a 282 del volumen I, a tal objetivo. Coincidimos, como la gran mayoría de los estudiosos actuales, con Trombley cuando califica a la biografía de Porfirio por Marco como «the fullest exant account of the forcible demolition of urban temples and lapse of the Hellenic cults»[9].

Resulta evidente, sin embargo, que el texto griego de la *Vida de Porfirio* que nos ha llegado plantea problemas de cronología, de onomástica y de autoría. Me limitaré a enumerarlas y ofrecer las soluciones aportadas y, en algún caso, mi propia opinión.

4.1. *Problemas cronológicos y otros del viaje a Constantinopla*

Éstos se centran principalmente en la duración de la estancia de Porfirio y Juan de Cesarea en Constantinopla y están en estrecha relación con la fecha del nacimiento y bautismo de Teodosio II. Hay dos fechas claves en la narración de Marco: ambos obispos se embarcaron en Cesarea de

8. P. Peeters, «La vie georgienne de Saint Porphyre de Gaza»: *Analecta Bollandiana* 59 (1941), pp. 65-216.

9. *Hellenic Religion and Christianization (c. 370-529)* I, cit., p. 187.

Palestina en dirección a Constantinopla el 25 de septiembre de 400, a donde llegaron el 16 o 17 de octubre. Tornaron a su tierra un 18 de abril que la narración de Porfirio da a entender que fue de 401, una vez que asistieron al nacimiento y bautismo del joven emperador. Ahora bien, es un dato seguro por otras fuentes que Teodosio II nació el 10 de abril de 401, lo que no cuadra con la noticia de que, durante una escala que hicieron en la isla de Rodas, un anacoreta del lugar les comunicó que la emperatriz Eudoxia estaba embarazada en su noveno mes, y les aconsejó que se entrevistasen con el obispo de la capital, Juan Crisóstomo (cap. 36). El avanzado estado del embarazo de la emperatriz no cuadra con la fecha del nacimiento de Teodosio el 10 de abril de 401.

Sin adentrarnos en demasiados detalles sobre estos problemas que han sido durante siglos un quebradero de cabeza para los estudiosos, nosotros aceptamos la ya mencionada solución propuesta por H. Grégoire. Teodosio habría nacido el 10 de abril de 401, como sabemos por otras fuentes, y su bautismo se habría retrasado hasta la epifanía de 402. Habría sido después de la Pascua de este año, que cayó el 6 de abril, cuando los obispos retornaron a Cesarea y Gaza. La explicación habría que verla en el intento apologético que presenta el texto de hacernos ver que ambos obispos fueron recibidos inmediatamente después de su llegada a la Corte y que sus demandas fueron satisfechas con gran rapidez. Pero se plantea la cuestión de si el texto que nos ha llegado es del propio Marco el Diácono o una manipulación posterior obra de un hagiógrafo profesional más o menos tardío.

4.2. *Los nombres de los obispos de Jerusalén y Cesarea de Palestina*

Otra cuestión embarazosa es el nombre de los obispos de estas dos ciudades y la posible manipulación que han sufrido estos nombres. La *Vida* dice que en el 395 el obispo de Jerusalén se llamaba Prailio y el de Cesarea Juan. Ahora bien, estamos en condiciones de asegurar que en estos años no hubo en Cesarea un obispo de nombre Juan y que un tal Prailio fue obispo de Jerusalén entre 417-422. El obispo de Cesarea en este año debía ser con mucha seguridad todavía Gelasio, bien conocido por otras fuentes, y el de Jerusalén, el también muy conocido Juan. Al darle el nombre de Prailio se le está atribuyendo el de su sucesor, con un anacronismo de veinticuatro años.

La explicación a estas inexactitudes en una obra tan escrupulosa y precisa en todos sus datos como la de Marco se ha explicado por parte también de Grégoire en el prólogo a la edición de la *Vida* como por una especie de censura posterior a Marco debido a las luchas y condenas teológicas de la época, en especial las doctrinas, después declaradas heréticas, del pelagianismo y el origenismo. Ello tendría su confirmación

en el dato histórico de que Porfirio habría tomado parte en el concilio de Diópolis en Palestina, en el año 415, donde aparecen, entre los obispos participantes, dos Porfirios cuyas sedes no se mencionan, pero es muy probable que uno de ellos fuese nuestro Porfirio de Gaza. En este concilio, en el que tuvo un gran protagonismo Juan de Jerusalén, se exculpó a Pelagio de la herejía de que le acusaba, entre otros, Jerónimo. Tanto el pelagianismo como el origenismo terminaron por ser condenados después como doctrinas heréticas y hay suficientes indicios para pensar que Porfirio compartía ideas origenistas y, si es el Porfirio de Diópolis, que habría participado también en este concilio después considerado como bochornoso. Un manipulador posterior de la *Vida* originaria de Marco habría querido dejar limpio a su héroe, u ocultar datos como éste que en una época posterior presentaban a Porfirio como sospechoso y partícipe de herejía con Juan de Jerusalén, origenista y pelagiano, cuyo nombre fue sustituido por el de su sucesor Prailio.

4.3. *Las relaciones entre las sedes episcopales de Gaza y Maiouma*

Resulta llamativo que en la *Vida de Porfirio* no se mencione nunca al obispo de la vecina Maiouma, ni se hable nunca de la vida de esta comunidad cristiana, aunque Marco dice que era mucho más importante y numerosa que la de Gaza. F. R. Trombley en su obra ya citada ha encontrado una explicación muy sugerente que demostraría que existió una profunda rivalidad eclesiástica entre ambas sedes episcopales. Como ya expusimos anteriormente, Maiouma y Gaza formaban una única *polis*, pero se daba la anomalía de que tenían dos obispos distintos, rompiendo la norma eclesiástica generalmente admitida de «un obispo, una ciudad». La anomalía se explica porque, aunque fue Juliano el Apóstata quien privó a Maiouma del rango de ciudad, se mantuvo la tradición de que cada localidad mantuviese su propia sede episcopal. Sabemos que cuando Porfirio fue nombrado obispo de Gaza, Maiouma tenía, y continuó teniendo, su propio obispo, de nombre Zenón, que nunca es mencionado por Marco. Ello contrasta con el hecho de que Sozomeno, que procedía de una localidad vecina, en su *Historia eclesiástica* nunca menciona a Porfirio y, por el contrario, ensalza a Zenón de Maiouma. Es más, hay un pasaje (HE VII, 28) en el que Trombley ha visto una crítica velada a Porfirio. La explicación sugerida por Trombley es que Porfirio debió de intentar en diversas ocasiones, sin éxito, ampliar el poder e importancia de su sede episcopal integrando en ella a Maiouma: la primera ocasión debió ser con motivo de su visita a Arcadio y Eudoxia, aunque Marco silencie esta ambición eclesiástica de su héroe. La segunda con motivo del citado concilio de Diópolis de 415. En ambas ocasiones sin éxito. Ello explicaría también el silencio de Marco sobre el concilio de Diópolis,

donde sus aspiraciones habrían sido rechazadas. La hipótesis de Trombley nos parece muy verosímil y nos da una imagen de Porfirio mucho más humana y acorde con las ambiciones de los obispos de la época, muy alejada de la apología hagiográfica que de él hace Marco el Diácono.

4.4. *Interpolaciones y manipulaciones*

Los fracasos de Porfirio en sus aspiraciones políticas y su posible implicación con las herejías pelagiana y origenista pueden explicar la mayor parte de los problemas que la *Vida* escrita por Marco el Diácono plantea en la redacción que nos ha llegado. Es evidente que el texto que tenemos ha sido manipulado o interpolado. Pero ¿en qué medida? Algunos extremos son evidentes, otros sólo hipotéticos:

a) Es evidente que el prólogo que precede al texto griego que tenemos es un mal plagio o imitación del prólogo de Teodoreto de Ciro a su *Historia Philotheos* escrito el año 444 o 445.

b) Es muy probable también que el texto haya sido manipulado en lo que respecta a la estancia de Porfirio en Constantinopla y a los nombres de los obispos de Jerusalén y Cesarea en 395, por razones doctrinales o de política eclesiástica.

c) El silencio de Marco el Diácono sobre los obispos de Maiouma y la comunidad cristiana se puede explicar de acuerdo con la hipótesis de Trombley. Pero ¿qué pensar sobre el último capítulo donde los últimos trece años de la vida del obispo son despachados con cuatro líneas? Este tema no ha atraído la atención de los estudiosos como otras cuestiones y, sin embargo, creo que la merece. Pienso que sólo caben dos hipótesis: o bien la narración de Marco fue censurada por las razones ya expuestas que comprometían la imagen del obispo para las generaciones siguientes, o bien Marco dejó su obra incompleta. En ambos casos me inclino a pensar que el último capítulo de la *Vida*, el 103 de nuestra edición, no es obra de Marco, sino de otro hagiógrafo que, con toda probabilidad, fue el mismo que redactó el prólogo.

5. VALOR HISTÓRICO Y LITERARIO DE LA *VIDA*

Quiero terminar esta Introducción reafirmándome en lo que manifesté al principio: la *Vida de Porfirio*, a pesar de las manipulaciones y posibles interpolaciones que sufrió en una fecha no muy lejana a su primitiva redacción en griego por Marco el Diácono, constituye un documento histórico de primer orden que no puede ser puesto en duda. Casi todos los datos e informaciones que proporciona cuadran perfectamente con lo que sabemos de la historia y de las instituciones civiles y eclesiásticas

de finales del siglo IV. Es la mejor y más fiable descripción que tenemos de la Corte de Constantinopla en época de Arcadio y Eudoxia y de la actuación de un obispo contra los cultos y templos paganos sirviéndose del apoyo y de los instrumentos que la política de los emperadores cristianos podían poner a su servicio. No se trata en absoluto de una «novela histórica», como propusieron algunos autores hipercríticos de comienzos del siglo XX, pero tiene algunas peculiaridades literarias que hacen de ella un *unicum* en la literatura cristiana de la época.

H. Grégoire en 1930 y F. R. Trombley en 1995 han dedicado toda su erudición a demostrar la autenticidad de la obra y su gran valor como documento histórico, pero han dejado de lado algunas peculiaridades de tipo literario. En la época en que Marco redactó su obra, hacia 420, se habían consolidado ya en los ambientes literarios cristianos las biografías de obispos y las hagiografías de monjes. Marco presenta a Porfirio como un monje-obispo, pero, desde el punto de vista literario, su obra no obedece a los modelos existentes en la época, tanto en lengua latina como griega. Resalta en su obra la poca atención que da a la capacidad taumatúrgica de su héroe —aunque no faltan los milagros— y la ausencia casi total de la actividad del demonio, aspectos ambos que son inseparables de las biografías hagiográficas contemporáneas. Frente al abuso de lo taumatúrgico, lo maravilloso y lo demoníaco, la obra de Marco se presenta como la labor de un notario que levanta acta de lo que ha vivido personalmente. El núcleo central de la narración, que abarca desde el año 395 al 407, los capítulos 12 a 102 de la obra, se presenta como si estuviese basada en un diario personal del autor. Y ello no debería extrañar. Como diácono de su obispo, Marco tenía la misión de notario, debía llevar y levantar acta de los principales acontecimientos de la comunidad cristiana y del obispo a cuyo servicio estaba. Es así como se explica la minuciosidad al mencionar las cifras de las personas que se convierten en cada momento con la diferenciación entre hombres, mujeres y niños. El mismo carácter notarial tiene la obsesión por dejar constancia de las cantidades exactas de dinero, en los diversos tipos de moneda, que en cada momento recibe el obispo, producto de donaciones imperiales y las que gasta en diversos cometidos asistenciales; la exactitud de la titulatura civil y eclesiástica de los numerosos personajes mencionados. La precisión de las fechas que proporciona con las equivalencias del calendario local con el romano. Los datos de este tipo se suceden con tanta precisión en la obra que llevan a pensar que nos encontramos ante una narración hecha sobre el diario o las anotaciones del diácono de Porfirio. Con estos materiales elaboró una obra literaria en forma de biografía de una enorme originalidad.

Marco no era, sin duda, una persona con grandes dotes literarias pero escribe con una sencillez y frescura, en un lenguaje casi popular,

que cautiva al lector. Un lenguaje muy apreciado por los filólogos bizantinistas. Dentro de la historia principal que constituye la actuación de Porfirio como obispo de Gaza, Marco inserta algunas narraciones que interrumpen la exposición y aparecen como historias menores dentro de la historia principal. Éste es el caso de la estancia de Porfirio y Juan en Constantinopla, el apaleamiento del impetuoso Barocas, la profecía de un niño sobre la destrucción del Marneion, el parto milagroso de la noble Aelia, el milagro de los niños caídos en un pozo, el encuentro con la niña Salaphta o el debate con la maniquea Julia. El conjunto es, por decirlo en palabras de H. Grégoire, «una narración incomparable en colorido, frescura, precisión pintoresca, ingenuidad indiscreta». Marco, como narrador, forma parte también de la historia que narra, que, en cierta medida, resulta una especie de autobiografía por la cantidad de veces que él aparece. Porfirio es su héroe, pero él se presenta como su fiel escudero: se pone a su servicio y no le abandona nunca, aunque el título de escudero le correspondería más bien al otro diácono, el simpático y violento Barocas. Calígrafo de profesión, a pesar de las declaraciones que hace de su impericia e incapacidad, se convierte en un verdadero escritor componiendo una obra, mezcla de historia y hagiografía, única en la literatura cristiana que conocemos de la Antigüedad, y que le ha proporcionado la misma inmortalidad que al monje-obispo autobiografiado.

EDICIONES Y TRADUCCIONES

Las dudas y polémicas sobre su autenticidad que han rodeado la *Vida de Porfirio* explican quizá la escasez de ediciones críticas y de traducciones modernas de que ha sido objeto. Las ediciones anteriores a la de Grégoire-Kugener han sido ya mencionas en el apartado 4. La edición de Teubner fue objeto de una traducción al inglés a cargo de M. G. F. Hill, *The Life of Porphyry*, Clarendon Press, Oxford, 1913, y al alemán a cargo de M. G. Rhode, *Das Leben des Heiligen Porphyrios*, J. Bard, Berlin, 1927.

Como ya hemos indicado, la mejor edición crítica continúa siendo la de H. Grégoire y M. A. Kugener, *Marc le Diacre, Vie de Porphyre évêque de Gaza* (Collection Byzantine de l'Association G. Budé, Les Belles Lettres, Paris, 1930), acompañada de una traducción al francés.

No conocemos ninguna traducción posterior a ninguna lengua moderna. La que aquí ofrecemos es la primera que aparece en español basada en la edición crítica de Grégoire-Kugener. Hemos intentado atenernos fielmente al texto original griego tratando de transmitir en nuestra lengua la sencillez y frescura del texto original. Son muchos

los términos relativos a las instituciones políticas y de otro tipo que son intraducibles por no tener un equivalente en nuestra lengua. Por ello hemos optado por mantener su forma original acompañada de la correspondiente nota explicativa.

BIBLIOGRAFÍA

Abel, F. M., «Gaza au VI^e siècle d'après le rétheur Chorikios»: *Revue Biblique* 40 (1931), pp. 12-23.

Aja Sánchez, J. R., «Gaza, Sozomeno y los mártires cristianos de la época del emperador Juliano»: *Polis* 11 (1999), pp. 7-34.

Aja Sánchez, J. R., «Obispos y mártires palestinos: el caso de Gaza (siglo IV)»: *Gerión* 19 (2001), pp. 569-594.

Avi-Yonah, M., «The Economics of Byzantine Palestine»: *Israel Exploration Journal* 8 (1957), pp. 39-51.

Broshi, M., «The Population of Western Palestine in the Roman-Byzantine Period»: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 236 (1979).

Couilleau, G., «Marc le Diacre», en *Dictionnaire de Spiritualité* 10, Paris, 1980, pp. 265-267.

Chuvin, P., *Chronique des derniers païens: la disparition du paganisme dans l'Empire romain, du règne de Constantin à celui de Justinien*, Paris, 1990.

Fernández, G., «La deposición del obispo Asclepas de Gaza»: *Studia Historica* 13-14 (1995-1996), pp. 401-404.

Fowden, G., «Bishops and Temples in the Eastern Roman Empire AD. 320-435»: *Journal of Theological Studies* 29 (1978), pp. 53-78.

Fowden, G., «The Pagan Holy Man in Late Antique Society»: *Journal of Hellenic Studies* 102 (1982), pp. 33-59.

Gassowska, B., «Maternus Cynegius, Praefectus Praetorio Orientis and the Destruction of the Allat Temple in Palmira»: *Archeologia* 33 (1982), pp. 107-123.

Glucker, A. M., *The City of Gaza in the Roman and Byzantine Periods* (BAR International Series 325), Oxford, 1987.

Hanson, R. P. C., «The Transformation of Pagan Temples into Churches in the Early Christian Centuries»: *Journal of Semitic Studies* 23 (1978), pp. 257-267.

Leclerq, H., «Gaza», en *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et Lit.* 6/2, cols. 2067-2102.

Marique, J. F. M., «Another Cynegius of the Fourth Century»: *Classical Folia* 17 (1963), pp. 43-65.

Mattheus, J., «A Pious Supporter of Theodosius I: Maternus Cynegius and His Family»: *Journal of Theological Studies* NS 18 (1967), pp. 438-446.

Meyer, M. A., *History of the City of Gaza*, New York, 1907.

Mussies, G., «Marcus God of Gaza»: *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II 18/4 (1990), cols. 2412-2457.

Peeters, P., «La vie georgienne de Saint Porphyre de Gaza»: *Analecta Bollandiana* 59 (1941), pp. 65-100 (introducción), 101-216 (texto y traducción).

Rubin, Z., «Porphyrius of Gaza and the Conflict between Christianity and Paganism in Southern-Palestine», en A. Kofsky y G. G. Stroumsa (eds.), *Sharing the Sacred. Contacts and Conflicts in the Holy Land*, Jerusalem, 1998, pp. 31 ss.

Trombley, F. R., *Hellenic Religion and Christianization (c. 370-529)*, 2 vols., E. J. Brill, Leiden/New York/Köln, 1995, especialmente vol. I, pp. 188-282.

Van Dam, R., «From Paganism to Christianity at Late Antique Gaza»: *Viator* 16 (1985), pp. 1-20.

Van Ommeslaeghe, F., «Jean Chrysostome en conflict avec l'imperatrice Eudoxie. Le dossier et les origines d'une légende»: *Analecta Bollandiana* 97 (1979), pp. 131-159.

VIDA DE PORFIRIO DE GAZA

PRÓLOGO

1. Es hermoso contemplar con nuestros ojos los combates de los hombres santos, su celo y amor divinos, pues, de su observación, surge el amor por ellos. Pero proporcionan igualmente no menor provecho las narraciones de quienes los conocen al apoderarse éstas de las almas de los oyentes[1]. Cierto es que la vista ofrece más credibilidad que el oído, pero también el oído genera persuasión si la narración es digna de fe. Ahora bien, si la transmisión de las cosas provechosas permaneciese inalterada y si no se mezclase el engaño con la verdad, sería superfluo dejarlo por escrito: sería suficiente para conservar la verdad la tradición, sembrada para siempre en los oídos de los hombres de generación en generación. Pero, como el tiempo la corrompe, bien por el olvido, bien por el engaño, yo he considerado necesario redactar este escrito para que, con el paso del tiempo, no quede en el olvido el recuerdo de tan santo hombre, quiero decir del venerable Porfirio. El recuerdo de sus grandes acciones será una medicina saludable para quienes las escuchen.

2. Es absurdo que los poetas, los autores de tragedias y otros escritores semejantes escriban sus obras para provocar la risa y contar *cuentos de viejas*[2], y nosotros, por el contrario, dejemos caer en el olvido a hombres santos y dignos de recuerdo. ¿No merecería yo un justo castigo si no escribiese la vida de un hombre tan amigo de Dios, maestro de filosofía y que ha imitado la forma de vida[3] del cielo? Narraremos, pues, sus combates y sus luchas, no sólo contra los cabecillas y campeones de la idolatría[4], sino contra todo un pueblo invadido por todo tipo de locura[5]. Y es que recordaba las palabras del bienaventurado Apóstol cuando dice: *Tomad la armadura de Dios para que podáis oponer resistencia en el día malo y, vencido todo, os mantengáis firmes*[a]. Revestido de esta armadura, el citado Apóstol emprendió el combate. Pero Porfirio, que

a. Ef 6, 13.

tuvo que enfrentarse a enemigos igual de fuertes y poderosos y cuya lucha fue similar a la del Apóstol, alcanzó una victoria similar y levantó como trofeo en medio de Gaza la santa iglesia de Cristo, recientemente construida[6]. A él le concedió la victoria, no la humana naturaleza, sino su entrega, que le proporcionó la gracia divina, pues, convertido en amante ardiente de Cristo, fue capaz de sufrir y de emprender todo. ¡Cuántos ataques belicosos ha sufrido este hombre de parte de sus enemigos, y cuántas trampas y burlas ha soportado!

3. Pero, como resulta imposible narrar todas las acciones de un hombre tan digno de ser celebrado, que son numerosas y parecen tan increíbles a la mayoría, yo me limitaré a exponer con brevedad algunas que recuerdo, por haber vivido con él la mayor parte del tiempo, disfrutando de la felicidad y del temor sagrado de aquella alma que ahora es conciudadana[7] de los ángeles. ¿Quién no ensalzará con toda justicia a aquel que ha estado dotado de todas las formas de virtud? Sé, en verdad, que ningún discurso está a la altura de la virtud de este hombre. Con todo, emprenderé la tarea estimulado por sus santas plegarias[8]. Escribiré su elogio no con estilo pomposo, pues tampoco las bellas palabras suelen acompañar la vida de tales hombres, sino que es el mérito de sus obras lo que embellece la expresión[9]. Así pues, también yo, estimulado por las santas plegarias de este ya mencionado hombre valeroso, me entrego a esta narración al tiempo que pido, con él como intermediario, la gracia del Señor Jesucristo y su ayuda para lograr, de la forma que pueda, describir la virtud[10] del santo hombre. Y pido a quienes lean esta obra que no duden de lo escrito, pues he sido testigo presencial de la virtud del personaje ya que he vivido, navegado[11] y sufrido con él hasta el último día de su vida de aquí abajo. Permítaseme, pues, iniciar ahora mi narración.

LA VIDA

Vida solitaria en Egipto (ca. 372-377) y Palestina (ca. 377-382). Se traslada enfermo a Jerusalén

4. Gaza es una ciudad de Palestina, situada en las proximidades de Egipto, no oscura ciertamente, sino muy poblada y famosa entre las ciudades. Pero en aquella época se distinguía por el culto de sus habitantes a los ídolos[12]. En esta ciudad desempeñó el episcopado el famoso entre nosotros Porfirio, que tenía como patria la Jerusalén celestial —ésta es la ciudadanía a que había sido adscrito[13]—, pero como terrenal tenía la de Tesalónica. Su origen era ilustre. Un ansia divina le empujó a abandonar su patria, su muy noble familia, sus enormes riquezas, y a abrazar la vida solitaria[14] y, navegando desde Tesalónica, llegó a Egipto. Inmediatamente se dirigió a Escete[15] y, pocos días después, fue juzgado digno de vestir el preciado hábito[16]. Después de pasar allí cinco años con los santos padres, le sobrevino un nuevo impulso divino, el de dirigirse a los Santos y Venerables Lugares. Después de haberlos alcanzado y venerado[17], se dirigió a la región del Jordán y habitó en una gruta[18]. Permaneció allí también cinco años entre grandes disciplinas. Pero, por la gran sequedad y el extremado clima del lugar, contrajo una grave enfermedad. Viéndose en un peligro extremo, por disposición divina, pidió a uno de sus familiares que le trasladasen a Jerusalén. La enfermedad era una cirrosis hepática acompañada de fiebre ligera pero continua. A pesar de que este mal persistía y le atormentaba sin cesar las entrañas minando su cuerpo, él no cesaba de recorrer todos los días los Santos Lugares[19], encorvado como estaba, incapaz de enderezar su cuerpo, por lo que se apoyaba en un bastón.

Encuentro con el calígrafo Marco

5. Por aquel tiempo sucedió que también yo había llegado navegando de Asia para venerar los Santos Lugares. Permanecí allí mucho tiempo viviendo de mi oficio, pues ejercía la técnica de calígrafo[20]. Viendo al santo dirigirse continuamente a la Anástasis[21] de Cristo y a los restantes santuarios, quedé admirado de que, con tal debilidad de su cuerpo, no renunciaba a mortificarse de esta forma. Un día en que le encontré en las escaleras del Martyrion[22] fundado por el bienaventurado emperador Constantino, incapaz como era de levantar los pies, le extendí y ofrecí mi mano rogándole que se apoyase en ella para subir las escaleras. Pero él rehusó diciéndome: «No es justo que yo, que he venido a pedir el perdón de mis pecados, me apoye en la mano de otro; deja, hermano, que Dios vea mi sufrimiento para que por su indecible misericordia se compadezca también de mí». Acudía, pues, a escuchar las palabras divinas prestando oídos a los maestros y, después de participar siempre de la mesa mística[23], volvía de nuevo a su retiro. Se veía bien cuál era su género de vida. Hasta tal punto se despreocupaba de su enfermedad que podría pensarse que llevaba la enfermedad en otro cuerpo: tanto le aliviaba su esperanza en Dios.

Envía a Marco a Tesalónica a repartir su herencia. Curación milagrosa

6. Esto es lo único que le afligía y apenaba, que su fortuna perdurase y no fuese vendida y distribuida a los pobres de acuerdo con el dicho evangélico[a]. La causa de este impedimento era que sus hermanos eran aún niños cuando abandonó su patria. Así pues, atormentado por esto, me pide, cuando ya me había familiarizado con él —pues a causa de su enfermedad yo le servía— que me embarcase para Tesalónica y dividiese su fortuna con sus hermanos[24]. Me dio acta de poderes y me envió tras recomendarme al Señor y proporcionarme lo mínimo para los gastos del viaje, pues yo no disponía entonces de medios. Inmediatamente descendí a Ascalón[25] y, encontrado un barco, me embarqué. Tras diez días de navegación llegamos a Tesalónica[26] y, después de mostrar el poder por escrito, procedí a dividir los bienes con sus hermanos. Seguidamente les vendí en tres mil sueldos de oro la parte que me había correspondido; en cuanto a los vestidos y los objetos de plata, los llevé conmigo, además de otros mil cuatrocientos sueldos de oro[27]. Tras reunir esta fortuna en tres meses, me embarqué y arribé en doce días al puerto de Ascalón.

a. Cf. Mt 19, 21.

Allí alquilé bestias de carga y, cargando con todo esto, subí en dirección a la Ciudad Santa. En cuanto me vio el tres veces bienaventurado, me abrazó entre lágrimas de felicidad, pues también la alegría puede hacer llorar. Pero yo no le reconocí, pues su cuerpo había recuperado la fuerza y su vista el color. Mis ojos daban vueltas sin cesar de mirarle.

7. Él se dio cuenta y, sonriendo, me dijo con aire de felicidad: «No te sorprendas, hermano Marco, por verme sano y con fuerzas, antes bien, entérate de la causa de la curación y después admira la inefable beneficencia de Cristo y cómo puede devolver la confianza que los hombres no esperan». Yo le pedí que me dijera la causa de su curación y cómo se había librado de tan grave enfermedad. Él me respondió: «Hace aproximadamente cuarenta días, estando yo en la vigilia del santo domingo, fui víctima de un inenarrable dolor de hígado. No pudiendo soportar el dolor, fui a tumbarme ante el santo Calvario y por el exceso de dolor caí en una especie de éxtasis, y veo al Salvador clavado en la cruz y a uno de los ladrones suspendido junto a él en otra cruz. Yo comienzo a gritar y a pronunciar las palabras del ladrón: *Acuérdate de mí, Señor, cuando llegues a tu reino*[a], y el Salvador dice, en respuesta, al ladrón suspendido: «Desciende de la cruz y salva a aquel que está tendido al igual que tú te salvaste». Y, descendiendo el ladrón de la cruz, me abrazó y me besó y, extendiendo su diestra, me levantó diciendo: «Acércate al Salvador». Inmediatamente me levanté y corrí hacia él y veo que desciende de la cruz y me dice: 'Toma este madero y consérvalo'. Cogiendo este precioso madero y cargando con él, inmediatamente volví a mí mismo del éxtasis. Desde aquel mismo momento ya no he experimentado dolor, ni identifico el lugar de mi mal»[28].

8. Al oír esto, quedé maravillado y dando gloria a Dios que siempre muestra misericordia a aquellos que le invocan, y mucho más a quienes le invocan con confianza y sinceridad.

Reparte su fortuna a los pobres y trabaja como zapatero

Desde entonces me vi más edificado por este hombre, por considerarle un auténtico siervo de Dios. Después de haberle entregado todo lo que había traído, permanecí junto a él sirviéndole y disfrutando de sus palabras inspiradas. Realmente era un hombre irreprochable, enormemente dulce y compasivo y que, además, tenía la capacidad de interpretar la divina Escritura. Era capaz, como ninguno, de resolver los secretos que contiene —sin, por lo demás, ser inexperto en la cultura

a. Lc 23, 42.

profana—, refutando en todo a los que no tienen fe y a los que tienen mala fe. Era amigo de los pobres, compasivo, y con las lágrimas prontas, *respetaba a los ancianos como padres y a los jóvenes como hermanos*[a] y a los niños como hijos; de carácter dulce y afable y de lengua no fingida, sino auténtica —pues no había en él ningún disimulo[b]—. Era tan prudente que podía alcanzar la perfecta impasibilidad, sin ira, sin rencor, *no permitiendo que el sol se pusiese sobre su cólera*[c], teniendo todas sus pasiones mortificadas, salvo la ira contra los enemigos de la fe.

9. Una vez que hubo recibido de mí el dinero y todo lo demás que le había traído, vendió las vestimentas, transformó la mayor parte de la plata en vasos sagrados y todo lo demás, en poco tiempo, se lo entregó a los necesitados, no sólo a los de la Ciudad Santa, sino también a los de las restantes ciudades, aldeas y monasterios de allí. Además, para los extranjeros que allí vivían [en Jerusalén] se convirtió en un nuevo Abrahán. Por ello, en poquísimo tiempo distribuyó todos sus bienes hasta el punto de faltarle el sustento necesario[29]. Se dedicó por ello al oficio de zapatero[30], lavando y cosiendo las pieles, imitando en todo a aquel divino Apóstol que no quería *comer el pan gratis*[d]. Aunque podía ganarse su sustento con otro oficio manual, quería imitar en todo a aquel otro famoso hombre [apóstol] *en las tribulaciones, las fatigas, las persecuciones, los peligros del mar y los motines de los gentiles*[e]. Yo le animaba a llevar una vida junto a mí, pues mi oficio me reportaba recursos más que suficientes, pero él lo rehusaba diciendo: *Nada hemos aportado en este mundo, y nada podemos aportar*[f], y añadía: *El que no trabaja no come tampoco*. Yo le contestaba diciendo: «¿Por qué, entonces, cuando eras rico no trabajabas, ni me permitías a mi trabajar?». Y él me respondió: «El trabajo que antes realizaba era mejor y mucho más útil que el de ahora. El de ahora mantiene a una o dos personas, pero el de antes mantenía a miles, y no sólo a aquellas multitudes, sino que también aportaba alimento espiritual a mi alma».

El obispo de Jerusalén, Prailio, le consagra presbítero y le encomienda la custodia de la Santa Cruz (392)

10. Así estaban las cosas cuando Prailio, que era obispo de los Santos Lugares[31], habiendo tenido noticias de la fama y conducta del santo

a. Cf. 1 Tim 5, 1.
b. Cf. Jn 1, 47.
c. Cf. Ef 4, 26.
d. 2 Tes 3, 8.
e. Cf. 2 Cor 6, 4 ss.; 11, 26 ss.
f. 1 Tim 6, 7.

Porfirio, le hizo llamar y con gran violencia[32] le confirió el orden del presbiteriado y, además, le confió la custodia del preciado madero de la Cruz[33]. Entonces comprendimos que se había realizado lo que le sucedió en el éxtasis, cuando vio al Señor en la Cruz y al ladrón junto a él y al Señor que le decía: «Toma, guarda para mí este madero». Tenía el bienaventurado Porfirio, cuando fue consagrado, alrededor de cuarenta y cinco años. Una vez revestido de este honor, no cambió su anterior forma de vida, sino que permaneció en su disciplina ascética, en los ayunos, en las vigilias. Su alimento era pan moreno y legumbres, y esto sólo tras la caída del sol[34]. Únicamente en los días festivos comía a la hora sexta, tomando aceite, queso y legumbres secas condimentadas. Tomaba también un vaso de vino mezclado con agua, y esto por sus males de estómago[35]. Este régimen y norma continuó observándolo durante todo el tiempo de su vida.

Los habitantes de Gaza solicitan un obispo a su metropolita, Juan de Cesarea

11. Tres años después de su ordenación se dio la circunstancia de que murió el obispo de la ya mencionada ciudad de Gaza. Su nombre era Eneas y había sido obispo durante muy poco tiempo. Antes de Eneas estuvo Ireneo, quien también se había convertido en ciudadano de las potencias angélicas[36]. Pero es imposible elogiarle en pocas palabras, pues sería necesario un tratado especial para exponer la vida de este ilustre Ireneo: dejaremos a otros que conozcan bien su vida la tarea de escribirla. Cuando se durmió el mencionado santo hombre, se reunieron los cristianos que entonces había —ciertamente pocos y fáciles de contar—, junto con el clero y deliberaron durante algunos días sobre a quién elegir obispo, pero no se pusieron de acuerdo porque reinaba la rivalidad entre ellos. Unos querían a uno del clero, otros a un laico. La verdad es que había algunos entre el clero y entre los laicos adornados con una vida santa. Se produjo una gran confusión y nadie ponía manos a la obra, hasta que se acordó que cinco de entre los clérigos y otros tantos de entre los laicos acudieran al obispo metropolitano a solicitarle como obispo aquel que el Espíritu Santo le revelase[37].

12. Ahora bien, el que entonces era responsable de las funciones arzobispales, Juan, era un hombre estimado y adornado de todas las virtudes[38]. Cuando se le presentaron los de de Gaza, le pidieron que les diera un hombre capaz, por sus obras y su palabra, de hacer frente a los idólatras. Al escucharlos, inmediatamente les mandó ayunar y, después de tres días, el Señor le hizo la revelación del ilustre Porfirio y escribió una carta al ya mencionado santo Prailio, obispo de Jerusalén, para

que le enviase al bienaventurado Porfirio por un tema relacionado con la Escritura que era necesario que le resolviese. Era, en efecto, el bienaventurado la persona que era juzgada adecuada para resolver cualquier dificultad de la divina Escritura y este don lo poseía por un carisma del Espíritu Santo. Dando fe a la carta del bienaventurado Juan, el amigo de Dios Prailio le dio permiso, exhortándole a que no se retrasase más de siete días[39].

13. Cuando el bienaventurado Porfirio tuvo conocimiento del contenido de la carta del muy santo Juan, primero se turbó, pero después exclamó: *Que se haga la voluntad de Dios*[a], y aquella tarde me llamó y me dijo: «Hermano Marco, vamos a venerar los Santos Lugares y la preciada Cruz, pues pasará mucho tiempo hasta que podamos venerarla de nuevo»[40]. Yo le dije: «¿Por qué dices esto, padre?». Él me respondió: «La noche pasada vi al Salvador que me decía: 'Restitúyeme el depósito que te he confiado. Quiero, en efecto, esposarte con una mujer, humilde, ciertamente, pero digna; tú tómala y adórnala de manera que se olvide de su anterior pobreza. Pues, aunque es humilde, no me es extraña, sino hermana carnal. Pero ten cuidado para que, una vez que tengas esposa y estés al cuidado de la casa, no te enriquezcas con injusticias, violencias o ilegalidades porque, enojando a ella, me ofendes también a mí, ya que tampoco a ella le agradan estas cosas[41]. Tú muestra sólo buena disposición y todo te vendrá dado de donde tú no lo piensas'. Esto es lo que el Señor Cristo me reveló la última noche y me temo que, queriendo expiar mis pecados, tenga que expiar también los de otros muchos. Con todo, *no está permitido oponerse a la voluntad de Dios*»[b].

Porfirio es consagrado obispo de Gaza contra su voluntad (hacia el 14 de marzo 395)

14. Después de decir esto, salió, y yo con él y, tras adorar los Santos Lugares y la preciada Cruz y orar intensamente y derramar lágrimas, la colocó en su estuche dorado, lo cerró y se alejó[42]. Se dirigió al bienaventurado obispo Prailio, le entregó la llave y, tras recibir la bendición y sus consejos, se alejó. Fuimos a nuestro alojamiento e hicimos los preparativos. Alquilamos tres monturas y, tomando lo necesario para el camino, partimos. El viático fue todo lo que había en la casa. En el viaje éramos cinco: él, el bienaventurado, y yo, dos burreros y otro sirviente más joven, de nombre Barocas[43], al que había encontrado el bienaventurado poco tiempo antes en la calle, en grave peligro de muerte; lo

a. Cf. Mt 6, 10.
b. Cf. Rom 9, 19.

había recogido y llevado consigo y había logrado con gran dificultad, con la ayuda de Cristo, devolverle la salud. Desde entonces permaneció a su lado, sirviéndole a él y también a mí. De las acciones del piadoso Barocas tendré ocasión de hablar a lo largo de la narración. Después de caminar todo aquel día, al siguiente llegamos a Cesarea. La noticia de nuestra llegada se expandió por toda la ciudad, pues el bienaventurado era famoso por su vida irreprochable y mucho más porque era amante de los pobres. Nos detuvimos en el albergue del lugar, pues era la puesta del sol.

15. El bienaventurado arzobispo Juan, al enterarse de nuestra llegada, acudió a nosotros y, tras besarse mutuamente y orar, se sentaron. Pero el arzobispo le dijo: «Álzate, hermano, por el Señor, y cena conmigo para que nos levantemos pronto para la vigilia del santo domingo». Habíamos llegado la tarde del sábado. El bienaventurado Porfirio le solicitó que le excusase ese día por el cansancio del viaje y le dijo que, tras el primer sueño, se levantaría para la vigilia[44]. Pero el arzobispo no se dejó convencer, por lo que, alzándose el bienaventurado le acompañó, llevándome con él —al hermano Barocas lo dejamos en el albergue al lado de las vestimentas—, y, a instancia suya, cenamos. Después de hablar de muchos asuntos espirituales y haber dormido un poco, nos levantamos para la vigilia.

16. Ahora bien, aquella noche el bienaventurado Juan había llamado a los de Gaza y les había dicho: «Estad preparados para marchar, pues hoy es el día en que recibiréis vuestro obispo, el hombre que ha escogido Cristo, irreprochable, amado de Dios y de fe ardiente». Al alba, tomaron al bienaventurado y lo eligieron[45] obispo de Gaza. Él lloró mucho y no había forma de que cesase en sus lágrimas. Decía que él era indigno de este sacerdocio. Con dificultad le pudieron calmar las súplicas de los de Gaza y de los cristianos allí presentes. Después de la sagrada liturgia del domingo, de nuevo fuimos invitados a comer con el arzobispo.

Viaje a Gaza. Obstáculos por parte de los paganos. Toma de posesión de la iglesia

17. Él nos recomendó partir lo antes posible y emprendimos el camino el día después. Dormimos en Diópolis y, tras pasar allí la noche, llegamos a Gaza avanzada la noche, después de muchas fatigas y vejaciones[46]. La causa de las vejaciones fue la siguiente. Cerca de Gaza hay, a orillas del camino, algunas aldeas entregadas al culto de los ídolos. Así pues, a una orden sus habitantes, cubrieron todo el camino de espinos y palos puntiagudos para impedirnos pasar. También habían expandi-

do inmundicias y quemado productos malolientes, de manera que nos vimos sofocados por los malos olores y también peligró nuestra vista. Una vez a salvo, con gran dificultad, entramos en la ciudad en la tercera hora de la noche. Éstos fueron los obstáculos que plantearon al bienaventurado los ataques del demonio. Pero no se inquietó. Reconoció, en efecto, las tretas del diablo que quería impedir que el justo entrase en la ciudad.

18. Nos dirigimos a la casa episcopal[47] que el ya mencionado obispo Ireneo había construido junto con la santa iglesia denominada Eirene (paz). El nombre dicen que se explica de dos maneras. Los de Gaza dicen que, cuando la ciudad fue conquistada por Alejandro el Macedonio, el combate, por cierta circunstancia, terminó allí y que por ello el lugar se denomina Eirene. El bienaventurado Ireneo, al haber descubierto que este lugar era venerado por los gacenses, edificó allí mismo la iglesia. Sea por este motivo que he expuesto, sea por el nombre del fundador, el lugar continúa hasta hoy denominándose de esta manera[48]. Nos alojamos, pues, allí en aquella pequeñísima residencia episcopal construida por él.

Primer milagro de Porfirio: pone fin a la sequía en Gaza (3-5 enero 396)

19. Aquel año se produjo una sequía y todos los de la ciudad lo atribuyeron a la entrada del bienaventurado aduciendo que «Marnas[49] nos ha revelado mediante un oráculo que el maleficio[50] para la ciudad es Porfirio». Y como Dios continuó sin mandarles la lluvia durante el primer mes, que denominan Zeus, y tampoco en el segundo (denominado) Apolo, todos estaban apenados[51]. Reunidos en el Marneion los seguidores de la idolomanía ofrecían muchas plegarias y sacrificios con este motivo. Decían, en efecto, que Marnas era el señor de la lluvia y que Marnas, dicen, es Zeus. Así pues, permanecieron durante siete días cantando himnos y saliendo fuera de la ciudad al lugar denominado «de la plegaria». Descorazonados, retornaron a las ocupaciones habituales sin haber logrado nada. Estando así las cosas, reunidos los cristianos, hombres, mujeres y niños en número de doscientos ochenta, solicitaron al santo Porfirio que saliese junto con ellos a hacer oración e implorar para que fuese enviada la lluvia —pues ya imperaba el hambre—, tanto más cuanto que atribuían la sequía a la entrada del bienaventurado[52].

20. El santo se dejó convencer y ordenó que se anunciase un ayuno y que todos, al atardecer, se reuniesen en la santa iglesia para llevar a cabo allí una vigilia[53]. Elevamos durante toda la noche treinta plegarias y otras tantas genuflexiones, aparte de los cánticos y las lecturas.

Al alba, tomando el símbolo de la venerable Cruz, que nos precedía, salimos entre himnos hacia la antigua iglesia, al occidente de la ciudad, que dicen había fundado el muy santo y muy bienaventurado obispo Asclepas, que había sufrido muchas persecuciones por su fe ortodoxa[54] y cuya vida y obras están inscritas en el *paraíso de las delicias*[a]. Una vez llegados a la susodicha iglesia, hicimos allí otras tantas plegarias y genuflexiones. Salimos de allí, nos dirigimos al santo *martirio* del glorioso mártir Timoteo en el que reposan también otras preciadas reliquias, las del mártir Mayor y las de Tea, confesora de la fe[55]. Desde allí, tras hacer el mismo número de plegarias y genuflexiones, retornamos a la ciudad, haciendo durante el camino tres plegarias y tres genuflexiones. Al llegar a la puerta, la encontramos cerrada —era la hora novena—, pues los adoradores de los ídolos hicieron esto porque querían dispersar al pueblo para que no terminásemos la procesión[56]. Así pues, permanecimos dos horas delante de la puerta y nadie la abrió. Viendo Dios la paciencia del pueblo, los gemidos y las innumerables lágrimas, en especial las del hombre santo, emulando lo del gran profeta Elías[b], provoca un viento del sur, el cielo se cubre de nubes, comienzan a producirse relámpagos y truenos hasta la caída del sol y se produce una lluvia abundante[57]. Podría pensarse que no eran gotas, sino pedriscos que caían del cielo. Pero nosotros apenas lo sentimos por la felicidad que teníamos, pues permanecimos abrazados los unos a los otros.

Primeras conversiones masivas de paganos

21. Algunos de los paganos[58], al ver los milagros que Dios había obrado en nosotros, creyeron, abrieron la puerta y se mezclaron con nosotros diciendo: «Cristo es el único Dios, sólo él ha vencido». Éstos acudieron con nosotros a la santa iglesia y allí el bienaventurado los despidió en paz tras haberlos marcado con el sello de la cruz[59]. Eran en número ciento veintisiete: setenta y ocho hombres, treinta y cinco mujeres, catorce niños, de los que cinco eran niñas. Nosotros, después de celebrar la perfecta eucaristía, partimos, cada uno a sus casas, en alegría y paz. Cayó tal cantidad de lluvia aquella noche y al día siguiente que todos temían que se desmoronaran sus casas, pues la mayoría estaban construidas de adobes, y nuestro Señor Jesucristo hizo que continuase lloviendo sin cesar desde el octavo día del mes de Audineo hasta el décimo día. Su mes de Audineo es el enero para los romanos, pero los meses de ellos llevan cinco días de adelanto a los de los romanos[60]. Es por lo que noso-

a. Gn 2, 15.
b. Cf. 3 Re 18, 45.

tros festejamos la *Teofanía*[61] del Señor Jesucristo el undécimo día de este mes cantando himnos con alegría y dando gracias por todo lo que nos ha concedido su amor a los hombres[62]. En el mismo año se añadieron al rebaño de Cristo, además de los ciento veintisiete, otros treinta y cinco.

Pero los seguidores de los ídolos no cesaban de tender emboscadas al bienaventurado y a los restantes cristianos. Cuando tenían un gobernador[63] pagano lo sobornaban, bien mediante dinero, bien mediante sus impíos cultos, para hacer daño a los cristianos, y esto le provocaba no pequeño dolor al bienaventurado. Por ello, constantemente, de día y de noche, suplicaba al Dios benéfico[64] para que los convirtiese del error a su verdad.

Barocas es apaleado y abandonado. Motín en Gaza

22. Puesto que anteriormente recordé al bienaventurado Barocas, contaré ahora otras cosas de su vida. Éste mostró un celo por Dios como ningún otro, pues sufrió mucho por causa de los idólatras. En una ocasión se dirigió a una aldea no lejana de la ciudad a recaudar una renta[65] de la iglesia. Pero el deudor de esta renta era idólatra y, cuando le fue reclamada, quiso demorarlo para más adelante, pero el piadoso Barocas no lo aceptó, por lo que se produjo una disputa entre ambos. El impío recurrió a algunos campesinos de la misma aldea semejantes a él[66] y comenzaron a golpear con bastones al bienaventurado Barocas y, transportado medio muerto, le abandonaron fuera de la aldea en un lugar solitario donde fue dejado sin habla y sin conocimiento. Al día siguiente, por la benevolencia divina, pasa por aquel lugar el diácono Cornelio[67] en compañía de otros dos cristianos, encuentran al piadoso Barocas, lo reconocen, lo recogen y lo trasladan a la ciudad.

23. Los idólatras, cuando vieron que era llevado de esta forma, creyeron que se trataba de un muerto y se enfurecieron porque creen que introducir un muerto en la ciudad es una impureza[68]. Lo arrebatan de los hombros de quienes lo transportaban y comienzan a golpear al piadoso diácono Cornelio y a los dos cristianos y, atando una cuerda al pie del bienaventurado Barocas, empiezan a arrastrarlo. En ese momento algunos hermanos llevaron la noticia al bienaventurado obispo y, sobresaltado, me llama a mí y a otros tres hermanos que casualmente estaban con él y nos dice: «Tened valor, hermanos, corred, pues ha llegado el momento del martirio». Cuando llegamos al lugar donde habían atado al bienaventurado, se había reunido una gran multitud. Unos insultaban al muy santo obispo, otros, al ver su entereza, cómo al ser insultado no se enfurecía sino que, por el contrario, exhortaba a cada uno a no man-

cillar[69] ni ultrajar un cuerpo semejante al nuestro, se pasan de nuestra parte y se enfrentan entre ellos hasta llegar a las manos. Nosotros, al ver el enorme desorden, cargamos con el piadoso Barocas y lo trasladamos a la santa iglesia.

Recuperación y reacción violenta de Barocas. Él y Marco son consagrados diáconos

24. Cuando nos dimos cuenta de que aún respiraba, nos dedicamos a cuidarle. Se hicieron plegarias por él de forma ininterrumpida durante la tarde y la noche. Estaban presentes todos los hermanos. El santo obispo no cesó de llorar y de suplicar a Dios por él, pues sabía qué celo tenía por Dios. Cuando Dios vio las lágrimas del sagrado sacerdote y las plegarias del pueblo— tenían a Barocas por un segundo Finés[70] en lucha contra los idólatras[a]— manifestó su compasión por él: aquella misma noche abre sus ojos y comienza a balbucear y a pedir que se le dé agua. Yo, que estaba sentado a su lado, rápidamente corrí a anunciárselo al bienaventurado obispo. Por la enorme alegría me olvidé de darle la bebida. Me sucedió también a mí lo que a la criada del bienaventurado apóstol Pedro, que, *reconociendo la voz del santo Pedro, de pura alegría no abrió la puerta, sino que le dejó fuera por ir primero a anunciárselo a los que estaban en la casa*[b]. Esto mismo me sucedió a mí. Apenas lo oyó el bienaventurado obispo, no se dejó vencer por la emoción, sino que continuó entregado a la oración. Nosotros, al observar su vigor y su firmeza, le dejamos solo y nos fuimos, quiero decir yo y el piadoso diácono Cornelio que, junto conmigo, permanecía junto al bienaventurado Barocas. Cuando el muy santo obispo terminó sus rezos y todo el oficio, también él se sentó con nosotros y preguntó al piadoso Barocas lo que le había sucedido desde el principio. Él nos lo contó todo.

25. Mientras estábamos escuchándole se hizo el amanecer y he aquí al «defensor del pueblo» con los «irenarcas» y los «dos principales», Timoteo y Epifanio, que vinieron acompañados de mucha gente[71]. Comenzaron a gritar y provocar alboroto diciendo: «¿Por qué habéis introducido un cadáver en la ciudad siendo así que las leyes de nuestros padres lo prohíben?»[72]. Al mismo tiempo, injuriaban al bienaventurado obispo. Nosotros, al escuchar el alboroto, salimos y, al vernos, comenzaron a golpearme, a mí y al piadoso diácono Cornelio. Como nosotros recurrimos al testimonio de los policías[73], el muy santo obispo nos hizo callar, suplicando y advirtiendo a cada uno de nosotros que no nos irritásemos

a. Cf. Nm 25, 18.
b. Cf. Hch 12, 14.

de esa manera sin motivo. Pero los ateos, cuanto más se les tranquilizaba, más se enfurecían e injuriaban al santo varón. Mientras el tumulto persistía, el piadoso Barocas recobra fuerzas y, lleno de celo divino, se levanta, coge un bastón y comienza a golpear a todos los que encuentra[74]. A todos les invade el terror y en su huida caen los unos sobre los otros. Prosiguió en su persecución hasta el que entonces era el Marneion y retornó este nuevo Sansón con una gran victoria después de haber abatido también él a mil filisteos[75a]. Desde aquel momento los idólatras le tuvieron gran temor y ni podían escuchar su nombre. Poco tiempo después fuimos honrados con la ordenación como diáconos yo y el piadoso Barocas, yo, el más indigno, aquél, digno de este merecido honor.

Viaje de Marco a Bizancio para solicitar al Emperador la destrucción de los templos paganos (primavera del 398)

26. El santo Porfirio, viendo los actos prohibidos[76] que cada día cometían los idólatras, decidió enviarme a Bizancio a solicitar a los emperadores que fuesen destruidos los templos de los ídolos[77]. En efecto, todavía había abiertos oráculos[78] en Gaza, en especial, el llamado Marneion. Me dio una carta para el muy santo y venerable obispo Juan, que entonces era obispo de Constantinopla, cuya gloria y prestigio es recordado por todos[79]. Me embarco y en veinte días llegamos. Después de entregar la carta al bienaventurado obispo Juan, le instruí de todo de mi propia voz. Apenas me escuchó, pidió audiencia al cubicularío Eutropio, que entonces tenía gran influencia en el emperador Arcadio, le dio a conocer la carta del bienaventurado obispo y le pidió que actuase de acuerdo con lo escrito[80]. Después de haber tratado con él, volvió y me dijo: «Estate tranquilo, hijo, tengo esperanza por el Señor Cristo de que, según su costumbre, conceda el favor». Yo, por mi parte, no cesaba de recordárselo continuamente y aquél de enviar mensajes e importunar a Eutropio. Al cabo de siete días es expedida una carta sagrada[81] para que sean cerrados los templos de los ídolos de la ciudad de Gaza y que se ponga fin a los oráculos. Un tal Hilario, «subayudante» del *magister* [*officiorum*][82], es encargado de ejecutar la orden.

El comisario imperial cierra los templos menores

27. Yo abandoné Bizancio tres días después y llegué al cabo de diez días a la ciudad de Gaza, precediendo en siete días a Hilario. Encontré

a. Cf. Jue 15, 14 ss.

enfermo al muy santo Porfirio. Cuando le entregué la respuesta del muy bienaventurado Juan, el obispo de Constantinopla, y se la leí, se puso muy feliz y se curó, liberado de la fiebre. Dijo que era el enorme dolor que le causaban los idólatras lo que le había provocado la enfermedad. Al cabo de siete días llega el mencionado Hilario, acompañado de dos *commentarienses*[83] del oficio consular[84] [de Palestina] y numerosos auxiliares[85] de Azot y Ascalón y de todo el aparato oficial. Inmediatamente arrestó a los «tres principales»[86] y, tras recibir de ellos una fianza, les mostró la carta sagrada[87] en que se ordenaba que fuesen clausurados los templos paganos de la ciudad de Gaza bajo amenaza de muerte a los primeros ciudadanos de la ciudad. Destruyó todos los ídolos del lugar y clausuró los templos. Pero permitió que siguiera abierto[88] clandestinamente el templo de Marnas tras recibir por ello mucho dinero[89]. Los idólatras reanudaron sus actos prohibidos[90] como de costumbre.

Nuevo milagro de Porfirio: una mujer pagana da a luz después de siete días de parto y la familia se convierte

28. Pero se produce otro milagro que lleva a muchos al reconocimiento de la verdad. Y es que Dios, como misericordioso que es, aprovecha las oportunidades para atraer al género humano a su luz inteligible. Lo que sucedió fue lo siguiente. Una mujer ilustre de la ciudad, de nombre Aelia, estando de parto, se vio en gran peligro. La causa del peligro fue ésta. El feto no salía con normalidad, sino que se había desviado de la postura natural: una mano había asomado, pero el resto del cuerpo no podía descender, pues estaba atravesado en el vientre y las parteras no lograban colocarle en la posición natural. La mujer sufría unos dolores inenarrables, pues los estertores empujaban al feto por momentos. Los dolores se hacían el segundo día más fuertes que el primero y, de manera similar, el tercer día más fuertes que el segundo. Los sufrimientos se prolongaron durante siete días, aumentando el mal cada vez a peor. Los médicos, que deseaban hacerle una cesárea, al ver que sus fuerzas la habían abandonado, la desahuciaron. Pero sus padres y su esposo, que eran seguidores de los demonios[91], ofrecían todos los días sacrificios por ella y trajeron también hechiceros y adivinos[92], esperando que éstos la auxiliasen, pero nada lograban.

29. Esta mujer tenía una nodriza cristiana que, muy apenada, elevaba plegarias por ella en los oratorios. Un día, estando ella orando entre lágrimas en la iglesia, entró el santo Porfirio hacia la hora nona, y yo con él, y vio a la anciana afligida orando a Dios entre lágrimas. Deteniéndose le preguntó el motivo. Ella, al verle, se arrojó a sus pies suplicándole que pidiese a Cristo por ella. Al conocer el santo la causa de la pena de la

mujer, también él comenzó a llorar, pues era compasivo hasta el exceso. Y dice a la nodriza: «Tengo entendido que esa casa está llena de ídolos y que difícilmente puede salvarse, pero *para Dios todo es posible*[a] y aprovecha la ocasión para salvar a los que van a perderse. Vete pues, y reúne a todos los parientes y a los padres y al marido y diles: 'Dado que hay aquí un médico excelente[93], capaz de salvarla, si logra librarla de este peligro tan grande, ¿cómo se lo recompensaréis?'. Con seguridad que te ofrecerán mucho. Diles también lo siguiente: 'Si ella se salva, dadme a cambio la palabra de que no lo abandonaréis, ni que os iréis a otro [médico]. Haz que todos eleven las manos al cielo y den la palabra de que harán todo lo que han prometido. Y cuando hayan hecho esto, di delante de todos a la mujer que está de parto: Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, te cura; *confía en él y vivirás*'[b]».

30. La anciana, después de oír estas palabras del bienaventurado obispo y recibir de él la bendición, corrió a la casa y, al encontrar a todos llorando y a la mujer en peligro de muerte, pide a los padres de ella y al marido que no se desanimen. Y añadió: «Un médico excelente me ha enviado a vosotros para que me deis la palabra de que, si ésta se cura, no renegaréis de él». Al escucharla los padres y el marido, dijeron: «Si quiere tomar toda nuestra fortuna, no dudaremos, sólo queremos ver a nuestra hija sana». La nodriza dijo: «Elevad vuestras manos al cielo y dadme la palabra de que no renegaréis del médico». Ellos, con entusiasmo y entre lágrimas, elevaron las manos diciendo: «Todo lo que tenemos es para él, todo el tiempo de nuestra vida. Porque, ¿qué consuelo podremos tener si ella muere?». Ella era, en efecto, hija única y atractiva en sus maneras en cuanto mujer mundana. Cuando la nodriza lo oyó, dijo delante de todos con una fuerte voz: «Dice el gran sacerdote Porfirio: 'Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, te cura; confía en él y vivirás'». Inmediatamente la mujer, dando un gran gemido, expulsó el feto con vida[94].

31. Todos los que allí se encontraban presentes, asombrados, comenzaron a exclamar: «Grande es el Dios de los cristianos, grande el sacerdote Porfirio». A continuación los padres de la mujer y el marido y todos los familiares y conocidos acudieron al bienaventurado Porfirio y se arrojaron a sus pies solicitando el sello de Cristo[95]. El bienaventurado los selló, les hizo catecúmenos y les despidió en paz recomendándoles que frecuentasen la santa iglesia. Poco tiempo después, tras haberlos catequizado, los bautizó junto con la mujer y el niño. Le dieron de nombre Porfirio. Los bautizados gracias a la mujer fueron sesenta y cuatro.

a. Cf. Mc 10, 27.
b. Cf. Hch 16, 31.

Viaje a Cesarea de Palestina

32. Los idólatras, cuanto más veían que aumentaban los cristianos, más se airaban contra ellos y no les permitían participar en los cargos públicos, sino que los trataban como a malos ciudadanos[96]. El bienaventurado Porfirio, viendo de nuevo las grandes injusticias contra los cristianos y no pudiéndolo soportar, viéndolos, además, injuriados constantemente, se dirige a Cesarea ante el bienaventurado arzobispo Juan y le pide, entre lágrimas, que lo libere de su cargo. Ya no podía soportar, aducía, los excesos cometidos por los de Gaza. El bienaventurado Juan le escuchó y le recomienda tener coraje y seguir al frente del episcopado.

33. El muy santo Porfirio le contestó con estas palabras: «Te suplico en nombre del Dios invisible y de nuestra esperanza, Jesucristo, Señor de toda la creación, y del Espíritu Santo, adorable y dador de vida, que no pases por alto mi petición para que no se me haga responsable de la pérdida de innumerables almas. Te suplico, padre, que viajes conmigo a la ciudad imperial para pedir a los emperadores, con el beneplácito del rey del cielo, la destrucción de los templos de los ídolos». Le escuchó el bienaventurado Juan y le dijo: «Hijo, la petición es justa, pero el momento no es oportuno porque la estación invernal está encima»[97]. Respondió el bienaventurado Porfirio: «Si Dios quiere que nosotros vivamos y que las masas de Gaza se conviertan, él es capaz de salvarnos, incluso en invierno. Tú, padre, confiado en su misericordia, accede y todo nos irá bien». El bienaventurado Juan le contestó: «Que se haga la voluntad de Cristo»[a].

Viaje a Constantinopla. Encuentro en Rodas con el anacoreta Procopio (septiembre de 400)

34. Cuando el bienaventurado Porfirio obtuvo la promesa, me escribe para que con la mayor rapidez posible vaya a Cesarea y lleve conmigo tres libros y cuarenta y tres monedas [de oro][98] que eran el remanente de los ingresos de la santa iglesia. Yo, apenas recibida la carta, tomé los libros y las monedas y partí inmediatamente. Llegado a Cesarea encontré a los muy santos obispos preparados para la navegación y, tras dos días de espera, iniciamos la navegación el día 28 del mes de Gorpiaeos, el 23 de septiembre según los romanos[99]. Tuvimos una buena navegación y, por la misericordia de Cristo, en diez días llegamos a la isla de Rodas.

Había entonces en la isla un solitario, de nombre Procopio, que vivía en la extremidad de la isla, y que ahora se cuenta entre el número

a. Cf. Mt 6, 10.

de los ángeles. En efecto, hace cinco años que se ha dormido después de llevar una vida irreprochable entregada al ayuno, a las vigilias y a la más extrema pobreza. Además poseía el carisma de la profecía y de expulsar a los demonios. Así pues, una vez que desembarcamos en Rodas, como he dicho, y que tuvimos noticia de la forma de vida del santo varón, creímos necesario no pasar de largo, sino disfrutar de su compañía angelical. Preguntamos dónde tenía su morada y nos dirigimos a él navegando en una pequeña barca y, al llegar, golpeamos su puerta. Él salió personalmente a abrirnos, a pesar de que tenía a un discípulo consigo.

35. Cuando vio a los santos obispos, se prosternó ante ellos[100] con el rostro hasta el suelo. Después se levantó y me abrazó también a mí y al piadoso diácono Eusebio que había llevado consigo el santo arzobispo Juan. Nos introdujo en el oratorio que estaba detrás y, concediendo el primer lugar a los muy bienaventurados obispos, dijo: «A vosotros, obispos, corresponde ocupar el primer lugar; a mí, humilde persona y que no he sido considerado digno de la ordenación, el último». Entonces nos dimos cuenta de que el muy santo Procopio tenía el don de la clarividencia[101] porque, sin habernos visto nunca, ni haber oído de nosotros, reconoció, gracias al Espíritu, que Juan y Porfirio eran obispos[102]. Por ello les dio la preferencia en la oración. Después de rezar, nos sentamos y, tras hablar con nosotros de muchas cosas edificantes, nos preguntó por el motivo de nuestra preocupación. El bienaventurado Porfirio le contó todo lo relativo a los de Gaza: con cuánta locura están apegados a los ídolos, cuántos sufrimientos soportan por ello los cristianos y que, por este motivo, se han puesto en viaje para pedir a los emperadores que sean destruidos los templos de los ídolos.

Instrucciones de Procopio para acceder a la emperatriz Eudoxia

36. Al escuchar estas palabras, Procopio, el anacoreta, exclamó entre lágrimas: «Señor Jesucristo, reconduce a tus siervos de su diabólico engaño a la luz de tu fe». Después dijo a los muy santos obispos: «No os desaniméis, padres, pues Dios, que conoce el celo que vosotros tenéis por la fe, os concederá un buen viaje y os dará todo lo que ansiáis. Ahora os anunciaré lo que el Señor ha revelado a mi humilde persona. Una vez que lleguéis a Bizancio, lo primero dirigíos al muy santo obispo Juan, elevad con él súplicas a Dios y confiadle vuestro asunto. Él os aconsejará de acuerdo con lo que Dios le revele. Él no puede intervenir en el Palacio, pues la emperatriz Eudoxia está enojada con él. Pero os recomendará a Amantios, el cubicolario de la Emperatriz[103], hombre piadoso y que venera el hábito de los sacerdotes. Él en persona

os llevará ante la Emperatriz y, cuando lleguéis ante ella, os recibirá con buena disposición. Exponedle entonces todo el asunto, saludadla y retiraos. En la segunda visita, después de recordarle vuestra misión, decidle: 'Confiamos en Cristo, el Hijo de Dios, que si tomas a pecho este asunto nuestro, él te dará un hijo varón'. Al escuchar esto, se alegrará mucho —pues está embarazada y éste es el noveno mes de su embarazo— y hará todo lo posible, con el beneplácito de Dios, para solucionar vuestro asunto»[104].

Llegada a Constantinopla y encuentro con Juan Crisóstomo y Amantios (octubre de 400)

37. En cuanto nosotros escuchamos al santo hombre [Procopio], dimos fe a sus palabras. Una vez que nos recomendó a Dios, le dejamos y el mismo día reemprendimos la navegación y diez días después llegamos a Bizancio. Lo primero que hicimos fue coger un alojamiento y al día siguiente fuimos a presentarnos al muy santo obispo Juan [Crisóstomo]. Al saber quiénes éramos nos recibió con muchos honores y atenciones. Nos preguntó el motivo por el que habíamos afrontado la fatiga del viaje y se lo dijimos. Él recordó entonces que ya un año antes le habíamos hecho mediante cartas la misma petición. Él me reconoció y me abrazó con afecto. Además nos exhortó a no desanimarnos y a poner nuestra esperanza en la misericordia de Dios. Y nos dijo también: «Yo no puedo hablar al Emperador, porque la Emperatriz está mal dispuesta hacia mí, pues le he hecho ciertos reproches respecto a una propiedad que ella ambicionaba y de la que se ha apropiado[105]. Por lo que a mí respecta, no me inquieta que esté airada, ni me preocupa personalmente, pues es a ellos a quienes ha hecho daño y no a mí, y si causa algún daño, es a mi cuerpo, pero a mi alma servirá de provecho. Pero dejemos todo esto a la misericordia de Dios. En cuanto a nuestro asunto, con la benevolencia divina, mañana haré venir al eunuco Amantios, *castrensis*[106] de la Emperatriz, que tiene gran influencia sobre ella y es un verdadero servidor de Dios, y le explicaré el tema. Con la ayuda de Dios, él lo tomará con gran interés». Nosotros, tras recibir estas garantías y su bendición, volvimos a nuestro alojamiento.

38. Al día siguiente, retornamos ante el santo [obispo Juan] y encontramos junto a él al cubicolario Amantios. Se había ocupado efectivamente de nuestro asunto, le había hecho llamar y le había instruido sobre nosotros. Cuando entramos, Amantios reconoció que éramos aquellos de los que le había hablado, se levantó y saludó a los muy santos obispos, inclinando su cabeza hasta el suelo[107]. Ellos, al saber quién era, le abrazaron y le besaron. El muy santo obispo Juan les invitó

a que informasen personalmente de su propia boca al cubiculario del asunto. El muy santo Porfirio le expuso todo lo relativo a los idólatras, con qué libertad[108] realizan los cultos prohibidos y cómo maltratan a los cristianos. El otro, al escucharlo, rompió a llorar y, lleno de celo divino, les dijo: «No os desaniméis, padres, pues el Señor Cristo sabrá defender su culto. Vosotros orad y yo hablaré a la Augusta, y confío en el Dios del Universo que os concederá el favor según acostumbra. Yo os introduciré mañana ante ella y exponedle de propia boca lo que deseéis, pero la encontraréis ya informada previamente por mí». Tras decir estas palabras, después de saludarnos, se marchó. Nosotros permanecimos hablando de muchas cosas espirituales con el muy santo arzobispo Juan y, tras recibir su bendición, nos retiramos.

Primer encuentro con la Emperatriz. Petición de que sean destruidos los templos de Gaza

39. Al día siguiente, el cubiculario Amantios nos mandó, por medio de dos porteros[109], acudir al palacio, nos levantamos y nos apresuramos a ir. Le encontramos esperándonos, recibió a los dos obispos y los introdujo ante la augusta Eudoxia. Ella, al verlos, los saludó y después les dijo: «Dadme vuestra bendición, padres», y ellos se prosternaron[110] ante ella. Se sentó en su trono dorado[111] y les dijo: «Perdonadme, sacerdotes de Cristo, por las necesidades que me impone mi embarazo. Pues yo habría debido salir al vestíbulo para recibir a vuestra Santidad. Pero orad por mí al Señor para que deponga con facilidad lo que llevo en el vientre»[112]. Los muy santos obispos, admirando su benevolencia, dijeron: «El que bendijo el seno de Sara, de Rebeca y de Isabel, bendecirá también lo que llevas en tu vientre y vivirá».

40. Después de que ellos expusiesen otros razonamientos de tipo espiritual, ella dijo: «Sé el motivo por el que habéis venido, pues me lo ha explicado previamente el *castrensis* Amantios. Si también vosotros queréis exponérmelo, os invito a ello, padres». Aceptando la invitación, le explicaron todo lo relativo al culto a los ídolos, cómo cometen impunemente sus impiedades, cómo tienen sometidos a los cristianos no permitiéndoles participar en las funciones públicas, ni cultivar sus propias tierras[113] por las que pagan sus impuestos a Vuestra Majestad. Tras escucharlos, dijo la Emperatriz: «No os desaniméis, padres, pues confío en el Señor Cristo, el hijo de Dios, que convenceré al Emperador a hacer lo conveniente para vuestra sagrada fe y que desde aquí retornéis, satisfechos vuestros deseos. Así pues, id a reponeros —pues estáis fatigados— y orad para que Dios atienda mi petición». Tras decir esto, mandó que le trajesen dinero y dio a cada uno de los santos obispos

tres puñados de monedas diciéndoles: «Tomad de momento esto para vuestros gastos»[114]. Los obispos lo aceptaron y, después de bendecirla repetidamente, se ausentaron. Pero, al salir, dieron la mayor parte de las monedas a los porteros[115] que estaban encargados de las puertas, de modo que apenas se quedaron con nada.

41. La Emperatriz, cuando el Emperador vino a verla, le expuso el asunto de los obispos y le pidió la destrucción de los templos de los ídolos de Gaza. El Emperador, al escucharla, dijo disgustado: «Sé que aquella ciudad es idólatra, pero es cumplidora con los impuestos y aporta mucho a las arcas públicas. Si la asustamos de repente, se darán a la fuga y perderemos estos ingresos. Pero, si te parece, los presionaremos poco a poco privando a los idólatras de sus honores y de los demás cargos públicos y ordenaremos que sus templos sean cerrados y privados de sus ingresos. Pues si se ven reprimidos con estas presiones, reconocerán la realidad. Pero el abuso de medidas imprevistas es pesado para los súbditos»[116]. La Emperatriz quedó muy apenada al escuchar esto —tan ardiente era su fe— y no rehusó responder al Emperador con estas palabras: «El Señor acudirá en ayuda de sus siervos cristianos, queramos o no queramos nosotros». Esto nos lo contó el piadoso Amantios, el cubicularios[117].

Segundo encuentro con la Emperatriz. Profetiza que dará a luz a un hijo varón

42. Al día siguiente, la Augusta mandó a buscarnos y, según su costumbre, saludó primero a los santos obispos y después les invitó a sentarse. Y tras una larga conversación sobre temas espirituales, les dijo: «He hablado al Emperador y se ha enojado un poco. Pero no os desaniméis. Dios mediante, yo no cesaré hasta que os satisfaga y partáis de aquí habiendo alcanzado vuestro objetivo, que está de acuerdo con Dios». Los obispos, al escuchar esto, se prosternaron ante ella. Y compungido, nuestro santo, recordando las palabras del tres veces bienaventurado anacoreta Procopio, dijo a la Emperatriz: «Esfuérzate, Señora, por Cristo, y él te lo recompensará con un hijo que vivirá y reinará viéndolo tú y disfrutarás de él durante muchos años»[118]. Al escuchar estas palabras, la Emperatriz se llenó de alegría, su rostro se enrojeció y añadió una nueva belleza a la que ya tenía, pues la apariencia revela lo que está oculto[119].

43. Ella dijo a los muy santos obispos: «Orad, padres, para que, de acuerdo con vuestras palabras y con la voluntad de Dios, yo dé a luz a un varón y, si esto es así, os prometo hacer todo lo que me pidáis. Y prometo llevar a cabo, con el beneplácito de Cristo, cualquier otra cosa que me pidáis. Levantaré una santa iglesia en Gaza en medio de la ciudad.

Retiraos, pues, en paz y estad tranquilos rezando continuamente por mí para que dé a luz felizmente, pues éste es el noveno mes y está a punto de cumplirse». Se despidieron los obispos y, habiéndola encomendado a Dios, salieron del palacio. Su súplica a Dios era que engendrase un varón, confiados en la palabra del santo anacoreta Procopio. Y todos los días nosotros íbamos a encontrarnos con el muy santo arzobispo Juan y disfrutábamos de sus santas palabras *más dulces que la miel y que el panal de miel*[a]. El cubiculario Amantios, de eterna memoria, nos visitaba continuamente, unas veces para traernos mensajes de la Emperatriz, otras para conversar.

Eudoxia da a luz a Teodosio II. Estratagema para convencer al Emperador

44. Algunos días después la Emperatriz trajo al mundo un hijo varón al cual dio el nombre de Teodosio en recuerdo de su abuelo Teodosio, el español, que gobernó el Imperio como colega de Graciano[120]. Pero el recién nacido Teodosio fue engendrado en la púrpura[121], por lo que fue reconocido emperador desde su nacimiento[122]. Hubo gran alegría en la ciudad y fueron enviados a todas las ciudades mensajeros de la buena nueva con presentes y regalos. En cuanto a la Emperatriz, apenas hubo dado a luz y se hubo levantado de la silla de parturienta[123], nos envió a Amantios para decirnos por medio de él: «Doy gracias a Cristo porque, gracias a vuestras santas plegarias, Dios me ha concedido el don de este hijo. Rogad, pues, padres míos, por la vida de este niño y por mi humilde persona para que pueda cumplir lo que os he prometido, si Cristo lo quiere, gracias a vuestras plegarias».

45. Cuando se habían cumplido los siete días del parto, nos mandó a buscar y salió a nuestro encuentro a la puerta de su cámara, llevando en brazos también al hijo con la púrpura. Inclinó su cabeza y dijo: «Bendecid, padres, a mí y a este niño que el Señor me ha concedido gracias a vuestras santas plegarias». Y les extendió el niño para que lo marcasen con el sello sagrado. Y los santos obispos sellaron a los dos, a ella y al niño, con el sello de Cristo[124] y, tras elevar una plegaria, se sentaron. Después de conversar pronunciando muchas palabras llenas de contricción, la Señora les dijo: «¿Sabéis, padres míos, lo que he decidido hacer sobre vuestro asunto?». Y mi señor Porfirio respondió: «Todo lo que has decidido, lo has decidido de acuerdo con Dios. En efecto, esta noche, mi humilde persona ha tenido una visión: me parecía que nos encontrábamos en Gaza, de pie, en el templo de los ídolos que está allá abajo

a. Sal 19, 11.

y que es denominado Marneion, y que Tu Piedad me daba el Evangelio diciéndome: 'Toma y lee'. Y yo, al desenrollarlo, me encontré con el pasaje en que nuestro Señor Cristo dice a Pedro: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*[a]. Y tú, Señora nuestra, me respondiste: 'La paz sea contigo; sé fuerte y valiente'. En ese momento yo me desperté. Esto me convenció de que el Hijo de Dios secundará tu propósito. Dinos, Señora, qué es lo que has decidido»[125].

46. La Emperatriz me respondió: «Si Cristo lo permite, dentro de algunos días el niño recibirá el santo bautismo. Acudid, pues, elevad una súplica, escribid en ella todo lo que pedís y, cuando el recién nacido retorne del preciado bautismo, entregadla al que lo porta —previamente yo le instruiré sobre lo que debe hacer— y confío por el Hijo de Dios que todo el asunto se resolverá de acuerdo con la voluntad de su misericordia»[126]. Después de recibir esta seguridad, impartimos abundantes bendiciones a ella y al niño, nos fuimos y nos pusimos a redactar la súplica. Escribimos en el papel muchas cosas, no sólo respecto a la destrucción de los ídolos, sino también sobre la concesión de privilegios a la santa iglesia y a los cristianos, así como sobre ingresos, pues la santa iglesia era muy pobre[127].

Bautismo de Teodosio. Celebraciones en la ciudad

47. Pasaron los días y llegó aquel en que debía ser bautizado el joven emperador Teodosio[128]. Toda la ciudad estaba adornada con sedas, joyas y toda clase de ornamentos hasta tal punto que nadie sería capaz de describir el esplendor de la ciudad. Se podía contemplar también la masa de sus habitantes con sus ropajes, de todas las formas y colores, que resplandecían. No me es posible describir la brillantez de tales adornos, lo que sería tarea de los expertos en estos discursos, por lo que retorno a la narración de los hechos. Cuando el joven Teodosio hubo sido bautizado y retornó de la iglesia al palacio se pudo contemplar de nuevo la esbeltez de la multitud de personajes que desfilaban encabezando el cortejo y sus ropajes que brillaban, pues todos iban vestidos de blanco, hasta el punto de que podría pensarse que todo estaba cubierto de nieve. Encabezaban el cortejo los patricios, los ilustres y todos los dignatarios[129] en medio de los escuadrones de soldados, todos llevando cirios en sus manos, hasta el punto de que se diría que eran astros que brillaban en la tierra. Junto al niño, llevado en brazos, iba el propio emperador Arcadio mostrando un semblante feliz y más radiante que la

a. Mt 16, 18.

púrpura que vestía. Era uno de los más grandes[130] el que llevaba al niño en brazos, vestido también él con una brillante vestimenta. Nosotros quedamos maravillados por la contemplación de todo este esplendor. Y el santo Porfirio nos dijo: «Si las cosas de la tierra que son tan pasajeras tienen tal esplendor, ¿qué será de las cosas celestiales que esperan a los que son merecedores de ellas, que *ningún ojo ha visto, ni ningún oído ha escuchado y que nunca han llegado hasta el corazón de un hombre*[a]?».

El emperador Arcadio accede a la petición. Orden de destrucción de los templos

48. En cuanto a nosotros, permanecimos delante de la puerta de la santa iglesia teniendo en la mano el papel con la súplica. Y cuando el niño salía del baptisterio comenzamos a gritar: «Suplicamos a tu Piedad», al tiempo que extendíamos el papel. Ahora bien, el que llevaba en brazos al niño, y que estaba al tanto de nuestro asunto —pues había sido advertido antes por la Señora— dio orden de que fuese recogido el papel y que le fuese entregado y, tras recibirlo, se detuvo. Ordenó que se hiciese silencio, desplegó el papel, leyó una parte, lo enrolló y puso la mano sobre la cabeza del niño e inclinándola delante de todos, exclamó: «Su Majestad ordena que se cumpla lo que está en la súplica». Todos los que lo contemplaron se admiraron y se prosternaron ante el Emperador felicitándole porque había sido considerado digno de ver en vida reinar a su hijo, y lo escuchaba lleno de orgullo. Se apresuró a comunicar a la emperatriz Eudoxia lo que había sucedido gracias a su hijo, ella se alegró y, arrodillándose, dio gracias a Dios.

49. Cuando el niño volvió a entrar en palacio, la Señora salió a su encuentro, lo recibió y lo cubrió de besos y, sin soltarlo, abrazó también al Emperador y le dijo: «Felicidades, Señor, por lo que han visto tus ojos aún en vida». El Emperador la escuchaba con alegría. La Emperatriz, viéndolo feliz, le dijo: «Si te parece bien, veamos cuál es el contenido de esta súplica para que cumplamos lo que en ella se contiene». El Emperador ordenó que se diese lectura al papel y, después de leído, dijo: «La petición es dura, pero su rechazo sería más duro aún, pues es la primera orden de nuestro hijo». Y la Señora añadió: «No es sólo la primera orden, sino que la ha dado recubierto con esta santa vestimenta y la petición está dictada por la piedad y son hombres santos quienes lo suplican». El Emperador accedió con mucho desagrado, gracias a las instancias repetidas de la Emperatriz. De todo esto nos informó el piadoso Amantios.

a. 1 Cor 2, 9.

50. Al día siguiente, la Emperatriz nos hizo llamar y, tras saludar, según su costumbre, a los santos obispos, les pidió que se sentaran y les dijo: «Gracias a vuestras plegarias Dios me ha inspirado la forma de llevar adelante vuestro asunto, y todo se ha cumplido con su ayuda: vosotros habéis visto de qué recursos me he servido. Si os parece bien, mañana llamaré al cuestor[131] y, delante de vosotros, le mandaré redactar una carta sagrada[132] en nombre de los dos Emperadores[133] y, por decirlo simplemente, hará todo lo que vosotros le digáis». Los obispos, tras escuchar estas palabras, la bendijeron repetidamente, así como al hijo y al Emperador y, después de hablar de otras cosas, se despidieron y se retiraron. Al día siguiente, ella hizo venir al cuestor y a nosotros y le dijo: «Toma este papel y de la forma apropiada redacta una carta sagrada». El cuestor tomó el papel y, en nuestra presencia, dictó rápidamente la carta sagrada. Nosotros le propusimos que nos asignase *duces* y consulares[134] con sus cohortes para nuestra protección.

51. Cuando la carta sagrada fue redactada y firmada, nosotros pedimos a la Señora que se confiase este asunto a un personaje de alto relieve. Ella encargó a Amantios que buscase a un cristiano con celo para encargarle la misión. Hay que saber que muchos detentadores de altos cargos cuya fe era fingida habían sido víctimas de la justicia divina, pues los Emperadores, al comprobar que no practicaban rectamente la fe en su pureza, les habían despojado de sus dignidades y les habían castigado en sus personas y en sus bienes. Esto había sucedido con anterioridad[135]. Por ello la Augusta se preocupó de que un hombre ortodoxo se ocupase de nuestro asunto. Fue elegido uno de nombre Cinegio, miembro del consistorio, hombre admirable y de fe ardiente[136]. La Augusta le llamó y le ordenó demoler desde sus cimientos todos los templos de los ídolos y entregarlos al fuego. Le dio también de su propia mano dinero diciéndole: «Tómalo para tus gastos y no aceptes nada de los santos obispos». Tras recibir estas instrucciones, se ausentó de la Señora con más celo aún.

Despedida de Eudoxia y de Arcadio (abril de 402)

52. Nosotros permanecimos [en Constantinopla] hasta el final del invierno y, después de celebrar las fiestas de la Pascua y de la Resurrección, nos dispusimos a embarcarnos. Pedimos al admirable Amantios que nos solicitase una audiencia con la Señora para despedirnos de ella. Él se entristeció porque estuviésemos a punto de partir, pues nos había cogido tal afecto que él mismo pidió a su Señora que le diese permiso, por así decirlo, para ir a orar a los Lugares Santos y Venerables. Pero la Señora temía que, una vez que hubiese ido, se aficionase a la vida

solitaria y se quedase allí[137]. Y es que conocía bien la vida de este hombre. Él era, en verdad, irreprochable, repartía muchas limosnas, ayunaba continuamente, alojaba a muchos huéspedes y contribuía a obras piadosas. Esto por lo que respecta al piadoso Amantios. Solicitó a la Señora audiencia para nosotros, entramos y preguntó a los santísimos obispos: «¿Cuándo partiréis con la ayuda de Dios?». Ellos respondieron: «Por esto hemos venido, para despedirnos de Vuestra Majestad». Y ella respondió: «Acordaos siempre de mí y de mi hijo».

53. Después ordenó que se nos entregase dinero y, cuando nos fue entregado, dijo a mi señor, el obispo Porfirio: «Toma, padre, estas dos *kentenasia*[138]. Y levanta la iglesia que yo he hecho promesa de construir en el centro de Gaza. Hazme saber si necesitas más dinero y yo te lo enviaré inmediatamente. Construye también una hospedería para acoger a los hermanos que están de paso en tu ciudad y atender sus necesidades durante tres días»[139]. Dio, además, mil sólidos de oro[140] al muy santo obispo Juan y vasos sagrados a los dos y, para gastos de viaje, cien sólidos a cada uno. Además, el mencionado muy santo Juan, el obispo de Cesarea, consiguió todos los privilegios que deseaba en beneficio de su iglesia. Y, habiendo orado y habiendo bendecido muchas veces a la Señora y a su hijo y al Emperador, se retiraron.

54. Ellos pidieron también una audiencia al Emperador, la obtuvieron y fueron recibidos. El Emperador les preguntó si estaban satisfechos y si la Augusta les había hecho algún favor. Ellos respondieron: «Nosotros estamos muy contentos porque Vuestra Piedad, vuestra esposa muy amada por Dios y vuestro hijo protegido por Dios tienen buena salud y son muchos y grandes los favores que hemos recibido». Inmediatamente también el Emperador mandó a los prefectos asignarles a cada uno veinte libras de oro de los ingresos de Palestina[141]. Además les entregó en persona para sus gastos un puñado de oro a cada uno: cada puñado constaba de cincuenta sólidos[142]. Después de impartirle muchas bendiciones, se retiraron. Pasamos todavía tres días en la ciudad hasta que recibimos la asignación de las cuarenta libras y, a los tres días, nos embarcamos. Iniciamos la navegación el 23 del mes llamado Xantikos entre los de Gaza, 18 de abril según los romanos. El clarísimo[143] Cinegio partió después de nosotros sirviéndose de la posta pública[144].

Viaje de vuelta a Gaza y parada en Rodas. Nuevo milagro de Porfirio y conversiones

55. Llegamos a Rodas en cinco días. Nos dimos prisa para acercarnos al santo Procopio, el anacoreta, pero, a pesar de pedir insisten-

temente al capitán de la nave[145] que nos concediese tres horas, no nos las dio aduciendo: «Un viento favorable como éste no lo volveré a encontrar». Pero nosotros le replicamos: «Las plegarias del santo hombre pueden salvarnos y, además, proporcionarnos viento favorable». Pero el capitán se negó y no accedió a nuestra petición, por lo que nos hicimos a la mar después de proveernos de agua. Nos afligimos mucho por haber sido privados de este encuentro. Así pues, suplicamos al anacoreta mediante nuestras plegarias que nos perdonase y que rezase por nosotros para que llegáramos sanos y salvos y pudiéramos culminar nuestra empresa.

56. Después de zarpar de Rodas y navegar dos horas con buen viento, se desata una tempestad imprevista: vientos, relámpagos, truenos y grandes olas. Las olas se levantaban altas como montañas y el barco se elevaba de tal forma que pensábamos tocar las nubes. Había gritos, llantos y plegarias a Dios. También elevábamos súplicas al santo Procopio, el anacoreta. Llegó el atardecer y la tempestad no se apaciguaba, por lo que permanecimos sin dormir durante toda aquella noche. Al amanecer, obligados por el enorme agotamiento, los muy santos obispos se durmieron un poco y mi señor Porfirio vio en sueños al santo Procopio, el anacoreta, que les decía: «Catequizad al capitán y marcadle de nuevo con el sello[146] —pues forma parte de la abominable herejía de Arrio— y obligadle a condenar a Arrio y su malvada creencia, e inmediatamente amainará esta gran tempestad. En efecto, por ser él de la citada herejía no os permitió acercaros a mí. Con todo, catequizadle, pues aceptará de vosotros la recta doctrina».

57. Después de escuchar estas palabras, nuestro santo Porfirio se despertó, nos llamó y nos expuso lo recibido en el sueño. Inmediatamente llamamos al capitán y le dijimos: «¿Quieres salvar tu nave y a todos nosotros y, lo más importante, tu propia alma?». Él respondió: «Una cosa como ésta no se pregunta». Le dijeron los obispos: «Reniega de tu malvada creencia y cree en la fe recta y católica y te salvarás tú, tu nave y todos nosotros». Les respondió el capitán: «Puesto que veo que vosotros tenéis clarividencia[147] —pues habéis adivinado lo que hay en mi corazón sin que nadie os lo haya dicho—, os declaro lo siguiente: 'Creo lo mismo que vosotros creéis y reniego de la herejía de Arrio y del propio Arrio. Y os suplico que me iluminéis a tiempo en la recta fe según las santas Escrituras'». Los santos obispos le tomaron aparte y lo sellaron de nuevo[148], tras hacer oración sobre él, y le hicieron participar en los divinos misterios. En ese momento cesó la tempestad, el viento giró hacia poniente y tuvimos una navegación tranquila. Después de pasar cuatro días más en el mar, al quinto día, al amanecer, arribamos al puerto de Gaza que denominan Maiouma[149].

Recibimiento entusiasta en Gaza y nuevo milagro: se derrumba un templo pagano, nuevas conversiones (mayo de 402)

58. Cuando desembarcamos, al correr la noticia, los cristianos del lugar nos recibieron con cantos de salmos. Igualmente, los cristianos de la ciudad, al enterarse, salieron a nuestro encuentro portando el signo de la preciada Cruz y cantando salmos también ellos. Se juntaron las procesiones de ambos lugares, que formaban una no pequeña multitud. Pero eran más numerosos los del puerto porque allí viven muchos comerciantes de vino egipcios[150]. Los seguidores de los ídolos, viendo los hechos, rechinaban sus dientes, pero no se atrevieron a hacer nada, porque se habían dado cuenta de la alta estima que tenían ante los Emperadores los muy santos obispos y que los ídolos iban a ser destruidos, por lo cual estaban sumidos en gran preocupación y abatimiento.

59. Entramos en la ciudad por el lugar denominado Tetramphodon, donde se levanta una estatua de mármol que decían era de Afrodita[151]. Estaba encima de un altar de piedra y la representación era la de una mujer desnuda que dejaba ver todas sus partes pudendas. Todos los habitantes de la ciudad, en especial las mujeres, veneraban la estatua mediante el encendido de lámparas y la quema de incienso. Decían de ella que emitía oráculos durante el sueño a quienes querían unirse en matrimonio, engañándose mutuamente con las predicciones. En efecto, estimuladas por el demonio, con frecuencia, en vez de la unión matrimonial, lo que les sobrevenía eran divorcios y malas uniones[152].

60. Todo esto lo hemos sabido de aquellos que han renunciado al error y han reconocido la verdad. Pero también algunos idólatras, al no poder soportar la desgracia de estas funestas uniones, llevadas a cabo de acuerdo con las indicaciones del demonio de Afrodita, decepcionados, confesaban el engaño. Y es que así son los demonios, propensos al engaño y a no decir jamás la verdad. Pues no está en ellos prever la verdad, sino que, basándose en lo previsible, simulan revelársela a los que a ellos están sometidos. Pues ¿cómo pueden decir la verdad los que han sido expulsados de la verdad?[153]. Y, si se da el caso de que alguna vez profetizan algo, es por casualidad, de la misma manera que también entre los hombres sucede que muchas veces aciertan de antemano sobre algún asunto, lo cual sucede por azar. Nosotros nos admiramos de los aciertos que ocasionalmente se producen por azar, pero silenciamos los errores que se dan con frecuencia. Esto por lo que respecta a los demonios y a sus mentiras.

61. Una vez que desembarcamos, nos dirigimos, como he dicho, a la ciudad. Apenas vimos el lugar donde estaba el mencionado ídolo de Afrodita —los cristianos transportaban el precioso madero de Cristo, es decir, la representación de la Cruz—, el demonio que moraba en la

estatua, no pudiendo soportar la vista del terrible signo, salió del mármol con gran alboroto, arrojó al suelo la estatua y la rompió en mil trozos[154]. Se dio la circunstancia de que dos hombres de los idólatras se encontraban cerca del altar en que se levantaba la estatua. Al caer, a uno le rompió en dos la cabeza, al otro le rompió la espalda y la mano. Estaban allí los dos burlándose del pueblo santo.

62. Muchos paganos, al contemplar el milagro, tuvieron fe y, mezclándose con los laicos, los acompañaron a la santa iglesia denominada Irene[155]. Hubo gran alegría aquel día entre los cristianos, y esto por tres razones. En primer lugar, porque vieron llegar al santo sano y salvo, con la misión cumplida según sus deseos; la segunda, porque habían sido rotos en pedazos los dioses de los paganos y *habían resultado como el polvo que se disuelve en el aire en verano*[a], y también porque *sus semejantes* habían sido destruidos *por creer en ellos*[b]; la tercera, la más importante de todas, porque se habían salvado almas sumidas en el error y se habían agregado al rebaño de Cristo. El obispo, tras sellarlos, los despidió en paz exhortándoles a que frecuentaran las santas plegarias. El número de los hombres fue de treinta y dos, y el de mujeres, siete[156]. El arzobispo Juan, después de permanecer dos días en Gaza, partió para Cesarea y todos los cristianos y el santo obispo le acompañaron durante dos millas.

Comienza la destrucción de los templos paganos

63. Al cabo de diez días, llegó el admirable[157] Cinegio trayendo consigo al consular y al *dux* y un numeroso manípulo de fuerzas militares y civiles[158]. Muchos de los idólatras lo supieron de antemano y salieron de la ciudad, unos hacia las aldeas, otros hacia otras ciudades. La mayoría formaban parte de los ricos de la ciudad. El citado Cinegio requisó[159] las casas de los fugitivos. A continuación convocó a los habitantes de la ciudad y, en presencia del *dux* y del consular, les mostró las cartas imperiales[160] que ordenaban que fuesen destruidos los ídolos y entregados al fuego. Apenas lo escucharon los idólatras se pusieron a gemir con grandes gritos, por lo que las autoridades se indignaron y les enviaron soldados que les golpearon con bastones y látigos[161].

64. Los cristianos, por su parte, aclamaban con alegría a los Emperadores y a los gobernantes[162]. Inmediatamente se movilizaron junto con las autoridades y los escuadrones y destruyeron los ídolos. Había en la ciudad ocho templos públicos dedicados a los ídolos, a saber: del Sol,

a. Cf. Dn 2, 35.
b. Cf. Sal 113, 16 (115, 8).

de Afrodita, de Apolo, de Kore, de Hécate, el denominado Heroeion y el de la Fortuna de la ciudad, al que denominaban Tychaeon, y el Marneion, que decían era de Zeus cretense y al que consideraban como el más famoso de todos los templos de todo lugar[163]. Había, además, otros muchos santuarios en las casas y en las aldeas que nadie era capaz de enumerar. Y es que los demonios, aprovechándose de la benevolencia de los gacenses, que son crédulos, habían llenado del error toda su ciudad y los alrededores. En esto son víctimas de su simplicidad. Por ello, cuando son conducidos a la santa fe se convierten en cristianos fervientes[164]. Esto por lo que respecta a los gacenses.

65. Así pues, los soldados, en compañía de los cristianos de la ciudad y de los de la zona del puerto, se lanzaron contra los ídolos. Primero quisieron destruir el llamado Marneion, pero fueron rechazados, pues los sacerdotes de este templo, enterados con antelación, protegieron desde dentro las puertas del santuario interior con grandes piedras[165]. Además, descendieron a los llamados *adyta*[166], escondieron allí todos los objetos sagrados que había en el santuario y también las propias estatuas de los dioses y, a través de los mismos *adyta* o lugares secretos, huyeron por otras salidas. Se decía, en efecto, que los susodichos *adyta* tenían numerosas salidas hacia puntos diferentes. Así pues, rechazados como he dicho, se dirigieron hacia los restantes templos y unos los destruyeron, otros los entregaron al fuego apoderándose de todos los objetos sagrados que en ellos había. Pero el santo Porfirio había anatematizado en la iglesia a todo ciudadano cristiano que se apoderase de cualquier objeto de los templos para uso privado. Por ello, ninguno de los ciudadanos creyentes tomó nada, a excepción de los soldados y los extranjeros que se encontraban allí. En efecto, circulaban entre los laicos hombres piadosos del clero y el propio santo obispo Porfirio que les impedían apropiarse de nada[167]. Diez días duraron las destrucciones de los templos de los ídolos.

Un niño vidente anuncia cómo destruir el templo de Zeus Marnas (24 de mayo de 402)

66. Después de estos diez días, se pusieron a deliberar sobre cómo actuar contra el Marneion. Unos proponían que fuese demolido, otros que fuese incendiado, otros que fuese purificado el lugar y consagrado como iglesia de Dios[168], y había grandes discusiones al respecto. Finalmente, el santo obispo anuncia al pueblo un ayuno y plegarias para que el Señor les revelase qué era lo que debería hacerse. Después de haber ayunado aquel día, y elevado súplicas al Señor, por la tarde celebraron la santa *synaxis*[169]. Una vez terminada la *synaxis*, un niño de unos siete

años, que estaba acompañado de su madre, comenzó a gritar de repente[170]: «Incendiad el templo por dentro hasta sus cimientos, pues hay muchas abominaciones en su interior, en especial sacrificios humanos[171]. Y prendedle fuego de esta manera: 'Traed pez líquida, azufre y grasa de cerdo, mezclad las tres e impregnad las puertas de bronce y arrojad sobre ellas el fuego y así arderá todo el templo. De otra forma no es posible. El exterior conservadlo junto con el pórtico. Después del incendio, una vez purificado el lugar, edificad allí una iglesia'». Y dijo también: «Os conjuro, por la faz de Dios, que no se actúe de otra manera, pues no soy yo el que hablo, sino *Cristo el que habla en mí*»[a]. Esto lo dijo en lengua siria[172]. Todos, al oírle, quedaron asombrados y glorificaron a Dios.

67. Este prodigio llegó también a oídos del santo obispo y, elevando sus manos al cielo, glorificó a Dios y dijo: «*Gloria a ti, Padre santo, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y se las revelaste a los pequeños*»[b]. Invitó, además, al niño y a su madre a encontrarse en la residencia episcopal después de despedir la asamblea y, apartando al niño, preguntó a su madre: «*Te conjuro por el Hijo de Dios vivo*[c] si ha sido a instigación tuya, o de cualquier otra persona que tú conozcas, por lo que tu hijo ha pronunciado las palabras que ha dicho respecto al Marneion». Tras escucharle, respondió la mujer: «Me ofrezco a mí misma al terrible y temible tribunal de Cristo si es que yo conocía algo de lo que mi hijo ha manifestado en el día de hoy. Pero si te parece, aquí tienes al niño, tómale e interrógale bajo amenazas y, si ha pronunciado estas palabras a instigación de alguien, confesará atemorizado; si no confiesa nada, está claro que estaba inspirado por el Espíritu Santo». Al escuchar el obispo las palabras de la mujer y aprobarlas, le pidió que se apartase un momento y que trajese al niño. Una vez en presencia del niño le preguntó: «¿Quién te sugirió decir en la iglesia aquello que has dicho respecto al Marneion?». El niño callaba. El muy santo obispo mandó traer un látigo y coger al niño para atemorizarlo[173]. El que sostenía el látigo[174] gritó elevando la voz: «¿Quién te mandó hablar?, dilo para que no te golpee con el látigo». Pero el niño permanecía mudo, sin pronunciar palabra. Entonces nosotros, los que estábamos a su lado, le dijimos lo mismo amenazándole. Pero él permanecía inmóvil.

68. Finalmente, cuando todos estábamos en silencio, abriendo su boca, dijo el niño en lengua griega: «Incendiad el templo por dentro hasta los cimientos, pues hay muchas abominaciones en su interior, en especial, sacrificios humanos. Y prendedle fuego de esta manera: 'Traed pez líquida, azufre y grasa de cerdo, mezclad las tres e impregnad las

a. Cf. 2 Cor 13, 3.
b. Mt 11, 25.
c. Mt 26, 63.

puertas de bronce y arrojad sobre ellas el fuego y así arderá todo el templo. De otra forma no es posible. El exterior conservadlo junto con el pórtico. Después del incendio, una vez purificado el lugar, edificad allí una iglesia'». Y dijo también: «Os conjuro, por la faz de Dios, que no se actúe de otra manera, pues no soy yo el que hablo, sino *Cristo el que habla en mí*». Quedaron asombrados el muy santo obispo y todos los que con él estaban al escuchar la franqueza[175] del niño y la seguridad con que habló. Reclamada su madre, se le preguntó si ella o su hijo conocían la lengua griega. Ella afirmó bajo juramento que ni ella ni su hijo sabían hablar en griego. Al escucharla, el muy santo Porfirio glorificó de nuevo a Dios y trayendo tres monedas [de oro] se las dio a la mujer[176]. Pero el niño, al ver las tres monedas en la mano de su madre, gritó en lengua siria en estos términos: «No las cojas, madre, para que tampoco tú *vendas por el oro el don de Dios*[a]». Al escucharle, nos maravillamos de nuevo. Y la madre entregó al obispo las tres monedas diciendo: «Ora por mí y por mi hijo y encomiéndanos a Dios». El santo obispo los despidió en paz.

Se procede a la destrucción del Marneion. Castigo divino a un tribuno pagano

69. Por la mañana reunió a los piadosos clérigos y al pueblo amigo de Cristo, y también al admirable Cinegio y a las autoridades[177], y les contó cómo se había expresado el niño respecto al Marneion. Se llenaron de admiración al escucharlo y decidieron por unanimidad que fuese incendiado de acuerdo con las palabras del niño. Así pues, trajeron pez líquida, azufre y grasa de cerdo y, mezclando las tres, impregnaron las puertas interiores. Después de hacer una plegaria, prendieron fuego e inmediatamente se extendió a todo el templo y ardió. Los soldados y extranjeros que pudieron hacerlo saquearon del fuego lo que encontraron, tanto oro como plata, como hierro o plomo.

70. Un hombre de los que estaban al frente de los soldados, al que llaman tribuno[178], fue encargado de vigilar el incendio del templo. En apariencia era cristiano, pero, en secreto, según la mayoría, era idólatra. Éste, pues, estaba al frente y, viendo el incendio y el pillaje por parte de los soldados, rechinaba los dientes de rabia y, con la excusa de poner orden entre ellos, hizo flagelar sin rubor a los que encontró llevándose algo de los despojos. Mientras esto sucedía, se desplomaron los muros por el fuego y, de improviso, un madero ardiendo golpeó al tribuno y le produjo, por así decirlo, dos muertes: le rompió la cabeza y le quemó el

a. Hch 8, 20.

resto del cuerpo. Inmediatamente, los soldados creyentes y las personas del pueblo amigas de Cristo, al enterarse de su condición, a saber, que mostraba inclinación por los ídolos, glorificaron a Dios y comenzaron a cantar aquel salmo que dice: *¿Por qué, oh poderoso, te glorias en tu maldad? Todo el día tu lengua ha maquinado la injusticia. Como navaja afilada has ejercido engaños. Has amado el mal por encima del bien, la injusticia por encima de la lengua de la justicia. Has amado toda palabra de perdición, una lengua malvada. Que Dios te destruya para siempre, que te arranque y te transplante de tu morada y que extirpe tu raíz de la tierra de los vivos*[a].

Eliminación de todo resto de paganismo.
Porfirio justifica las conversiones forzosas (junio de 402)

71. Después se realizaron las inspecciones de las casas. En efecto, había cantidad de ídolos en la mayoría de las estancias, y los que eran hallados, unos eran entregados al fuego, otros, arrojados al fango. Fueron descubiertos también libros llenos de fórmulas mágicas, que ellos denominaban sagrados, con las cuales los idólatras realizaban las iniciaciones y los restantes ritos prohibidos[179]. Éstos sufrieron el mismo destino que sus dioses.

72. Muchos se adhirieron a la sagrada fe, unos por miedo, otros arrepentidos de su anterior forma de vida. A todos les abrió las puertas de la santa Iglesia, pues recordaba la sagrada Escritura cuando dice: *Se abrirá al que llama y el que busca encontrará*[b]. Y también: *Sea por pretexto, sea por verdad, Cristo es confesado*[c]. Ciertamente algunos fieles decían al santo obispo que no se debía recibir a los que acudían por miedo, sino a los que lo hacían con auténtica convicción[180].

73. El santo obispo decía a los que hablaban así: «Hay ciertas virtudes que los hombres deben a las circunstancias: de la misma manera que uno que ha adquirido un esclavo indócil primero le amonesta con todo tipo de consejos para que sirva con corazón sincero y, si advierte que de ninguna forma es dócil a las amonestaciones, entonces se ve obligado a servirse del terror, los azotes, las cadenas y otras cosas parecidas, porque no quiere que se pierda, sino que se salve y reconozca sus deberes, de una manera similar admitid que Dios es generoso frente a nuestra indocilidad. Repetidamente nos recuerda lo que, de acuerdo con las Escrituras y los hombres santos, es beneficioso para nosotros, pero si nosotros

a. Sal 51, 3 ss.
b. Mt 7, 7.
c. Flp 1, 18.

no obedecemos, actuando en todo como un dueño bueno y humano para ganarnos y para que no le rechacemos, es cuando recurre contra nosotros al miedo y al castigo corrector, invitándonos por la fuerza a reconocer nuestro deber. Por esto dice la divina Escritura: *Cuando les mataba, entonces ellos le buscaban y volvían por la mañana a Dios*[a]. Y una vez más, a aquellos que se rebelan recalcitrantes contra Dios: *Tú sujetarás con el bocado y con el freno las quijadas de los que no se acercan a ti*[b]. Así pues, hijos míos, corregid la naturaleza humana por medio del terror, las amenazas y los castigos[181]. Por esto vuelve a decir: *Ha sido bueno para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus órdenes*[c]. Esto es lo que yo digo a aquellos que quieren adherirse a nuestra santa fe. Pues si se adhieren dubitativos, puede el tiempo, con la ayuda de Cristo, ablandarlos. Pero os diré también otra cosa: si ellos no parecen dignos de la fe, por haber crecido habituados al mal, los engendrados por ellos pueden salvarse por haber crecido en contacto con el bien».

74. Con estas palabras el santo Porfirio persuadió a los hermanos y recibió a todos los que deseaban ser bautizados, después de haberles catequizado durante muchos días, no sólo antes del bautismo, sino también después[182]. En efecto, enseñaba la palabra continuamente, no sirviéndose de un discurso adornado por afán de brillar, sino instruyéndolos con expresiones simples y explicándoles todo basándose en la Escritura. Así pues, se añadieron aquel mismo año al rebaño de Cristo alrededor de trescientas personas y, a partir de entonces, cada año aumentaban los cristianos.

Construcción de una iglesia en el emplazamiento del Marneion. Instrucciones de la emperatriz Eudoxia (402)

75. Una vez que, finalmente, el Marneion fue destruido por el fuego y la tranquilidad volvió a la ciudad, el bienaventurado obispo, junto con el santo clero y el pueblo amigo de Cristo, quería edificar una santa iglesia en el lugar incendiado, de acuerdo con la revelación que tuvo cuando estaba en Constantinopla[183], y para cuyo fin había recibido el dinero de la emperatriz Eudoxia, amante de Dios. Después de haber despedido a las autoridades[184] y al pueblo de Dios, retuvo a una parte de las tropas[185] para que no se produjese algún motín después de su partida. Pero no sólo por esto, también para que le ayudasen a transportar los materiales de construcción para la mencionada iglesia.

a. Sal 77 (78), 34.
b. Sal 31, 9.
c. Sal 118, 71.

Algunos aconsejaban construirla según el modelo del templo quemado. Éste era de planta redonda, rodeado de dos pórticos concéntricos y, en el centro, había un cimborrio redondo y alargado hacia arriba[186]. Tenía también otras estructuras acondicionadas para los ídolos y aptas para los ritos abominables e ilícitos que son propios de los idólatras[187]. Así pues, algunos optaban por este modelo para edificar la iglesia santa, pero otros se oponían aduciendo que se debía borrar incluso el recuerdo de aquel edificio. Los que así hablaban trataban de persuadir a todos como si tuviesen razón. Pero el santo obispo dijo: «También esto lo dejaremos a la voluntad de Dios». Mientras se estaba desescombrando el lugar, llega un *magistrianos*[188] trayendo cartas imperiales de Eudoxia, de eterna memoria[189]. Las cartas contenían saludos y solicitaban plegarias por ella y por los emperadores, a saber, su esposo y su hijo. En otro papel, dentro de la carta, estaba el diseño de la santa iglesia, en forma de cruz, tal como se puede contemplar ahora con la ayuda de Dios. La carta decía también que se construyese la santa iglesia según este diseño[190]. El santo se alegró al conocer y ver el modelo, pues sabía que obedecía también a una revelación divina y se acordó de la Escritura que dice: *El corazón del rey en la mano de Dios*[a]. La carta anunciaba también que pronto serían enviadas columnas preciosas y mármoles.

76. Una vez que fueron retiradas las cenizas y que todos los restos de la idolatría habían sido eliminados, el santo obispo ordenó que los restos de las placas de mármol del Marneion, que se decía que eran sagradas y se encontraban en un lugar prohibido, en especial para las mujeres[191], fuesen colocadas en el exterior del templo para pavimentar la plaza y fuesen pisadas no sólo por los hombres, sino también por las mujeres, los perros, los cerdos y los animales salvajes[192]. Esto es lo que más dolió a los idólatras del incendio del templo. Por ello la mayoría, en especial las mujeres, evitan hasta el presente poner el pie en aquellos mármoles[193]. Poco tiempo después anunció un ayuno de un día. Una vez terminadas las preces de la mañana, el obispo ordena a toda persona amiga de Dios llevar azadas, palas y otras herramientas similares. Esto lo había anunciado la víspera, a la caída del sol, para que al amanecer todos estuviesen preparados, y así sucedió.

77. El pueblo se concentró con los mencionados instrumentos en la santa iglesia de sobrenombre Irene y mandó que todos se dirigiesen en grupo cantando himnos al anterior emplazamiento del Marneion. Él en persona les seguía llevando el santo Evangelio, rodeado del santo clero, a semejanza de Cristo en medio de los discípulos. A la cabeza del pueblo iba Barocas, de eterna memoria, llevando el símbolo de la imagen de la Cruz, y, a ambos lados del pueblo, los soldados que habían queda-

a. Prov 21, 1.

do para asegurar el orden en la ciudad. Todos caminaban salmodiando y, después de cada versículo, decían *Aleluya*. El salmo que cantaban era: *Venid, gocémonos en el Señor, aclamemos a Dios nuestro Salvador. Presentémonos ante su rostro en acción de gracias y celebrémosle con salmos, porque Dios es un gran señor, un gran rey sobre toda la tierra, porque en su mano están los límites de la tierra, y las cumbres de los montes suyas son, porque suyo es el mar y él es quien lo hizo y sus manos han moldeado la tierra. Venid, adorémosle y postrémonos ante él, y lloremos delante del Señor que nos ha creado, porque él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo que apacienta y el rebaño de su mano*[a]. Cantaban también otros salmos hasta que llegaron al Marneion.

Un arquitecto de Antioquía dirige la construcción, en la que colabora el pueblo cristiano

78. El santo obispo había invitado a Rufino, arquitecto de Antioquía, hombre de fe y experto, y gracias a él fue culminada la obra. Éste marcó con yeso la planta de la santa iglesia siguiendo el modelo del boceto que había enviado la muy amiga de Dios Eudoxia[194]. El muy santo obispo, después de hacer una plegaria y la genuflexión, ordenó al pueblo comenzar a cavar. Inmediatamente todos, con una sola alma y un mismo entusiasmo, se pusieron a cavar gritando: «Cristo ha vencido». No se podían observar diferencias entre el hombre, la mujer, el anciano o el niño; antes bien, el mismo entusiasmo infundía a todos las mismas fuerzas: mientras unos cavaban, otros retiraban la tierra, y así, en pocos días, todas las zanjas de los cimientos habían sido excavadas y dispuestas.

79. Cuando ya estaban prontos los materiales de construcción, piedras enormes y otros materiales del paraje denominado Aldioma, al este de la ciudad[195], el santo reunió, de nuevo, al pueblo amigo de Cristo y elevaron numerosas preces y salmodias en el lugar del emplazamiento. Después, ciñéndose él mismo, se puso a transportar piedras y arrojarlas en los cimientos. Acto seguido, también los clérigos amigos de Dios y todos los laicos, alegres y cantando salmos con voz muy fuerte, tanto que se les podía escuchar a tres millas de la ciudad.

El milagro en un pozo próximo al emplazamiento del Marneion

80. Aquel día se produjo un gran milagro. Existían pozos en los alrededores del templo, uno al oeste de lo que ahora es santa iglesia de

a. Sal 94, 1-7.

Dios, con una profundidad no pequeña[196]. Tres niños que tenían sed se acercaron a él para beber y, al acercarse a la boca del pozo, se colgaron apoyados en el madero colocado sobre el brocal, tal como acostumbran a hacer los niños. El madero se rompió y los tres niños cayeron al pozo. Algunos, que casualmente se encontraban por allí, corrieron a comunicar al pueblo lo sucedido. Se produjo un no pequeño alboroto y todos corrieron hacia el pozo. El muy santo Porfirio se enteró de lo sucedido y corrió también hacia el lugar. Ordenó que se hiciese el silencio y, una vez logrado esto, comenzó a orar y pedir a Cristo con muchas lágrimas que los niños se mantuviesen sanos e incólumes, especialmente por los idólatras, para que no pudieran decir: «¿Dónde está su Dios, en el que confían?». Después de pasar una hora entera postrado en el suelo, se levantó. Hizo descender en busca de los niños a uno mediante una de las cuerdas de junco trenzado para los calderos. Mientras tanto, la gente gritaba llamando a los niños y nadie respondía desde el fondo del pozo.

81. El hombre, cuando descendió, encontró a los tres niños sentados encima de una piedra, totalmente sanos y hablando entre ellos. Al verlos, quedó estupefacto, glorificó a Dios y, gritando a los de arriba, dijo: «Dad gloria a Dios, pues los tres niños están vivos». Al escucharle, el santo y sagrado obispo y el pueblo se alegraron y, arrojando una cesta de gran tamaño, ordenó que los tres fuesen sacados juntos. Eran pequeños, como de seis o siete años. El de abajo, cuando recibió la cesta, los ató fuertemente y los sentó a los tres, recomendándoles que mantuviesen cerrados los ojos hasta que estuviesen en la boca superior y que dijesen: «Jesucristo, sálvanos». Una vez hecho esto, pidió a gritos que tirasen suavemente de la cuerda y, mientras tiraban, cantaban el himno de los tres jóvenes [en el horno]: *Seas bendito, Señor Dios de nuestros padres*[a]. Cuando llegaron arriba y les vio el santo obispo —él estaba de pie junto a la boca del pozo y tirando de una cuerda—, cubierto de lágrimas y de alegría, gritó: *Alabad al Señor todas las obras del Señor, cantadle himnos*[b]. Una vez soltados de la cuerda, los examinaron para comprobar si se habían herido en alguna parte de su cuerpo, mas no se les encontró ninguna herida; pero, en contrapartida, nosotros contemplamos un gran prodigio.

82. En efecto, se descubrió que los tres tenían señales en forma de cruz, como marcas de una aguja: una en medio de la frente, otra sobre la mano derecha, junto a los dedos, y la última en el hombro derecho. Las cruces estaban bellamente grabadas, ni oblicuas, ni torcidas, sino de la misma medida, lo que era evidencia de que se trataba de señales divinas. Además, no les provocaban ningún daño, ni sangre, sino que

a. Dn 3, 2.
b. Dn 3, 4.

parecían grabadas con bermellón. Permanecieron en su cuerpo durante mucho tiempo para que todos pudiesen verlas y admirarlas, pues muchos paganos, al observarlas, se convirtieron.

83. Además, el hombre que había descendido al pozo para sacar a los niños afirmó bajo juramento, cuando salió a la superficie, lo siguiente: «Cuando yo senté a los tres en la cesta y estaban siendo remontados, vi una especie de resplandor en torno a ellos hasta que llegaron a la boca del pozo». Aquel fue un día de felicidad para los cristianos, pero, para los idólatras, de pena y de escándalo.

Avanza la construcción de la iglesia

La construcción avanzaba de día en día, pues todos trabajaban con entusiasmo y entrega. Además, nadie se veía privado de su sueldo, pero [el obispo] generosamente concedió un sobresueldo a los obreros, pues decía: «Es justo que todo el trabajo de la construcción no sea motivo de maldiciones, sino de bendiciones».

84. El año siguiente la emperatriz Eudoxia envía las columnas que había prometido. Eran admirables y enormes, en número de treinta y dos —son denominadas de Caristos[197]— y se encuentran ahora en la santa iglesia donde brillan a la manera de esmeraldas. Cuando llegaron por mar, de nuevo se manifestó el celo y entusiasmo del pueblo amigo de Cristo. En efecto, al correr la noticia todos acudieron rápidamente a la costa, no sólo los hombres, sino también las mujeres, los niños y los ancianos —a todos daba fuerzas el vigor de la fe[a]—. Trajeron carros y, cargando cada columna, las transportaban y las depositaban al aire libre delante del santuario; tornaban de nuevo, arrastraban otra, y así sucesivamente hasta que transportaron todas. Hasta aquí lo relativo a las columnas.

Debate de Porfirio con una mujer maniquea

85. En aquella época llegó a la ciudad una mujer de Antioquía, llamada Julia, que formaba parte de la abominable herejía de los denominados maniqueos[198]. Como supo que había algunos neófitos, aún no reafirmados en la sagrada fe, se infiltró para corromperlos mediante sus doctrinas mágicas y, lo que es más, mediante entregas de dinero[199]. En efecto, el inventor de esta herejía impía no ha podido captar seguidores más que con el ofrecimiento de dinero. Su doctrina, para quienes tienen

a. Cf. Rom 4, 20.

sentido común, está llena de todo tipo de blasfemias, ideas reprochables y *cuentos de viejas* aptos para atraer a mujerzuelas y hombres de espíritu pueril, vacíos de capacidad de razonar y entender[200]. Esta mala doctrina está tomada de diferentes herejías y creencias helénicas con la intención de atraer a todos mediante la perfidia y el engaño[201]. Dicen, en efecto, que hay muchos dioses, para atraerse a los paganos; además admiten los horóscopos, el hado y la astrología para poder pecar sin miedo, pues, al estar dentro de nosotros el destino, el pecado es fruto de la fatalidad[202].

86. Confiesan también a Cristo, pero dicen que se ha hecho hombre sólo en apariencia, y así también ellos se dicen cristianos sólo en apariencia[203]. Paso de largo, por tanto, estas cosas ridículas y blasfemas para no llenar los oídos de mis oyentes de sonidos escandalosos y extravagantes. Y es que han construido su herejía mezclando con las sentencias de los cristianos las de Filistión el cómico, Hesiodo y otros de los denominados filósofos[204]. Pues así como un pintor, haciendo la mezcla de diferentes colores, aparenta reproducir un hombre, o un animal, o cualquier otra cosa para engañar a los que lo observan, de forma que a los estúpidos e imbéciles les parece verdadero, pero los sensatos reconocen que sólo es sombra, apariencia e imitación humana, así también los maniqueos, bebiendo de diversas ciencias, han compuesto su mala doctrina[205]. Peor aún, extrayendo y mezclando el veneno de diferentes serpientes, han preparado un veneno mortífero para perdición de las almas humanas. Así pues, como he dicho antes, a la llegada de esta mujer pestilente algunos se dejaron atrapar por su enseñanza engañosa.

87. Al cabo de algunos días, el santo Porfirio, informado por algunos fieles, la hizo llamar y le preguntó quién era y de dónde venía, y cuál la doctrina que traía. Ella confesó cuál era su patria y que era maniquea[206]. Los que estaban a su lado se llenaron de ira —pues estaba acompañado de algunos cristianos piadosos—, pero el bienaventurado les exhortó a no encolerizarse, sino a reprenderla con paciencia, *una y dos veces*[a], siguiendo el consejo del santo Apóstol[207]. Después dijo a la mujer: «Apártate, hermana, de esta mala doctrina, pues es satánica». Ella respondió: «Habla y escucha, y me persuadirás o serás persuadido tú». El bienaventurado le dijo: «Prepárate para mañana y preséntate aquí». Ella le saludó y se fue. El bienaventurado se preparó para el día siguiente ayunando y elevando muchas plegarias a Cristo para humillar al diablo. Además invitó a algunos de los clérigos y de los laicos piadosos a su debate con la mujer.

88. Al día siguiente se presenta la mujer acompañada de dos hombres y otras tantas mujeres. Eran jóvenes y de bello aspecto, pero todos pálidos, y Julia era de avanzada edad[208]. Todos se apoyaban en argu-

a. Tit 3, 10.

mentos de la cultura mundana, y más que nadie, Julia. La actitud de todos era humilde y el tono dulce, de acuerdo con el dicho *Por fuera corderos, pero por dentro lobos feroces*[a] y bestias peligrosas, pues todo lo que dicen y hacen es con hipocresía. Después, invitados a sentarse, comenzaron el debate. El santo, sosteniendo los santos Evangelios y, tras marcar su boca con la señal de la cruz, comenzó a interrogarla pidiéndole que expusiese su doctrina. Ella comenzó a hablar. Por su parte, el hermano Cornelio, el diácono de quien ya hemos hablado antes, que era experto en los signos de Ennomos[209], por orden del bienaventurado obispo, anotaba todo lo que se decía y lo que se respondía, mientras yo y el hermano Barocas le dictábamos[210]. No he reproducido en el presente libro el diálogo porque es muy largo y he querido redactar este escrito de forma concisa. Pero lo he recogido en otro libro[211] para quienes quieran conocer la sabiduría que Dios había dado al muy santo Porfirio y las *fábulas de vieja*[b] que contó Julia, la narradora de cosas extrañas y venenosas, a quien pronto alcanzó la justicia divina.

Porfirio maldice a la maniquea provocándole una muerte inmediata

89. Pues bien, una vez que durante mucho tiempo y largas horas, ella se explayó con las acostumbradas blasfemias contra el Señor y Dios del Universo, el santo Porfirio, impulsado por el celo divino, viendo que Aquel que todo lo abraza, lo visible y lo invisible, estaba siendo blasfemado por una mujer poseída por el diablo y que se plegaba a la voluntad de éste, pronunció contra ella la siguiente maldición: «Dios, creador de todo, el único eterno, que no tiene comienzo ni fin, glorificado en la Trinidad, golpeará tu lengua y cerrará tu boca para que no pronuncies blasfemias»[212].

90. El castigo siguió de inmediato a las palabras[213]. En efecto, Julia comenzó a temblar y a mudársele el rostro. Permaneció en éxtasis durante un largo tiempo y sin hablar, antes bien, muda e inmóvil, con los ojos abiertos y fijos en el muy santo obispo. A sus acompañantes, al ver lo que le sucedía, les invadió un gran temor. Intentaron reanimarla pronunciando encantamientos a sus oídos, pero no decía nada, no oía nada[214]. Después de permanecer un largo tiempo muda, entregó su alma y se dirigió a las tinieblas que ella honraba tomándolas por la luz, según la Escritura que dice: *¡Ay de los que hacen lo dulce amargo, y lo amargo dulce, que cambian las tinieblas por la luz y la luz por las tinieblas!*[c]. El

a. Mt 7, 15.
b. 1 Tim 4, 7.
c. Is 5, 20.

santo Porfirio ordenó que fuese enterrado su cuerpo y entregado a la sepultura por compasión hacia la naturaleza humana, pues era misericordioso hasta el exceso[215].

91. Los que comprobaron lo que había sucedido quedaron estupefactos, no sólo los de nuestra fe, sino también los gentiles. Y, en cuanto a los dos hombres y las dos mujeres que la acompañaban, y cuantos habían sido seducidos por ella, corrieron a arrojarse a los pies del bienaventurado obispo, diciendo: «Estamos equivocados», y pidieron perdón. El bienaventurado hizo que todos anatematizasen a Manes, el inventor de su herejía, y del que han tomado el nombre los maniqueos[216]. Después de catequizarles debidamente durante muchos días, les trajo a la santa iglesia católica. Gracias a ellos también otros gentiles se arrepintieron y fueron bautizados.

Consagración de la nueva iglesia, que recibe el nombre de Eudoxiana en memoria de la emperatriz (abril de 407)

92. Al cabo de cinco años, fue terminada la obra de la santa gran iglesia. Fue denominada Eudoxiana, por el nombre de la muy amante de Dios la emperatriz Eudoxia[217]. El muy santo Porfirio celebró la dedicación el día de la santa Pascua de la Resurrección, con gran fasto, sin ahorrar gastos[218]. Al contrario, convocó a todos los monjes de los alrededores, en número de unos mil y, en compañía de los restantes piadosos clérigos, laicos y obispos, festejó con alegría todos los días de la santa Pascua[219]. Se podía ver los coros angélicos, no sólo en los oficios de la iglesia, sino también en los momentos de la comida. Pues la mesa no era sólo sensorial, sino también espiritual: después de la comida se cantaba un salmo, después de la bebida, un himno[220]. Los idólatras, al observar lo que sucedía, se consumían en su interior. Y es que de todas partes acudían extranjeros a contemplar la belleza y la grandeza de la mencionada santa iglesia. Se decía que era la más grande de aquella época.

93. Resulta que, cuando puso los cimientos, al principio era acusado por algunos fieles de que la había concebido grande para los pocos cristianos que había en la ciudad y el muy santo Porfirio les había respondido diciendo: «Que vuestra fe no sea pequeña; confío en nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, que hará crecer su rebaño y agrandará su casa de forma que no pueda acoger a la multitud de cristianos. Porque la doctrina de los cristianos no es humana, de forma que, según las circunstancias, aparezca y desaparezca, sino divina y destinada a crecer». Estas cosas y otras parecidas decía siempre el bienaventurado a los fieles, no sólo en la iglesia, sino en todo lugar, iluminando y edificando

al pueblo cristiano. Pasados los días de la fiesta, despidió en paz a la multitud, a cada uno a su casa.

Actividad de Porfirio con los pobres y extranjeros

94. Después de la construcción y la consagración de la mencionada santa iglesia, ordenó entregar a cada uno de los extranjeros que moraban en la ciudad la manutención de un día y proporcionaba a cada uno de los pobres, extranjero o ciudadano, seis óbolos por día[221]. Y esto sin contar lo que él mismo ofrecía personalmente a los que venían a verle, en forma de vestidos, plata u oro[222]. Cada uno recibía según lo necesario y nadie quedaba privado de los beneficios que necesitaba. Pero en los días de ayuno de la santa Pascua daba a cada pobre diez óbolos por cabeza durante cuarenta días. Estableció en su piadoso testamento que se diese a perpetuidad a los citados pobres diez óbolos durante los cuarenta días, después de afectar una renta por la que se establecía esta donación. En el citado testamento estipuló que si no se proporcionaba esto todos los años, la aludida ayuda pasaría a la santa iglesia de Cesarea[223]. Pero esto fue tiempo después.

Motín de la población pagana contra los cristianos

95. Mas los idólatras, cuanto más veían progresar el cristianismo, más se enfurecían y buscaban la forma de hacer daño a los cristianos y, por encima de todos, a su santo obispo Porfirio. En una ocasión surgió una disputa entre el ecónomo de la santa iglesia[224] y Sampsychos, el *principal*[225]. El piadoso Barocas, al ver que el ecónomo era insultado, salió en su defensa y comenzó a insultar al citado Sampsychos[226]. Al tener conocimiento de ello, los restantes miembros de la curia[227] se reunieron y atacaron al ecónomo y al piadoso Barocas. A los curiales se unieron muchos ciudadanos que encontraron la ocasión para hacer daño a los creyentes y, como se dice, de una pequeña chispa se produjo un gran fuego y, una vez encendido, corría el peligro de que provocase la ruina de todos los cristianos. En efecto, los idólatras se enfurecieron de tal manera que sacaron las espadas y los garrotes y murieron siete personas y otros muchos fueron heridos[228].

96. Después, no contentos con esto, se volvieron contra el propio pastor. Pero algunos hombres de bien se adelantaron y avisaron al obispo de que la multitud corría hacia él. Al enterarse, el bienaventurado me llamó y me dijo: «Huyamos, hermano, y escondámonos por un tiempo hasta que pase la cólera del Señor». Escalamos los muros y huimos por

las terrazas[229]. Pero los idólatras, forzando las puertas de la residencia episcopal entraron y, al no encontrar al santo Porfirio, saquearon todo lo que encontraron.

La niña pagana Salaphtha les protege y alimenta. Castigos del gobernador de Palestina contra los amotinados

97. Yo y el bienaventurado Porfirio, mientras huíamos a través de la terraza, encontramos a una niña de unos diez años que, al reconocer al santo Porfirio, se arrojó a sus pies. El bienaventurado le preguntó quién era y quiénes sus padres. La niña le respondió diciendo que era huérfana de padre y madre, pero que tenía una abuela ya anciana e impedida en su cuerpo y que ella trabajaba para alimentarse a sí misma y a su abuela. Le preguntó si era cristiana, y ella respondió que no lo era, pero que deseaba serlo desde hacía mucho tiempo: «Si yo soy digna...», añadió. Porfirio, al escucharla, sintió compasión por ella y comenzó a llorar diciendo: «¡Cuán inclinada al bien es la naturaleza de los gacenses! Pero el enemigo hace todos los esfuerzos para obstaculizar esta buena disposición, aunque *el Señor le golpeará con la palabra de su boca*»[a]. Y dijo también a la joven: «Tráenos ahora una esterilla a esta terraza para que podamos permanecer aquí hasta que se apacigüe el tumulto de la ciudad y no digas a nadie que estamos aquí». Ella nos aseguró con juramento que no se lo diría ni siquiera a su abuela.

98. Se deslizó mediante una cuerda hasta su casa, nos trajo la esterilla y un colchón de paja. Extendió la esterilla con la paja encima y se arrojó a los pies del bienaventurado y le suplicó que gustase de sus sencillos alimentos, sin avergonzarse de su pobreza, pues ya era el atardecer. El santo, queriendo imitar al profeta Elías, dijo a la joven: «Apresúrate, hija, y tráenoslo, para que el Señor, por medio de nosotros, te lo devuelva en forma de alimentos espirituales y carnales»[b]. Ella descendió rápidamente y se fue a comprar pan, aceitunas, queso, legumbres secas y vino[230]. Trajo todo esto y nos lo puso delante diciendo: «Cogedlo, mi señor, y bendecid mi pobreza». El bienaventurado comenzó a llorar de nuevo, conmovido, previendo la fe en Cristo que ella iba a tener. Nos levantamos, hicimos las preces de costumbre y nos sentamos a comer: yo comí pan, queso y vino, el santo, pan, legumbres secas y agua. Después de enviar a la joven a su abuela, nosotros dormimos en la terraza, pues era época de verano. Habíamos preguntado su nombre a la joven y nos respondió que Salaphtha, que en griego significa Irene (paz). Pa-

a. Is 11, 4.
b. Cf. 1 Re 17, 10 ss.

samos también el día siguiente en la terraza mientras la buena de Irene cumplía nuestros recados con gran entusiasmo.

99. Cuando supimos que se había apaciguado el tumulto de la ciudad, salimos de noche hacia la santa iglesia y, entrando en la residencia episcopal, sólo encontramos dentro al piadoso Barocas, tumbado y a punto de morir por los golpes que le habían dado los ateos e impíos idólatras. Algunos días después, el gobernador[231] —su nombre era Claro—, al tener noticia de lo que había sucedido en la ciudad, envía un *commentariensis*[232] con numerosas fuerzas y encarcela a aquellos que le denunciaron los responsables del orden[233] y les hizo comparecer ante él en Cesarea. A unos los sometió a castigo, a otros los dejó en libertad, tras azotarlos con tiras de piel de buey. De esta forma, provocando un gran terror, puso orden en la ciudad[234].

Conversión de Salaphtha, que adopta el hábito monástico. Descripción de su austero ascetismo

100. Pocos días después, el santo Porfirio se acordó de aquella joven que nos había socorrido y la hizo llamar por medio de mí. Ella acudió presurosa acompañada de otra mujer que dijo era tía suya. Una vez en presencia del bienaventurado obispo, se arrojaron a sus pies. Él las recibió con dulzura, como un padre cariñoso, y dijo a la joven: «¿Verdaderamente, hija, deseas hacerte cristiana?». Ella le respondió con estas palabras: «Como ya te dije, señor mío, desde hace tiempo tengo este deseo y ahora presento como testigo a mi tía, que comparte también mi deseo». Él, lleno de alegría, le dijo: «*Sé valiente y fuerte*[a], hija». Después llamó al ecónomo de la santa iglesia y le ordenó que diese a ella y a su abuela cuatro *miliaresia* de plata por día, y a su tía le dio un *nomisma*[235]. Después de sellarlas con el sello de la cruz[236] las despidió, exhortándolas a asistir a los rezos y a la catequesis de los catecúmenos. Envió también a su casa al piadoso Timoteo, presbítero y catequista, y le ordenó que sellase también a la abuela de la joven, pues, como he dicho antes, tenía su cuerpo paralítico. Las tres, después de ser catequizadas durante un corto periodo, fueron honradas con el santo bautismo.

101. Una vez que fueron despojadas de la vestimenta sagrada[237], el santo llamó a la citada joven y le dijo: «¿Quieres que te unamos a un hombre en legítimo matrimonio?, pues estás en edad de casarte y nuestra Escritura no prohíbe la unión sagrada»[238]. La joven, al escuchar las palabras del santo, comenzó a llorar y dijo: «Padre bueno, ¿después de haberme unido a un gran hombre, quieres separarme de éste y entregar-

a. Dt 31, 6.7.23.

me a uno vil y que no vale nada? De ninguna manera, señor mío, hagas esto». El santo, asombrado, dijo: «¿Y quién es ese al que te has unido?». Ella respondió: «Jesucristo, el salvador de nuestras almas, mi verdadero esposo, del cual no me separaré hasta la eternidad». Al escucharla, el santo se puso a llorar emocionado hasta el punto de que, llevado de un arrebato, abrazó a la joven y besó su cabeza. En realidad él era totalmente impasible[239], pero por su mucha misericordia era propenso a las lágrimas. Nosotros, los que estábamos a su lado, al observar la gracia que el Espíritu Santo había concedido a la piadosa joven, dimos gloria a Dios, que concede sabiduría y gracia a sus elegidos. Aquel día dejó partir a la joven.

102. Sucedió que en aquellos días la abuela murió y retornó al Señor. Entonces, habiendo llamado a la joven, hizo venir a la piadosa Manaris la diaconisa, cuyo nombre significa en lengua griega Photina [luz][240]. Recomendó a Salaphtha a ésta, dándole el hábito canónico[241], y, tras encomendar a ambas a Dios, las despidió en paz. Adoptó una forma de vida[242] cual nadie observaba en aquel tiempo: ayunaba todos los días y, después del ayuno, tomaba un poco de pan con aceite y legumbres secas, o bien potaje de hierbas y sólo agua, pues del vino se abstenía totalmente. En los días de fiesta añadía también aceite y comía aceitunas, pero no ingería nada que hubiese pasado por el fuego. Durante los cuarenta días de ayuno, un día sobre dos comía legumbres a remojo o potaje de hierbas sin pan. En cuanto a la santa Pascua, pasaba toda la semana sin comer nada, salvo agua caliente el quinto día [jueves santo], después de la santa comunión. Y hasta tal punto sacrificó su cuerpo que quienes la veían pensaban ver una sombra[243]. Se convirtió en modelo también para otras muchas que imitaban la vida y la forma de vida de la santa joven Salaphtha, la cual, al parecer, vive aún: en efecto, está muerta para el mundo, pero vive en Cristo y está con él en todo tiempo. ¡Ojalá podamos participar de sus santas plegarias! Esto es lo que he podido decir de la santa Salaphtha.

Porfirio redacta su testamento y muere el 26 de febrero de 420

103. Por su parte, el muy bienaventurado obispo Porfirio sobrevivió algunos pocos años[244] a la consagración de la gran iglesia, después de haber fijado el reglamento eclesiástico y todos sus servicios. Habiendo caído enfermo, redactó un piadoso testamento designando a numerosos legatarios. Después de encomendar a Dios a todos los del pueblo cristiano, se durmió en paz con los santos, en el segundo día del mes de Dystros, el año 480 de los gacenses[245], tras haber ejercido el episcopado durante veinticuatro años, once meses y ocho días. Mantuvo el buen

combate contra los idólatras hasta el día en que se durmió. Y ahora está en el *Paraíso de las delicias*[a], intercediendo por nosotros con todos los santos, gracias a cuyas plegarias tenga piedad de nosotros Dios Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, al cual es debida la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

a. Gn 2, 15.

NOTAS

[1] Sobre la dependencia de este Prólogo respecto al de Teodoreto de Ciro en la *Historia de los monjes de Siria*, cf. Introducción.

[2] Expresión tomada de Pablo (1 Tim 4, 7) que el autor repetirá en otras dos ocasiones.

[3] *Politeia*: término tomado del vocabulario político griego para indicar la «constitución» de una *polis*. Se generalizó en la literatura cristiana como sinónimo de ascetismo, es decir, la forma de vida de los monjes.

[4] Literalmente, «idolomanía»: el autor nunca se sirve de los términos «pagano», «paganismo», que son de origen latino, sino de otros propios del vocabulario griego: idolomanía, idolatría, helenismo, helenos, etc., para referirse a quienes seguían apegados a los cultos tradicionales.

[5] *Anoia*: locura, insensatez, irracionalidad, términos que en los primeros siglos los paganos aplicaban a los cristianos y que ahora se generalizan entre los cristianos para referirse a los paganos.

[6] El autor resaltará a lo largo de la obra cómo una de las principales proezas de Porfirio fue la construcción de una iglesia nueva y rica sobre las ruinas del templo dedicado a Zeus Marnas.

[7] Expresión paralela a *politeia* del capítulo 2: «ciudadanía del cielo», «ciudadanía compartida con los ángeles».

[8] Lugar común de la retórica: el autor se declara incapaz de estar a la altura de su cometido y pide la ayuda del santo, al igual que Homero al comienzo de la *Ilíada* invoca la ayuda de las musas.

[9] El servirse de un estilo llano y sencillo es otro lugar común de los hagiógrafos cristianos: en el caso de Marco, se trata también de una realidad.

[10] *Areté*: término griego intraducible y que expresa mucho más que el latino y castellano «virtud»: aquí está en relación estrecha con la expresión que precede: «hombre valeroso» (*andreios*), es decir, viril, fuerte.

[11] El autor tuvo que hacer dos viajes en barco de Gaza a Tesalónica y Constantinopla a petición de Porfirio, y otro más a Constantinopla en su compañía.

[12] El cristianismo se implantó de una manera muy desigual en los diversos países del Mediterráneo y, aunque fue un fenómeno más urbano que rural, en muchas ciudades perduró con gran arraigo, a pesar de las medidas legales de los emperadores cristianos y de las presiones de todo tipo por los cristianos a que se vieron sometidos con frecuencia los paganos.

[13] La expresión «patria celestial» está tomada de Heb 12, 22 y se convirtió en lugar común de la literatura cristiana. El «derecho de ciudad» de Jerusalén Porfirio lo adquirió no por vivir allí, que vivió, sino por sus virtudes.

[14] *Monere bion*: una de las expresiones acuñadas para definir la vida monástica (de *monon*, solo, solitario), o anacorética, por oposición a la cenobítica, es decir, en comunidad.

[15] Los desiertos de Egipto fueron los lugares más populares y preferidos por los cristianos que desde comienzos del siglo IV optaban por la vida solitaria. Escete, en el valle bajo del Nilo, se convirtió, junto con la no lejana Nitria, en uno de los centros más importantes del anacoretismo egipcio.

[16] El hábito de los monjes, denominado *melotes*, era una simple túnica, generalmente de piel de camello o de cabra, con una capucha en la parte superior.

[17] *Proskynesas*: la *proskynesis* era una práctica tomada de Persia que se introdujo en la corte romana para comparecer ante los emperadores a partir del siglo III: consistía en inclinar el cuerpo hasta tocar el suelo con la cabeza o, simplemente, doblar la rodilla. Era la forma de orar común en el Próximo Oriente y que los cristianos hicieron suya. Al aplicarse también a las personas el término, bien como verbo bien como sustantivo, Marco y los demás autores cristianos lo utilizan con diversos sentidos: venerar a Dios, orar, saludo a los obispos y emperadores, etcétera.

[18] El valle del Jordán y el desierto de Judea, próximo a Jerusalén, fueron también otros de los lugares preferidos por los que optaban por la vida solitaria, pues tenían el precedente de personajes bíblicos como Elías, Eliseo, etcétera.

[19] A partir del emperador Constantino (m. 337) los lugares relacionados con la vida de Jesús se popularizaron como lugar de peregrinación y de retiro monástico.

[20] Término para designar a los copistas de manuscritos. La concentración en Jerusalén de escritores cristianos determinó que proliferasen los expertos en transcribir la Biblia o textos religiosos diversos: en esta época, Jerónimo y Rufino de Aquileya, entre otros, que vivían allí, utilizaron a muchos de ellos. Al igual que Marco, otros personajes de la época, el más famoso Evagrio Póntico, vivieron en Jerusalén como ascetas y copistas.

[21] La Anástasis o «resurrección» es el término con que se conoce la basílica mandada construir por Constantino sobre el lugar que se creía de la resurrección de Jesús y el vecino Gólgota. Los edificios mencionados en este capítulo y en el 7 son todos de época de Constantino o de sus inmediatos sucesores.

[22] Término con que primeramente designaban los cristianos a los santuarios construidos sobre las tumbas de los mártires: aquí se utiliza para designar la basílica constantiniana para conmemorar el sepulcro de Cristo junto a la Anástasis.

[23] Expresión para indicar la eucaristía.

[24] Era frecuente que las personas ricas que optaban por la vida ascética estuvieran preocupadas por el destino de su fortuna. Un caso parecido al de Porfirio es el de Zenón, originario del Ponto, y que vivió cerca de Antioquía, narrado por Teodoreto de Ciro en su *Historia de los monjes de Siria* XIII, 7.

[25] Vieja ciudad bíblica, que era una de las que hacían las veces de puerto de Jerusalén. Allí solían desembarcar los peregrinos que iban por mar a Jerusalén y la ciudad tendrá un gran protagonismo en las cruzadas.

[26] Esta obra de Marco proporciona importantes datos sobre la duración de las navegaciones en el Mediterráneo occidental que han sido utilizados ampliamente por los estudiosos del tema.

[27] *Chrysos*, «oro»: con este término se solía denominar el *solidus*, moneda de oro acuñada por Constantino y que tenía un peso de 4,55 gramos. Las grandes sumas de dinero se contaban en *solidi* o libras (327 gramos), equivalentes a 72 sólidos. Se trata de una suma muy importante que da idea, junto a otras cifras que menciona más adelante, de la riqueza de la familia de Porfirio.

[28] Esta curación milagrosa aquí descrita es un caso muy significativo de *incubatio*, o curación, durante y mediante el sueño. Era una práctica muy frecuen-

te en ciertos santuarios paganos, especialmente en los de Asclepios (Epidauro, Pérgamo y otros) y fue hecha suya por los cristianos: con el cristianismo proliferaron santuarios especializados en este tipo de curaciones como el de Ciro y Juan en Menute, cerca de Alejandría, y el de Cosme y Damián en Constantinopla.

[29] A pesar de lo que aquí dice su biógrafo, otros datos de su vida siendo obispo de Gaza y su propio testamento parecen revelar que Porfirio mantuvo durante toda su vida parte de sus bienes familiares, que puso siempre al servicio de los pobres o de la Iglesia.

[30] Era frecuente entre los monjes, tanto anacoretas como cenobitas, que ejerciesen oficios manuales para su propio sustento o el de la comunidad.

[31] Sobre este obispo, cf. Introducción.

[32] Estaba muy extendido entre los monjes el rechazo del sacerdocio por múltiples motivos: humildad y desprecio de los honores, apego a la vida contemplativa, o por un difuso sentimiento de que la vida monástica representaba un nivel de perfección superior al del clero.

[33] Ésta es la primera mención conocida del «guardián de la santa Cruz», que después será uno de los cargos más importantes de la iglesia de Jerusalén.

[34] Era práctica habitual entre los monjes hacer una única comida, muy austera, y siempre después de «vísperas», es decir, hacia las seis de la tarde. En esta época era ya un lugar común de la hagiografía monástica el no cambiar el régimen de vida después de la ordenación sacerdotal o episcopal.

[35] El vino y la carne eran dos alimentos proscritos en el régimen alimenticio de los monjes de Oriente, pero, por sus efectos terapéuticos, el vino era admitido en caso de enfermedad.

[36] Ambos obispos nos son desconocidos por otras fuentes.

[37] Los enfrentamientos y cismas motivados en las ciudades por la elección del obispo son un hecho muy frecuente en la Iglesia antigua, como lo es el recurso al arbitrio de una persona o autoridad ajena a la propia comunidad. En esta época Gaza dependía del metropolita de Cesarea de Palestina, pues el de Jerusalén no alcanzó este rango hasta el concilio de Calcedonia de 451.

[38] Sobre este personaje, cf. Introducción.

[39] Las circunstancias de esta ordenación son extrañas: la estratagema urdida por el obispo de Cesarea pretende evitar el presumible rechazo de Porfirio, pero iba contra las normas canónicas consagrar obispo a un clérigo de otra ciudad sin el consentimiento del prelado de ésta: Marco quizá da por supuesto que hubo consentimiento posterior, aunque no lo dice.

[40] Marco atribuye a Porfirio un conocimiento revelado de lo que iba a suceder, carisma propio de los santos, que se ilustra con la visión que sigue en la narración.

[41] En estas palabras puestas en boca de Cristo aparecen las críticas a los abusos que eran frecuentes en los obispos de la época.

[42] Este estuche o urna para recubrir la cruz se había construido según la peregrina hispana Egeria, que escribe hacia el año 380, para evitar que los peregrinos, al besarla, se llevaran entre los dientes como preciada reliquia astillas del madero: Egeria lo define como *loculus argentus deauratus* (relicario de plata dorada). Según Egeria, la cruz era expuesta al público y besada por los fieles sólo el viernes santo.

[43] Barocas es un nombre arameo equivalente al latín Benedictus.

[44] La vigilia dominical comenzaba al canto del gallo.

[45] El verbo *cheirotonein* indica propiamente «elección» por el pueblo: aquí parece indicar la consagración por el metropolitano, que, según los cánones, debía estar acompañado por, al menos, otros tres obispos vecinos, aquí no mencionados.

[46] La distancia entre Cesarea y Gaza es de unos cien kilómetros: Diópolis se encontraba aproximadamente a la mitad de camino: es la Lidda del Nuevo Testamento y recibió el nuevo nombre («ciudad de Zeus») en época romana.

[47] *Episkopeion*, edificio anexo a la iglesia principal que servía de residencia del obispo.

[48] El nombre Eirene o Irene (paz) se generalizó en época bizantina como nombre de iglesia bajo la advocación de santa Irene, santa que nunca existió, como tampoco santa Sofía. De las explicaciones que el autor da del origen del nombre, la más plausible es la primera: al tratarse de un lugar y un nombre popular entre los paganos de la ciudad, el construir allí una iglesia con este nombre no debía levantar suspicacias.

[49] Sobre el dios Marnas y su santuario, el Marneion, cf. Introducción.

[50] *Kakopodinos*, literalmente, «mal pie», al igual que nuestra expresión popular «entrar con mal pie», pero aquí con un sentido mágico-religioso, más próximo a «mal de ojo».

[51] Los meses del calendario de Gaza tenían los mismos nombres que el calendario sirio-macedónico: constaba de doce meses de treinta días y, cada seis años, cinco días más intercalados entre el décimo y undécimo mes. El autor intentará generalmente hacer la equiparación con el calendario romano, tanto en lo que respecta a los nombres como a los días.

[52] Fue un lugar común de la polémica entre paganos y cristianos culparse de los males que sobrevenían a las ciudades como castigo de sus respectivos dioses. El milagro de la lluvia fue muy frecuente en la hagiografía cristiana, pero tenía precedentes en la pagana.

[53] Las vigilias nocturnas con cánticos y rezos, precedidas de ayunos colectivos, eran una práctica muy extendida en el cristianismo de la antigüedad.

[54] Parece que estaba a cincuenta estadios de la ciudad, unos nueve kilómetros. Asklepas, el primer obispo conocido de Gaza, apoyó a Atanasio de Alejandría frente a los arrianos y fue depuesto por ello en el famoso concilio de Tiro de 335.

[55] Todos estos mártires datan de la Gran Persecución desencadenada por Diocleciano y sus colegas a partir de 303: de ellos da información Eusebio de Cesarea en su obra *Sobre los mártires de Palestina*.

[56] Era costumbre en las ciudades antiguas cerrar las puertas a la caída del sol, pero en este caso no estaba justificado: en Gaza las horas se contaban a partir de la salida del sol, por lo tanto, a comienzos de enero, como en este caso, la hora nona debía ser hacia las tres de la tarde. La procesión había durado unas ocho horas para recorrer los cien estadios (17,760 kilómetros) de ida y vuelta.

[57] En esta zona son generalmente los vientos del Sur o del Sudoeste los que traen lluvias: los árabes los llaman «padres de las lluvias».

[58] Literalmente, «helenos»: cf. nota 4.

[59] «Sellar con el sello de la cruz» es una expresión frecuente en el autor para indicar la bendición del obispo con el signo de la cruz sobre los que vienen a la iglesia procedentes del paganismo: significaba la aceptación de convertirse en catecúmenos como paso previo al bautismo.

[60] Esta norma sólo era válida para este mes y los de Xanthicos (27 de marzo a 25 abril) y Artemisias (26 abril a 25 mayo): para los restantes meses el avance era variable.

[61] La *Teofanía* o *Epifanía*, es decir, «la manifestación de Dios», era una de las principales fiestas litúrgicas en las iglesias orientales: era la conmemoración del nacimiento de Cristo antes de que, por influencia occidental, se introdujese la Natividad, que sustituyó al nacimiento del sol (25 de diciembre).

[62] En griego, *philantropia*, término proveniente de la filosofía pagana para indicar el amor del hombre hacia los hombres y que los cristianos extendieron también al amor de Dios a los hombres.

[63] *Archon*: término genérico para indicar a la persona investida de poder. Puede aplicarse a los magistrados de la ciudad o al gobernador de la provincia, interpretación, esta última, que preferimos por el contexto.

[64] En griego, *philantropos*.

[65] En griego, *kanon*: en origen, regla o norma; a partir del siglo IV se generaliza como «impuesto» o «renta» o «ingresos que genera una propiedad». A pesar del escaso número de cristianos, cuando Porfirio llegó a Gaza la iglesia ya poseía algunas tierras, quizá producto de donaciones de fieles, que eran explotadas por colonos o arrendatarios.

[66] Es decir, paganos.

[67] Es la primera vez que aparece mencionado este diácono. En ningún lugar se nos indica quiénes formaban el clero de Gaza a la llegada de Porfirio. Más adelante, el autor (Marco) nos dirá que él mismo y Barocas son ordenados como diáconos.

[68] En griego, *mysos*: «mancha» o «impureza» de tipo mágico-religioso. Era creencia difundida en la antigüedad que la presencia de un cadáver en la ciudad contaminaba ésta acarreándole la maldición de los dioses. Por ello los enterramientos se hacían fuera del recinto de las murallas, que era considerado sagrado.

[69] *Myanai*, de la misma raíz que *mysos*: el autor se sirve del mismo término para poner de relieve que lo sagrado no es tanto el recinto urbano cuanto el cuerpo humano.

[70] Evocación erudita de la Biblia: uno de los hijos de Israel introdujo a los ojos de sus hermanos y de Moisés un madianita; Finés, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Arón, tomó una lanza y se la clavó en el vientre al hijo de Israel y a su esposa (Nm 25, 6-18).

[71] Aparecen mencionados en este pasaje los principales magistrados de la ciudad: «defensor del pueblo», *demekdikon*, término no atestiguado en otras fuentes y que, quizá, hay que corregir por *demekdikos*, traducción griega del latino *defensor plebis*, institución creada por Valentiniano I en 364/365 para defender a los ciudadanos de los abusos de las autoridades; el «irenarca» o responsable de la paz era en las ciudades griegas el jefe de los policías locales; los «principales» o *proteuontes* eran los magistrados que presidían las curias o senados

ciudadanos: generalmente eran dos, como los aquí mencionados, pero en el capítulo 27 se habla de tres, lo que podría ser una peculiaridad de Gaza o un lapsus del autor. Los motines populares eran muy frecuentes en las ciudades griegas.

[72] La prohibición legal de introducir o tener cadáveres en el recinto urbano fue mantenida por los emperadores cristianos: en 381 había sido reafirmada por Teodosio I (C.Th. IX, 17, 6).

[73] En griego, *demosieuontes*, «los encargados de un servicio público», posiblemente miembros de una policía imperial, no municipal, o agentes del *officium* del gobernador de la provincia en quienes los cristianos tendrían más confianza.

[74] A lo largo de toda la obra Barocas da muestras de tener un temperamento violento.

[75] Literalmente *allophyloi*, pues es el término con que son designados los filisteos en la traducción griega de los Setenta, que es de la que se sirve el autor, al igual que todos los cristianos griegos de la antigüedad.

[76] En griego, *athemita*, equivalente del latino *illicitae res*: el autor se sirve de este término para resaltar que los cultos paganos de los gacenses estaban prohibidos por la legislación imperial cristiana y justificar así el viaje a la capital del Imperio que le encomienda Porfirio.

[77] La legislación de los emperadores cristianos sobre el cierre de los templos paganos fue bastante contradictoria y se cumplió de una manera muy diferente en función de las circunstancias.

[78] La función principal de la mayoría de los templos era emitir oráculos.

[79] Sobre Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, cf. Introducción.

[80] Los «cubicularios» eran el personal de la cámara privada o *sacrum* del emperador y de la emperatriz. Eutropio era quien estaba al frente de este servicio (*praepositus sacri cubiculi*): estos personajes eran siempre eunucos y tenían una gran influencia en palacio, como fue el caso de Eutropio hasta que cayó en desgracia y fue asesinado en 399. Tuvo también grandes enfrentamientos con Juan Crisóstomo con posterioridad a los acontecimientos aquí narrados. El pasaje refleja también la influencia que el obispo tenía en la Corte.

[81] Literalmente, *theion gramma*, «carta sagrada», pues todo lo que rodeaba al emperador y todos sus actos tenían carácter sagrado: *sacrum* en latín, *theion* en griego.

[82] Literalmente, *soubadiouba tou magistrou*, términos latinos con grafía griega: el lenguaje de la administración en Bizancio continuaba siendo el latín y los términos eran muchas veces intraducibles al griego como lo son a las lenguas modernas. El *magister* aquí mencionado es el *magister officiorum*, alto cargo del que dependía toda la administración del palacio imperial e Hilario es un oficial dependiente suyo o subayudante.

[83] En griego *komentaresion*, oficiales encargados de funciones policiales y encuestas judiciales, en este caso al servicio del gobernador de Palestina.

[84] *Hypatikes*, equivalente griego de *consularis*, rango del gobernador de Palestina.

[85] *Boethoi*, traducción del latino *adiutores*: miembros de un contingente civil y militar al servicio de un alto funcionario de una circunscripción.

[86] Cf. nota 71.

87 Cf. nota 81.

88 Literalmente, «emitiera oráculos».

89 El dejarse sobornar era un vicio muy generalizado entre los funcionarios de todos los niveles.

90 Cf. nota 76.

91 *Deisidaimones*: los cristianos creían que todos los dioses paganos eran demonios.

92 Cristianos y paganos compartían la creencia en el poder de estos personajes con la única diferencia de que los cristianos se lo atribuían a los demonios.

93 La metáfora de Cristo-médico se difundió muy pronto en la literatura cristiana.

94 Los milagros relacionados con partos difíciles son frecuentes en la hagiografía cristiana: en este caso el autor del milagro es Porfirio, pero se sirve de una mujer como médium.

95 Cf. nota 59.

96 La acusación a los cristianos de malos ciudadanos fue general en los primeros siglos, antes del Imperio cristiano. Aquí pervive este prejuicio, pero con una gran diferencia: antes eran los cristianos quienes rechazaban participar en las magistraturas y los actos públicos, ahora se les excluye por motivos político-religiosos.

97 En el Mediterráneo antiguo se consideraba insegura la navegación a partir del 14 de septiembre y se interrumpía completamente entre el 11 de noviembre y el 10 de marzo.

98 Sin duda *solidi*, cf. nota 27.

99 Hay aquí un pequeño error del autor o de la transmisión del texto, pues el día equivalente del 28 de Gorpiaeos no es el 23 sino el 25 de septiembre.

100 Literalmente, «hizo la *proskynesis*»: cf. nota 17.

101 *Dioratikos* era la capacidad que tenían algunos santos de leer en lo profundo del corazón y leer el porvenir; en algunos textos se distingue del don de profecía.

102 Aunque en esta época se había generalizado el uso de una vestimenta específica por los obispos, en este caso, quizá por estar de viaje, no la debían llevar.

103 Este personaje nos es desconocido por otras fuentes. En el capítulo 37,4 se le da el título oficial de *castrensis*, que era el segundo puesto en importancia, después del *primicerius*, dependiente del *praepositus sacri cubiculi*. La Emperatriz, en cuanto Augusta, tenía su propia «casa», lo que implicaba el desdoblamiento del *sacrum cubiculum* imperial. Era un puesto de gran confianza, como demuestra la narración que sigue. Cf. *supra* capítulo 27.

104 La emperatriz Eudoxia había tenido ya tres hijas y es natural que desease ardientemente un hijo varón. Sin quitar méritos a la profecía del anacoreta Procopio no era difícil prever que estuviese embarazada, dada su enorme fecundidad: desde su matrimonio con Arcadio, el 27 de abril de 395, hasta su muerte por un mal parto el 6 de octubre de 404 dio a luz a cinco hijos, es decir, que estuvo embarazada seis años de los nueve de matrimonio.

105 Sobre la mención de este motivo legendario del enfrentamiento del Crisóstomo con la emperatriz Eudoxia, y sobre este discurso del obispo, cf. Introducción.

106 Cf. nota 103.

107 Literalmente, «haciendo la *proskynesis*».

108 *Parrhesia*, literalmente, «libertad de palabra»: un término procedente del vocabulario político y filosófico griego que alcanzó una gran difusión en la literatura cristiana. En su origen se aplicó a la ligereza de palabra de los ciudadanos atenienses y después al hablar directo del filósofo frente a los poderosos. Entre los cristianos, a la franqueza en el hablar de los santos ante los poderosos y a la capacidad del santo de hablar cara a cara con Dios. Su utilización aquí por el autor no es muy apropiada y recuerda el primero de los sentidos mencionados.

109 Literalmente, *dekanoi*, funcionarios del palacio responsables de facilitar el acceso a los visitantes. Todos los funcionarios eran muy venales y era muy importante su colaboración para no poner obstáculos, lo que explica quizá la información del capítulo siguiente de que los obispos les dieron la mayor parte del dinero con que les obsequió la Emperatriz.

110 Literalmente, «hicieron la *proskynesis*».

111 Una muestra del lujo que imperaba en la corte bizantina. Aparecen representados con frecuencia en los mosaicos de la época.

112 La fuentes recalcan, junto a los grandes vicios y defectos de la Emperatriz, su piedad supersticiosa y su gran veneración por los monjes y obispos carismáticos, lo que no fue obstáculo para su enfrentamiento con Juan Crisóstomo.

113 Esta acusación no había aparecido con anterioridad.

114 *Dapanemata*, «pequeños gastos»: era costumbre que las personas que iban a la Corte fuesen obsequiadas con regalos o dinero por los emperadores o los miembros de su familia.

115 *Dekanoi*, cf. nota 109.

116 Esta respuesta del Emperador demuestra las dificultades que, con frecuencia, se presentaban para cumplir las leyes contra los paganos y que la realidad sociológica era mucho más compleja que la reflejada en la legislación.

117 Esto significa que el cubiculario estuvo presente en el diálogo entre el Emperador y su esposa o que ésta le informó al respecto.

118 Este tipo de profecías o vaticinios son frecuentes en la hagiografía de todas las épocas. Respecto a la exactitud del vaticinio, especialmente que reinaría con su hijo muchos años, siendo así que la madre murió dos años después, cf. Introducción.

119 Todas las fuentes antiguas coinciden en resaltar la belleza de la emperatriz Eudoxia.

120 Teodosio I, nacido en Cauca (Segovia), gobernó el Imperio de Oriente desde el año 379 al 397 y fue llamado a reinar por su colega de Occidente Graciano.

121 El término *porfirogenetos*, «engendrado en la púrpura», se generalizó en el Imperio bizantino: Teodosio II fue el primer caso. La púrpura era una prerrogativa exclusiva de los emperadores y de los miembros de su familia.

122 Esta última frase «por lo que...» no figura en el mejor de los manuscritos, el de Jerusalén, por lo que puede tratarse de una interpolación. Además no es cierta, porque Teodosio no fue proclamado Augusto hasta un año después.

123 Se trataba de sillas con un orificio central, pues las mujeres solían dar a luz sentadas. En el Museo Vaticano se conserva una de estas sillas de mármol,

ricamente decorada, que fue utilizada durante siglos en la Edad Media en la elección de los papas.

124 Cf. nota 65.

125 Las revelaciones divinas en sueños son frecuentes en la *Vida* de Porfirio. En esta ocasión se sirve de ellas para atraerse el apoyo de la Emperatriz. El «desenrollar» en Evangelio se explica porque se trataba no de un «volumen» o libro, sino de un rollo de papiro.

126 Esta estratagema de la Emperatriz para doblegar la voluntad de su marido, que se describe más adelante con detalle, cuadra muy bien con el temperamento dominante y la astucia que le atribuyen las fuentes: el historiador Zósimo dijo de ella que dominaba a Arcadio como una bestia.

127 Porfirio aprovechó el viaje no sólo para solicitar la demolición de los templos paganos, sino también para solicitar beneficios económicos para su iglesia, cosa que, efectivamente, logró.

128 El bautismo parece que tuvo lugar en la fiesta de la Epifanía (6 de enero) de 402. Sobre los problemas cronológicos de esta información, cf. Introducción. No se sabe con certeza quién fue el obispo que le bautizó y los autores modernos dudan entre el obispo de la capital, Juan Crisóstomo, que hubiera sido lo normal, y su enemigo Severiano de Gabala.

129 Aparecen aquí enumerados por su orden jerárquico todos los personajes más importantes de la administración y de la Corte.

130 Se desconoce quién era este alto personaje de la Corte.

131 Se trata del *quaestor sacri palatii*, el responsable de la cancillería imperial y de la redacción de las leyes y todas las disposiciones imperiales.

132 Cf. nota 81.

133 Todas las disposiciones oficiales eran expedidas formalmente en nombre de los dos emperadores, el de Oriente y Occidente, al margen de la cancillería que las redactase: en este caso, Arcadio en Oriente y Honorio en Occidente.

134 *Doukas* en griego, término latino como casi todos los de la administración: se trata de los jefes de las tropas militares destacados en provincias. Los consulares (*hypatikous*) eran los policías dependientes del gobernador (*consularis*) de la provincia de Palestina: había una doble policía, civil y militar.

135 Posible alusión a los funcionarios depurados después de la revuelta de Gainas de 401, un alto jefe militar godo, de fe arriana, que había intentado un golpe militar. En concreto debe de estar pensando en el prefecto de la ciudad, Cesario, partidario de Gainas y también depuesto y al que el obispo Sinesio de Cirene acusa de haber sido arriano en secreto.

136 El *consistorium* era una especie de alto consejo de la corona que asesoraba al emperador y del que formaban parte los más altos cargos civiles y militares. El Cinegio aquí mencionado debe ser un hijo o pariente próximo de Maternus Cynegius, importante personaje durante el reinado de Teodosio I, seguramente español, y que se distinguió por su celo religioso en la destrucción de templos paganos. Materno había muerto en 388. Este Cinegio es calificado más adelante (cap. 54) como *lamprotatos*, es decir, *clarissimus*, miembro del senado de Constantinopla.

137 Eran muchas en esta época las personas de toda condición, como había sido el caso del propio Porfirio, que hacían la peregrinación a Jerusalén y

optaban por permanecer allí llevando una vida monástica. Sería el caso, años después, de la esposa de Teodosio II, Aelia Eudoxia Augusta.

138 Equivalentes a 200 libras de oro o 14.400 *solidi*, suficiente para comenzar la construcción de la nueva iglesia.

139 El autor narrará después la construcción de esta iglesia, pero no menciona la hospedería: ésta solía estar al lado de las iglesias.

140 La generosidad que la emperatriz demuestra con los obispos, motivada por su piedad, contrasta con la información de otras fuentes que hablan de su insaciable sed de dinero: fue éste uno de los principales motivos de su enfrentamiento con Juan Crisóstomo.

141 Equivalentes a 1.440 *solidi* para cada uno: posiblemente se trata de un subsidio anual para las iglesias de Gaza y Cesarea.

142 El emperador Arcadio rivaliza en generosidad con su esposa: sobre la costumbre de ofrecer estos regalos, cf. nota 114.

143 Cf. capítulo 51, nota 136.

144 La posta o correo público era una institución que estaba al servicio de los altos funcionarios y militares para realizar sus viajes. También se podían beneficiar de ella los obispos cuando eran convocados por el Emperador a los concilios o para viajes oficiales.

145 *Naukleros*: es el término que se utilizaba para designar al responsable de una nave de carga y/o de pasaje.

146 *Anasfragisate*, literalmente, «selladle de nuevo»: aunque el autor suele utilizar el término *sgrafein* para indicar la señal de la cruz, el contexto, aquí y en el capítulo siguiente, parece significar «rebautizado». Algunos lo han interpretado así, aunque el rebautismo de los herejes, arrianos en este caso, era una costumbre que había sido condenada por la iglesia, pero no siempre se cumplía.

147 *Prognosis*, sinónimo de *diorao*, *dioratikos*, cf. capítulo 35, nota 2. Al igual que los obispos reconocieron la santidad de Procopio, el capitán reconoce la de Porfirio por estar dotado de este carisma divino.

148 Cf. nota 146.

149 Era el lugar que hacía las veces de puerto de mar de Gaza, de la que distaba veinte estadios, unos diez kilómetros. No tenía rango de ciudad, pues era administrado por los magistrados de Gaza. Cf. Introducción.

150 El autor confirma aquí lo que sabemos por otras fuentes; mientras Gaza era una ciudad eminentemente pagana, Maiouma tenía mayoría de cristianos e, incluso, contaba con obispo propio, aunque nunca aparece mencionado en la obra. Aunque Egipto producía vino, era de baja calidad, mientras que el de Gaza y Escalón sabemos que era muy apreciado y se exportaba a Egipto y otros países, especialmente Siria.

151 El *tetramphodon* debía ser una plaza donde confluían cuatro vías porticadas. La Afrodita aquí mencionada es la versión helenizada de la Astarté cananea, diosa del amor y de los matrimonios.

152 El autor, como en otras ocasiones, trata de ridiculizar y denigrar el poder de los dioses paganos para resaltar la eficacia de los cultos cristianos, que terminaron por suplantarles cumpliendo, muchas veces, las mismas funciones.

153 Esta diatriba contra los demonios, que son el origen de los cultos paganos, se basa en los lugares comunes de la apologética cristiana: el demonio es presentado siempre como engañoso y hacedor de mentiras.

154 Según la doctrina cristiana el demonio huye ante la presencia o la señal de la cruz, lo que constituye el fundamento de los exorcismos.

155 Cf. capítulo 18, nota 48.

156 Resulta curioso que mientras las mujeres se convertían al cristianismo con más facilidad que los hombres, hasta el punto de que algunos críticos paganos descalificaban a la nueva religión como «fe de mujeres», en todas las cifras de conversiones que se dan en la obra siempre es superior el número de hombres al de mujeres.

157 *Thaumasios*: parece un calificativo no oficial, sino para resaltar sus méritos y sus virtudes, aunque también se atribuía a los más altos cargos de la administración.

158 Cf. capítulo 50, nota 134.

159 *Emetateusen*, del latín *metatum*, término con que se designaba la práctica legal de que los propietarios de casas y tierras pusiesen éstas como alojamiento de los soldados y funcionarios. Los abusos se producían con mucha frecuencia, pero aquí los fugitivos facilitaron la elección de las casas. El *metator* («aposentador») era el que se encargaba de esta misión: en Cipriano, *Epist.* 1, 15, se denomina al emperador Decio *metator Antichristi*.

160 *Basilica grammata*, sinónimo de *theia grammata* («cartas sagradas») utilizado en otras ocasiones.

161 Si no se produjo un motín, parece que se trata de un abuso de poder para intimidar a la población.

162 Frente al patriotismo de los paganos, aquí el autor resalta el nuevo patriotismo de los cristianos.

163 Koré era la hija de Deméter, esposa de Hades; Hécate era una diosa protectora de los marineros, por lo que su culto estaba muy difundido en las ciudades con puerto de mar. El Heroeion era un templo dedicado a un héroe protector de la ciudad, en este caso seguramente Hércules, cuyo culto está atestiguado en Gaza. El Tychaeon era el templo de Tyche o la fortuna personificada: se conocen diversas *Tychai* palestinas que se suelen interpretar como helenizaciones del dios semítico Gad mencionado en la Biblia y otros textos. Sobre el Marneion, cf. Introducción. Esta lista de templos y cultos demuestra el enorme sincretismo entre religión griega y semítica que imperaba en Gaza.

164 Apreciación bastante subjetiva del autor.

165 Las leyes imperiales establecían generalmente el cierre de los templos paganos y de sus imágenes de culto, pero no la destrucción de los edificios, aunque con frecuencia se produjeron abusos. Aunque no conocemos el tenor de la carta imperial, todo parece indicar que Cinegio, estimulado por el obispo, se sobrepasó en su cometido como sabemos que hizo su antecesor Materno Cinegio. La descripción de la destrucción del Marneion recuerda la del templo de Serapis en Alejandría en época de Teodosio I: Porfirio parece querer imitar los excesos que en aquella ocasión se cometieron bajo el impulso del obispo Teófilo de Alejandría.

166 *Adyton*, etimológicamente, «lugar secreto»: el término se generalizó para indicar el lugar interior o más sagrado de un templo, al que sólo los sacerdotes tenían acceso y donde se solían emitir los oráculos de la divinidad.

167 El botín de los templos paganos solía pasar a las iglesias, como sucedió con la destrucción del Serapeum de Alejandría. Con esta prohibición Porfirio pretende evitar que caiga en manos de los particulares.

168 Muchos templos antiguos fueron transformados en iglesias, lo que hizo posible su perduración: quizás los ejemplos más famosos sean el Partenón de Atenas y el Panteón de Roma.

169 Término griego con que se designa la celebración de la eucaristía o misa.

170 La utilización de niños como médium en los ritos de adivinación de magia era una práctica frecuente en el paganismo que hizo suya el cristianismo.

171 Resulta difícil creer que se practicasen cultos con sacrificios humanos, pues estuvo siempre prohibido y perseguido por las autoridades romanas. Con todo, circulaban creencias populares al respecto como había ocurrido antes entre los paganos respecto a los cultos cristianos.

172 Después lo repetirá en griego, a pesar de no conocer esta lengua: el llamado «don de lenguas» estaba extendido entre los paganos y entre los cristianos (san Pablo disfrutó de él), aunque en el caso de los paganos los cristianos lo atribuían al diablo. La lengua siriaca era la más extendida en el Próximo Oriente (Siria, Palestina, etc.), pues el griego era una lengua casi exclusivamente urbana.

173 Testificar bajo tortura estaba permitido por el derecho romano para los esclavos y para quienes no eran ciudadanos, y para los grupos sociales más bajos más tarde. Aquí el obispo se atribuye unas competencias propias de un juez, pero prácticas de este tipo eran frecuentes y socialmente admitidas, especialmente con los niños.

174 El texto se puede interpretar como que quien sostenía el látigo era el propio Porfirio, pero parece una acción no propia de un obispo.

175 *Parrhesia*, cf. nota 108. Aquí quizás se utiliza para indicar que habla por inspiración divina, como un profeta.

176 No sé si interpretar este gesto como una limosna por tratarse de una familia pobre, o como una recompensa por el don adivinatorio.

177 *Archontas*: cf. nota 63.

178 Oficial superior que estaba al frente de una cohorte de infantería o una unidad de caballería de unos trescientos hombres.

179 Las prácticas mágicas estaban muy extendidas en la Antigüedad, a pesar de las prohibiciones legales, lo que explica, al igual que en el caso de los cultos paganos, que el autor se sirva del término *athemita* («ritos prohibidos»). El término «iniciación» (*telete*) procede de las religiones mistéricas y pasó al lenguaje cristiano para indicar el rito del bautismo. Se conservan numerosos escritos en papiro conteniendo fórmulas mágicas de la época.

180 Estas discrepancias han sido permanentes siempre al afrontar el tema de las conversiones masivas. En el capítulo siguiente el autor pone en boca de Porfirio un discurso justificativo de su postura sobre el tema en donde defiende, incluso, el recurso a la violencia: el tema era objeto de debates entre las autoridades cristianas de la época, pero terminó por imponerse el recurso a la coerción, incluso con la ayuda del brazo secular. Las citas escriturísticas que Porfirio aduce en su discurso resultan muy forzadas.

[181] *Paideia*: término clásico para expresar la educación de los niños en la que estaba generalizado el recurso a los azotes; de ahí nuestra traducción, que es la que mejor cuadra con el contexto.

[182] Cuando las conversiones eran en masa la preparación era obligadamente muy superficial. Estos pasajes demuestran bien que la cristianización durante el Imperio cristiano fue un fenómeno más de tipo político y sociológico que religioso. Fenómenos como éste fueron la norma con el apoyo del poder imperial.

[183] Cf. capítulo 45. Era también lo que había revelado el niño vidente.

[184] *Archontas*: se refiere a Cinegio, el gobernador de Palestina y el personal civil y militar del que habían llegado acompañados.

[185] *Boetheia*: *adjutores*, cf. nota 82. Era lógico esperar que, una vez ausentes los soldados que habían participado en la represión y la destrucción de los templos, se produjesen motines por parte de la población pagana como el que se narrará en el capítulo 95.

[186] Debía tratarse de una cúpula realzada por un tambor. No se conocen ruinas o descripciones de templos paganos similares en la zona de Siria-Palestina, donde las plantas circulares eran raras.

[187] El autor insiste en el carácter abominable e ilícito, en cuanto prohibido por las leyes imperiales, de los cultos paganos, para justificar una destrucción como ésta que iba más allá de las disposiciones legales.

[188] Así en griego: término intraducible: se trata de un funcionario del *magister officiorum* (cf. nota 82) que actúa, en este caso, como correo imperial.

[189] Término generalmente aplicado a personas ya fallecidas como era el caso de Eudoxia cuando escribe el autor.

[190] Parece que la Emperatriz tenía también prurito de arquitecto. Posiblemente la planta era de cruz griega.

[191] Las partes más sagradas de los santuarios solían tener prohibido el acceso a las mujeres, que eran consideradas seres impuros.

[192] Porfirio no se contenta con destruir el templo sino que exige sean objeto de desprecio y profanación sus elementos arquitectónicos por la población cristiana y por los animales impuros.

[193] Aunque no lo dice, se trataría de las mujeres no cristianas, aunque es posible que también los cristianos tuvieran escrúpulos religiosos.

[194] Era costumbre marcar con yeso o cal la planta de los edificios o el perímetro de las ciudades para proceder a excavar los cimientos. Amiano Marcelino (XXII, 16) cuenta que cuando se diseñó el trazado de Alejandría, al no disponer de cal, se hizo con harina, lo que fue tomado como presagio de la riqueza de alimentos de que iba a disponer la ciudad.

[195] Todavía hoy existe al este de Gaza una colina con canteras de piedra de construcción.

[196] Existen aún en Gaza numerosos pozos antiguos y modernos.

[197] Lugar de la isla de Eubea (Grecia) cuyas canteras de mármol blanco con vetas verdes fueron muy estimadas en la antigüedad, en especial para construir columnas. El color verde de las vetas explica su parecido a esmeraldas.

[198] El maniqueísmo fue una doctrina religiosa que tomó el nombre de su fundador, Manes, un persa del siglo III. Más que una herejía cristiana fue una

nueva religión, aunque tanto los autores cristianos como la legislación imperial la incluyeron entre las herejías.

199 Fue un lugar común de la apologética cristiana que los herejes, a falta de doctrinas convincentes, captaban a sus secuaces con dinero. Era frecuente acusar a los maniqueos de practicar la magia.

200 Son las mismas acusaciones que los paganos hacían a los cristianos.

201 Efectivamente la característica principal del maniqueísmo es su sincretismo religioso: mezcla de doctrinas cristianas con otras de origen persa, judío, pagano, etc. La descripción que el autor hace de esta doctrina parece estar inspirada en Epifanio de Salamina, famoso heresiólogo de la segunda mitad del siglo IV.

202 El hado (*eimarmene*) como fuerza que domina el destino del hombre no era sólo una doctrina maniquea sino que estaba arraigada en mayor o menor medida en las mentes del hombre antiguo. La creencia en el influjo de los astros es una de sus manifestaciones.

203 El «docetismo» (de *doceo*, parecer), que defendía que Cristo no fue realmente hombre, sino que sólo tenía la apariencia de tal, fue una doctrina muy extendida en diversas corrientes de pensamiento cristianas de los primeros siglos.

204 Ninguno de los dos fue realmente filósofo.

205 Esta metáfora del pintor, aplicada a otro contexto, parece estar inspirada en Teodoreto de Ciro, *Historia de los monjes de Siria*, cap. 9, 6.

206 El maniqueísmo había sido condenado con penas muy duras, primero por un emperador pagano como Diocleciano, y después por la legislación de los emperadores cristianos: por ello resulta en cierta manera sorprendente que esta mujer confiese públicamente su fe.

207 Frente al recurso a la represión violenta contra los paganos, como en el capítulo 73, aquí Porfirio prefiere recurrir a la convicción mediante el debate. La descripción que el autor hace de este debate en el capítulo siguiente parece inspirarse en los debates filosóficos.

208 El protagonismo de las mujeres en la religión era para los cristianos prueba segura de herejía: sabemos, por otras fuentes, que las mujeres tuvieron gran protagonismo en el maniqueísmo y una «misionera» como ésta acompañada de mujeres lo demuestra. En cuanto a la descripción de los jóvenes, parece aludir a su homosexualidad o afeminamiento: se trata de un caldo de cultivo que aparece con frecuencia en la apología cristiana contra sus oponentes.

209 Con esta expresión el autor quiere aludir a una técnica de estenografía o taquigrafía ideada por un tal Ennomos, pero se trata de un personaje totalmente desconocido; posiblemente nos encontremos ante una corrupción del texto o un error del autor.

210 Esto recuerda la disputa de Agustín con el maniqueo Fausto en 392, que fue recogida estenográficamente por notarios: según su biógrafo Posidio (*Vida de san Agustín* 6), Fausto, vencido, se suicidó. En este caso, Julia perderá también la vida, pero por una maldición de Porfirio.

211 No se conoce esta obra, ni hay noticias de ella, si es que realmente el autor la escribió.

212 Esta maldición, seguida de la muerte instantánea, recuerda ciertas prácticas de magia negra y no es, ciertamente, una manifestación de tolerancia

religiosa por parte de Porfirio. Pero casos similares se conocen muchos en el cristianismo antiguo y en el Nuevo Testamento.

213 *Apofasis*: Marco evita cualquier término que evoque una maldición.

214 La descripción evoca un ataque de apoplejía: ésta era considerada una «enfermedad sagrada» producida por el demonio que debía ser combatida con encantamientos y ritos mágicos, en el caso de los paganos, o con exorcismos en el caso de los cristianos.

215 La mayor ofensa que se podía hacer a un cadáver era negarle la sepultura: lo razonable es que se la diesen sus acompañantes. La postura del obispo, más que compasión, demuestra una brutal intolerancia.

216 Cf. nota 198.

217 En estos momentos había ya fallecido la emperatriz Eudoxia (404), cuya vida como cristiana no fue, ciertamente, ejemplar, pero Porfirio consideró que tenía motivos suficientes para dar su nombre a la iglesia promovida y financiada por ella, lo que supone una forma de reconocimiento de su santidad. Pero ya Sozomeno (H.E. VII, 5) dice que la iglesia construida sobre las ruinas del Serapeum de Alejandría en época de Teófilo recibió el nombre del emperador Arcadio.

218 La vida y la situación económica de la comunidad cristiana de Gaza había cambiado radicalmente en pocos años gracias al apoyo imperial y a la acción misionera de Porfirio. Pero, si nos atenemos a la narración, todas las conversiones fueron producto de milagros del santo y las cifras que se nos proporcionan no pasan de mil.

219 En esta época se había generalizado la costumbre de que en los grandes acontecimientos participasen los monjes de las proximidades y los obispos de ciudades vecinas: así, al entierro del monje Hipatio en Calcedonia en 416 asistieron numerosos obispos y monjes de todos los monasterios (Calin., *Vita Hip.* 51, 7).

220 Esta práctica recuerda las comidas que se daban al pueblo con la carne de los animales sacrificados en los templos paganos: se trata de una forma más de «paganización» del cristianismo.

221 En el capítulo 53 se dice que Eudoxia le dio dinero para construir una hospedería para extranjeros: el autor no menciona esta obra y es posible que dedicase el dinero a la atención de los pobres.

222 Esta deferencia es la misma que la Emperatriz y el Emperador tuvieron con Porfirio y Juan de Cesarea cuando acudieron a la Corte: obsequiar a los huéspedes con regalos.

223 Disposiciones testamentarias de este tipo eran frecuentes en los testamentos antiguos, de paganos y cristianos. Cabe preguntarse por el origen de estos bienes personales de Porfirio si en el capítulo 9 se nos dijo que distribuyó entre los pobres toda la herencia paterna.

224 En esta época era normal que las sedes episcopales dispusieran de un ecónomo que se encargaba de la administración de los bienes de la iglesia, pero la institución no será obligatoria hasta el concilio de Calcedonia de 451 (canon 26).

225 Cf. nota 71.

226 Una muestra más del carácter excitable y violento del simpático Barocas.

227 *Boule*: el senado municipal, denominado *curia* en latín y *curiales* sus miembros.

228 Un ejemplo más de lo frecuente que eran los motines populares, especialmente en las ciudades del Oriente mediterráneo.

229 *Domata*: terraza, techo o desván, según el tipo de construcción: en los evangelios se recomienda, en caso de peligro, huir por las terrazas (*domata*) de las casas. Las casas de Gaza debían ser similares a las actuales, rematadas con terrazas.

230 Debían constituir los productos básicos de la alimentación de los gacenses.

231 *Hypatikos*: cf. nota 84.

232 *Komentaresion* en griego: cf. nota 83.

233 *Demosieuontes*: fuerzas de policía. En poco tiempo la actitud de las autoridades provinciales hacia los cristianos había cambiado radicalmente. Posiblemente este Claro era cristiano.

234 Este tipo de castigos eran habituales para restablecer el orden.

235 El *nomisma* o *solidus* era una moneda de oro con un valor de 72 partes de la libra (3,27 gramos). El *miliarese* equivalía a una duodécima parte del *nomisma*.

236 Cf. nota 59.

237 Alusión a los vestidos que los neófitos llevaban durante la semana que precedía al bautismo.

238 Algunas sectas cristianas y también los maniqueos condenaban el matrimonio. Éste solía realizarse en el caso de las jóvenes al alcanzar la pubertad.

239 *Apathes*: la *apatheia* era una virtud muy popular entre algunas escuelas filosóficas y consistía en el dominio total de las pasiones y de los estímulos carnales como requisito para alcanzar la perfecta filosofía. Los pensadores cristianos se sirvieron del mismo término y la misma idea en el lenguaje ascético y místico para expresar el requisito para lograr la perfecta contemplación y la unión mística con Dios. Aquí el autor utiliza el término para indicar que el abrazo del santo obispo a la joven fue un hecho espontáneo ajeno a cualquier impulso carnal.

240 Es la primera vez que aparece en el relato esta mujer. El diaconado femenino estaba en esta época ampliamente difundido en las iglesias de Oriente.

241 Las vírgenes y viudas que vivían en el mundo estaban inscritas en una lista oficial (*canon*), por lo que eran denominadas «canónicas» y «canónico» su hábito.

242 *Politeia*: cf. nota 3. La joven opta por el ascetismo doméstico, forma de monacato femenino muy extendido en la época.

243 Estas formas de ascetismo extremo, también entre las mujeres, pero dentro de los muros de casa, se generalizó mucho en esta época: el caso de Salaphtha recuerda el de Marana, Cira y Domnina narrado por Teodoreto de Ciro en la *Historia de los monjes de Siria*, caps. 29 y 30.

244 En realidad trece años: cf. Introducción.

245 26 de octubre de 420 d.C.

ISBN 978-84-8164-956-7